

VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO CAVALLERO
D. QUIXOTE
DE LA MANCHA.

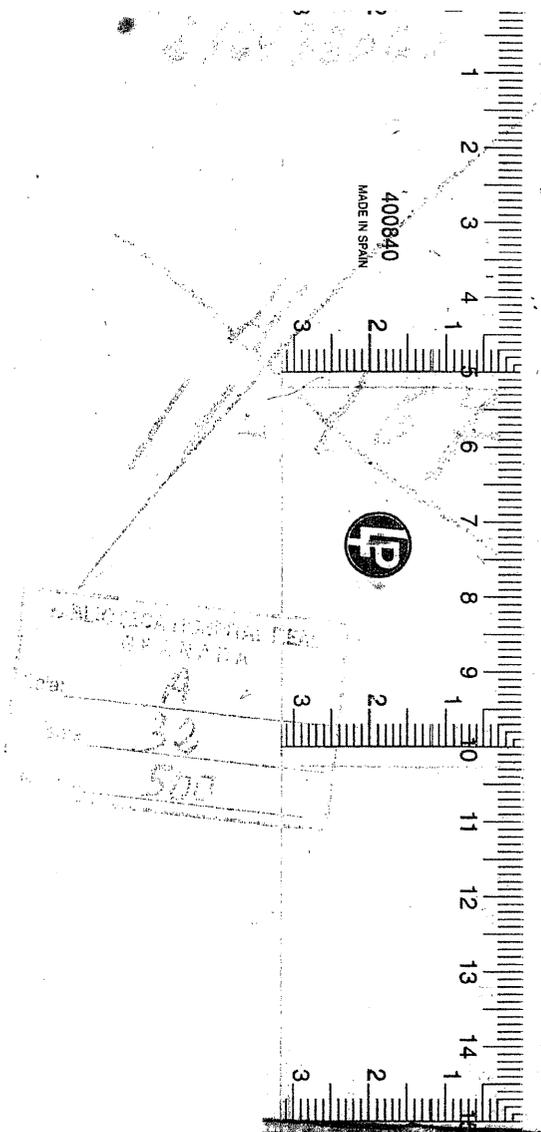
COMPUESTA
POR MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra.
T O M O IV.

DEDICADO AL MISMO DON QUIXOTE.



CON LICENCIA.

Barcelona : Por JUAN JOLIS Impresor.



VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CAVALLERO

D. QUIXOTE

DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES

Saavedra.

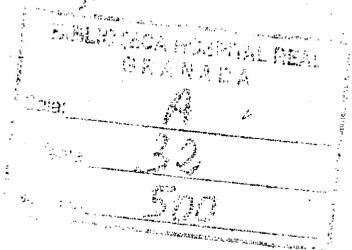
T O M O IV.

DEDICADO AL MISMO DON QUIXOTE.



CON LICENCIA.

Barcelona : Por JUAN JOLIS Impresor.



LIGENCIA DEL CONSEJO.

DOn Juan de Peñuelas, Secretario de Cámara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno del Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragón.

Certifico, que por los Señores de él se ha concedido licencia à Juan Jolis, Impressor en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los Tomos de la *Vida, y Hechos del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha, compuesta por Miguel de Cervantes de Saavedra*, con tal de que la dicha reimpression se haga en papel fino por los impressos, que sirven de Originales, que están firmados, y rubricados de mi mano, y antes que se vendan, se traygan al Consejo junto con ellos, y certificaciones del Corrector General de hallarse conformes para que se tassasen los precios à que se han de vender; guardando en su Reimpression lo dispuesto por Leyes, y Pragmaticas de estos Reynos. Y paraque conste, doy esta Certificacion en Madrid, à veinte y uno de Mayo de mil setecientos cinquenta y cinco.

Don Juan de Peñuelas.

FEE DE ERRATAS.

HE visto el quarto Tomo de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel Cervantes Saavedra, y corresponde al que le sirve de Original. Madrid, y Julio 20. de 1755.

Lic. D. Manuel Licardo de Rivera.

Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este Tomo quarto de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel de Cervantes Saavedra à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original, à que me remito.

VIDA,



VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIXOTE

DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO XXXIII.

DE LA SABROSA PLATICA, QUE LA Duquesa, y sus Doncellas passaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.



UENTA, pues, la Historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo à vér à la Duquesa, la qual, con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto à sí en una silla baxa, aun-

aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como Governador, y hablasse como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció, y sentóse, y todas las Doncellas, y Dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandissimo silencio à escuchar lo que diria; pero la Duquesa fue la que habló primero, diciendo: Ahora que estamos solos, y que no nos oye nadie queria yo que el señor Governador me absolviesse ciertas dudas que tengo, nacidas de la Historia, que del gran Don Quixote anda ya impressa; una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió à Dulcinéa, digo à la señora Dulcinéa del Toboso, ni la llevó la carta de el señor Don Quixote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, como se atrevió à fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinéa, y todas, que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos? A essas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con passos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego, esto hecho, se bolvió à sentar, y dixo: Aho-

ra,

ra, señora mia, que he visto, que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobresalto responderé à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntare; y lo primero que digo es, que yo no tengo à mi señor Don Quixote por loco remado, puesto que algunas veces dice cosas, que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrupulo à mi se me ha assentado que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magin me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza; como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de havrá seis ò ocho dias, que aun no está en historia; conviene à saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinéa, que le he dado à entender que está encantada, no siendo mas verdad, que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa que le contasse aquel encantamiento, ò burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que havia passado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oidos, que me dice: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato, y Sancho Pan-

Panza su escudero lo conoce, y con todo esso le sirve, y le sigue, y va atenido à las vanas promessas tuyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco, y tonto que su amo; y siendo esto assi, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le dás Insula que gobierne; porque el que no sabe gobernarse à sí, cómo sabrá gobernar à otro? Por Dios, señora, dixo Sancho, que esse escrupulo viene con par-to derecho; pero digale vuestra merced, que hable claro, como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que havia de haver dexado à mi amo: pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza; no puedo mas, seguir le tengo, somos de un mismo Lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, dióme sus pollinos; y sobre todo, yo soy fiel, y assi es imposible que nos pueda apartar otro suceso, que el de la pala, y azadón; y si vuestra altaneria no quisiere que se me dé el prometido Gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser, que el no darmele redundasse en pro de mi conciencia, que maguer à tonto, se me entiende aquel refrán, de por su mal le nacieron alas à la hormiga; y aun podria ser, que fuesse mas ahina Sancho escudero al Cielo, que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aqui como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos; y assáz desdichada es la persona, que à las dos de la tarde no se ha de-

desayunado, y no hay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja, ò de heno: y las avechitas del campo tienen à Dios por su proveedor, y Despensero; y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda vá el Principe, como el jornalero; y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristán, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hacen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno à decir, que si vuestra Señoría no me quisiere dár la Insula por tonto, yo sabré no darseme nada por discreto; y yo he ohido decir, que detrás de la Cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas sacaron al Labrador Bamba para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo à esta sazón Doña Rodriguez la dueña, (que era una de los escuchantes) que un Romance hay, que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba, llena de zapos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey des-

desde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa: *Ya me comen, yá me comen por do mas pecado havia:* y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir, que quiére mas ser labrador, que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dexó de admirarse en oír las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por esso dexa de ser Cavallero, y assi cumplirá la palabra de la prometida Insula, à pesar de la embidia, y de la malicia del mundo. Esté, Sancho de buen animo, que quando menos lo piense se verá sentado en la silla de su Insula, y en la de su Estado, y empuñará su Gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vassallos, advirtiéndole, que todos son leales, y bien nacidos. Esso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para que encargarme, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compassion de los pobres, y à quien cuece, y amassa no hurtes hogaza; y para mi santiaguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tus, tus, y sé despavilarme à sus tiempos, y no consiento que me anden muserañando ante los ojos, porque sé adon-

adonde me aprieta el zapato; digolo, porque los buenos tendrán conmigo mano, y concabidad, y los malos ni pié, ni entrada: y parezme á mi, que en esto de los Gobiernos todo es comenzar, y podria ser, que á quince dias de Governador me comiesse las manos tras el officio, y supiesse mas de él, que de la labor del campo, en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nació enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras. Pero bolviendo à la practica, que poco ha tratabamos, del encanto de la señora Dulcinéa, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tubo de burlar à su señor, y darle à entender, que la labradora era Dulcinéa, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al señor Don Quixote le persiguen, porque real, y verdaderamente yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era, y es Dulcinéa del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que passa por el mundo pura, y sencillamente, sin enredos, ni maquinas: y creame, Sancho, que la villana brin-

brincadora era, y es Dulcinéa del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos la havemos de ver en su propia figura, y entoncés saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esso, dixo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la Cueva de Montesinos, donde dice que vió à la señora Dulcinéa del Toboso en el mismo trage, y habito, que yo dixé que la havia visto quando la encanté por solo mi gusto, y todo debió de ser al revés, como vuestra merced, señora mia, dice, porque de mi ruín ingenio no se puede, ni debe presumir, que fabricasse en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyesse una cosa tan fuera de todo termino; pero señora, no por esto será bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pesimos encantadores; yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el Cielo, que juzga los corazones. Assi es la verdad, dixo la Duquesa; pero digame ahora Sancho, qué es esto que dice de la Cueva de Montesinos, que gustaria soberlo? Entoncés Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca

ca

ca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo: De este suceso se puede inferir, que pues el gran Don Quixote dice, que vió allí à la misma Labradorá, que Sancho dice que vió à la salida del Toboso, sin duda es Dulcinéa, y que andan por aqui los encantadores muy listos, y demasiadamente curiosos. Esso digo yo, dixo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinéa del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos, y malos; verdad sea, que la que yo ví fué una Labradorá, y por Labradorá la tuve, y por tal Labradorá la juzgué; y si aquella era Dulcinéa, no ha de estar à mi cuenta, ni ha de correr por mi, ò sobre ello morena. No sino andense à cada triquete conmigo à dime, y direte: Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho bolvió, como si Sancho fuesse algun quien quiera, y no fuesse el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por esse mundo adelante, segun me dixo Sansón Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ò les viene muy à cuento; assi que, no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun ohi decir à mi señor, que mas vale el buen nombre, que las muchas riquezas, encajenme esse Gobierno, y verán maravillas, que quien

ha

ha sido buen escudero, será buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho, dixo la Duquesa, son sentencias Catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Michael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando à su modo, de baxo de una mala capa suele haver buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hypocrita; bebo quando tengo gana, quando no la tengo, y quando me lo dán, por no parecer, ó melindroso, ó mal criado, que à un brindis de un amigo, qué corazon ha de haver tan de marmol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las ensucio; quanto mas, que los escuderos de los Cavalleros Andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por las florestas, selvas, prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dán por ella un ojo. Yo lo creo assi, respondió la Duquesa, y por ahora vayase Sancho à reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya presto à encajarse, como él dice, aquel Gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho à la Duquesa, y la suplicó le hiciesse merced de que se tuviesse buena cuenta con su rucio, porque era la lumbré de sus ojos. Qué rucio es esse? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no

nom-

nombrarle con este nombre, le suelo llamar el rucio; y à esta señora dueña la rogué; quando entré en este Castillo, tuviesse cuenta con él, y azorose de manera, como si la huviera dicho que era vieja, ó fea, debiendo ser mas propio, y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O, valame, Dios, y quan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi Lugar! Sería algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Ahora bien dixo la Duquesa, no hay mas, calle Doña Rodriguez, y sossieguese el señor Panza, y quedese à mi cargo el regalo del rucio, que por ser alaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él, ni yo somos dignos de estar un solo momento; y assi lo consentiria yo como darne de puñaladas, que aunque dice mi señor, que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; en las jumentiles, y asninas se ha de ir con el compás en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho, al Gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos à los Gobiernos, y que llevasse yo el

mio

mio no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole à reposar, ella fué à dár cuenta al Duque de lo que con él havia passado, y entre los dos dieron traza, y orden de hacer una burla à Don Quixote, que fuesse famosa, y viese bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le hicieron muchas tan propias, y discretas, que son las mejores aventuras que en esta gran de Historia se contienen.

CAPITULO XXXIV.

Que cuenta de la noticia que se tuvo, de como se havia de desencantar la sin par Dulcinéa del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este Libro.

GRande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza; y confiriéndose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevassen vislumbres, apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote ya les havia contado de la Cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa admiraba, era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que huviesse venido à creer se ver-

verdad infalible, que Dulcinéa del Toboso estuviesse encantada, habiendo sido él mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio; y assi, habiendo dado orden à sus criados de todo lo que havian de hacer, de allí à seis dias le llevaron à caza de montería, con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudieran llevar un Rey coronado. Dieronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia havia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podria llevar consigo guarda ropas, ni reposterias. Sancho, si, temó el que le dieron, con intencion de venderla en la primera ocasion que pudiesse. Llegado, pues el esperado dia, armóse Don Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar, aunque le daban un cavallo, se metió entre la tropa de los monteros: la Duquesa salió bizarramente aderezada; y Don Quixote de puro corado, y comedido, tomó la rienda de su palanquin; aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron à un bosque, que entre los altissimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita, y vocería, de manera, que unos à otros no podian oírse, assi por el ladrido de los perros, como por el

son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía, que solían venir algunos Javalíes. Apeóse asimismo el Duque, y Don Quixote, y pusieronse à sus lados: Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, à quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desmán; y apenas havia asentado el pié, y puestos en ala con otros muchos criados suyos, quando acosados de los perros, y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado Javalí, cruziendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viendole embrazando su escudo, y puesto mano à su espada, se adelantó à recibirle Don Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos adelantára la Duquesa, si el Duque no se lo estorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparó al rucio, y dió à correr quanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fue possible, antes, estando ya à mitad de ella, asido de una rama, pugnando por subir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajó la rama, al venir al suelo, se quedó en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendose assi, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciendole, que si aquel fiero animal allí llegaba, le podría alcanzar, comen-

zó

zó à dar tantos gritos, y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían, y no le veían, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo Javalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante; y bolviendo la cabeza Don Quixote à los gritos de Sancho, que ya por ellos le havia conocido, vióle pendiente de la encina, y la cabeza abáxo, y al rucio junto à él, que no le desamparó en su calamidad. Dice Cide Hamete, que pocas veces vió à Sancho Panza sin vér al rucio, ni al rucio sin vér à Sancho: tal era la amistad, y buena fee que entre los dos se guardaban. Llegó Don Quixote, y descolgó à Sancho, el qual viendose libre, y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un Mayorazgo. En esto atravesaron al Javalí poderoso sobre un acemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, lo llevaron, como en señal de victoriosos despojos, à unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan sumptuosa, y grande, que se echaba bien de vér en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dijo: Si esta caza fuera de liebres, ù de paxari-

B 2

llos,

66 *Vida, y Hechos del ingenioso*

Uos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: Yo no sé que gusto se recibe de esperar à un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haver ohido cantar un Romance antiguo, que dice: *De los Ossos seas comido, como Fabile nombrado*. Esse fue un Rey Godó, dixo Don Quixote, que yendo à caza de montería le comió un Osso. Esso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Principes y los Reyes se pusiessen en semejantes peligros à truco de un gusto, que parece que no lo ha de ser, pues consiste en matar à un animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte, es el mas conveniente, y necessario para los Reyes, y Príncipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; hay en ella stratagemas, astucias, insidias para vencer à su salvo al enemigo; padecense en ella frios grandissimos, y calores intolerables; menoscabase el ocio, y el sueño; corroboranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa; y en resolucion, el ejercicio que se pueda hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es de los otros generos de caza, excepto el de la bolateria, que tambien es solo para Reyes, y grandes Señores. Assi que, ó Sancho, mudad de opinion, y quando seais Governador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Esso no, respondió Sancho, el buen Governador la pierna quebrada, y en casa. Bueno seria, que viniessen los negociantes à buscarle fatigados, y él estuviesse en el monte holgandose, assi en hora mala andaria el Governiemo. Mia fee, señor, la caza, y los passatiempos mas han de ser para los holgazanes, que para los Governadores; en lo que yo pienso entretenerme es, en jugar al triunfo embidado las Pasquas, y à los bolos los Domingos, y Fiestas, que essas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que assi sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que huviere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas; quiero decir, que si Dios me ayude, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda governaré mejor que un gerifalte: no sino ponganme el dedo en la boca, y veràn si aprieto, ó no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando se vá el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente, y concertada? Vuestras grandezas dexen à este tonto, señores mios, que les molera

lerà las almas, no solo puestas entre dos, sino petas, y Clarines, retumbaron Tambores, re-
 entre dos mil refranes, traídos tan à sazón, y sonaron Pifanos, casi todos à un tiempo, tan
 tan à tiempo, quanto le dé Dios à él la salud continuo, y tan aprisa, que no tuviera senti-
 ò à mí, si los querria escuchar. Los refranes di- do el que no quedàra sin él al son confuso de
 Sancho Panza, dixo la Duquesa, puesto que son tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspen-
 mas que los del Comendador Griego, no podióse la Duquesa, admiróse Don Quixote, tem-
 esso son menos de estimar, por la brevedad de bló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los
 las sentencias. De mi sé decir, que me dán mas mismos sabedores de la causa se espantaron:
 gusto que otros, aunque sean mejor traídos, con el temor les cogió el silencio, y un Posti-
 con mas sazón acomodados. Con estos, y otrollón, que en trage de demonio les passó por
 entretenidos razonamientos salieron de la tien delante, tocando, en vez de corneta, un hue-
 da al bosque, y en requirir algunas paranza co, y desmesurado cuerno, que un ronco, y
 presto se les passó el dia, y se les vino la noespantoso son despedia. Ola, hermano Correo,
 che, y no tan clara, ni tan sesga como la sazón dixo el Duque, quien sois? adonde vais? y qué
 del tiempo pedia, que era en la mitad del Vegente de Guerra es la que por este bosque pa-
 rano, pero un cierto claro obscuro, que trae cece que atreviessa? A lo que respondió el Cor-
 consigo, ayudó mucho à la intencion de loeo con voz horrisona, y desenfadada: Yo soy
 Duques. Assi como comenzó à anochecer, nel diablo, voy à buscar á Don Quixote de la
 poco mas adelante del crepusculo, à deshora Mancha; la gente que por aqui viene son seis
 pareció que todo el bosque por todas quatro tropas de encantadores, que sobre un Carro
 partes se ardía; y luego se oyeron por aqui, Triunfante traen à la sin par Dulcinéa del To-
 por alli, por acá, y por acullà infinitas corneposo; encantada viene con el gallardo Francés
 tas, y otros instrumentos de guerra, como de Montesinos, à dár orden à Don Quixote de como
 muchas Tropas de Cavalleria, que por el bosque ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fue-
 que passaban. La luz del fuego, el son de los rades diablo como decís, y como vuestra figa-
 belicos instrumentos casi cegaron, y atronaron ra muestra, ya huvierades conocido al tal Ca-
 los ojos, y los ohidos de los circunstantes, y allero Don Quixote de la Mancha, pues le
 aun de todos los que en el bosque estaban. Luceneis delante. En Dios, y en mi conciencia,
 go se oyeron infinitos lelilies, al uso de Moro respondió el diablo, que no miraba en ello,
 quando entran en las Batallas; sonaron Tromporque traygo en tantas cosas divertidos los
 petas, pen-

pensamientos, que de la principal à que venia se me olvidaba. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien, y buen Christiano; porque à no serlo, no jurara en Dios, y en mi conciencia. Ahora yo tengo para mi, que aun en el mismo infierno debe de haver buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista à Don Quixote dixo: A tí el cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia este desgraciado, pero valiente Cavallero Montesinos, mandandome, que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, y causa, que trae consigo à la que llaman Dulcinéa del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla, y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estado. Los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con estos señores; y en diciendote esto tocó el desaforado cuerno, y bolvió la espalda, y fuesse sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todo, y especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho, en vér, que à despecho de la verdad querian que estuviesse encantada Dulcinéa: en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad, ò no lo que le havia pasado en la Cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: Piensa vuestra merced esperar? señor Don Quixote.

Pues

Pues no? respondió él, aqui espararé intrepido, y fuerte, si me viniessse à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oygo otro cuerno como el passado, assi esperaré yo aqui como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerrò mas la noche, y comenzaron à discurrir muchas luces por el bosque, bien assi como discurren por el Cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse assimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas, que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirio aspero, y continuado se dice, que huyen los Lobos, y los Ossos, si los hay por donde passan. Añadióse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fue, que parecia verdaderamente, que à las quatro partes del bosque se estaban dando à un mismo tiempo quatro reencuentros, ó batallas, porque alli sonaba el duro estruendo de espantosa Artilleria, acullá se disparaban infinitas Escopetas; cerca casi sonaban las voces de los combatientes: lexos se reíteraban los leliíes Agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las vocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los Carros, formaban todos juntos un son tan confuso, y tan horrendo, que fue menester, que Don Quixote se valiesse de todo su corazon para sufrirle; pe-

ro

ro el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado á las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y á gran priessa mandò, que le echassen agua en el rostro. Hizose assí, y él bolvió en su acuerdo á tiempo que ya un Carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto: tirabanle quatro perezosos bueyes todos cubiertos de paramentos negros; en cada cueruo traían atada, y encendida una grande aoha de cera, y encima del Carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable Viejo, con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le passaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocaci, que por venir el Carro lleno de infinitas luces, se podria bien divisar, y discernir todo lo que en él venia. Guiabanle dos feos demonios vestidos del mismo bocaci, con tan feos rostros, que Sancho, haviendolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el Carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz, dixo: *Yo soy el sabio Lirgandeo*: y passó el Carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este passó otro Carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el Carro se detuviesse, con voz no menos grave que el otro dixo: *Yo soy el Diablo Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida*; y passó adelante.

ante. Luego por el mismo continente llegó otro Carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombre robusto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandose en pié como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: *Yo soy Arcalaus el encantador enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela*; y passó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres Carros, y cessó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave, y concertada musica formada, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena señal; y assi dixo á la Duquesa, de quien un punto, ni un passo se apartaba: Señora, donde hay musica, no puede haver cosa mala. Tampoco adonde hay luces, y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho: Luz dá el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrazassen; pero la musica siempre es indicio de regocijos, y de fiestas. Ello dirá, dixo Don Quixote, que todo lo escuchaba, y dixo bien, como se muestra en el Capitulo siguiente.

) (✕) ()

CAPITULO

C V P I T U L O XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinéa, con otros admirables sucessos.



AL compás de la agradable musica, vieron que ácia ellos venía un Carro de los que llaman Triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas emperó de lienzo blanco, y sobre cada una venía un disciplinante de luz, assimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano: era el Carro dos veces, y aun tres, mayor que los pas-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 25
 passados, y los lados, y encima de él ocupaban otros doce disciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas; vista, que admiraba, y espantaba juntamente: y en un levantado trono venía sentada una Ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacían, sino rica, á lo menos vistosamente vestida: traía el rostro cubierto con un transparente, y delicado cendal; de modo, que sin impedirlo sus risos, por entre ellos se descubria un hermosissimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni baxaban de diez y siete; junto á ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el Carro á estar frente á frente de los Duques, y de Don Quixote, cessó la musica de las chirimias, y luego la de las harpas, y laúdes, que en el Carro sonaban, y levantándose en pié la figura de la ropa, se apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentamente ser la misma figura de la muerte, descarnada, y fea; de que Don Quixote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada, y puesta en pié esta muerte viva, con voz algo dormida, y con

Vida, y Hechos del ingenioso
con lengua no muy despierta, comenzó á decir de esta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las Historias
Dicen, que tuve por mi padre al Diablo,
Mentira autorizada de los tiempos,
Principe de la Magica, y Monarca,
Y archivo de la ciencia Zeroastrica,
Emulo à las edades, y à los siglos,
Que solapar pretenden las bazañas,
De los Andantes bravos Cavalleros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.
Y puesto que es de los Encantadores,
De los Magos, ó Magicos continuo,
Dura la condicion, aspera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amorosa,
Y amiga de hacer bien à todas gentes.
En las cabernas lobregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rumbos, y caractéres,
Llegó la voz doliente de la bella,
Y sin par Dulcinéa del Toboso.
Supe su encantamiento, y su desgracia,
Y su transformacion de gentil Dama
En rustica Aldeana; condolime,
Y encerrando mi espiritu en el hueco
De esta espantosa, y fiera notomia,
Despues de haver rebuelto cien mil Libros
De esta mi conciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dár el remedio que conviene

A

A tamaño dolor, à mal tamaño.
O tu, gloria, y honor de quantos visten
Las tunicas de acero, y de diamante,
Luz, y faról, sendero, norte y guia
De aquellos, que dexando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el exercicio intolerable
De las sangrientas, y pesadas armas!
A ti digo, ó varon, como se debe,
Por jamas alabado, à ti valiente
Juntamente, y discreto Don Quixote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinéa del Toboso,
Es menester, que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes, y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al ayre descubiertas, y de modo,
Que le escuezan, le amarguen, y le enfaden,
Y en esto se resuelvan todos quantos
De su desgracia han sido los Autores,
Y à esto es mi venida, mis señores.

Voto à tal, dixo à esta sazón Sancho, no digo tres mil azotes, pero assi me daré yo tres, como tres puñaladas: valete el diablo por modo de desencantar. Yo no sé que tienen que vér mis posas con los encantos. Par Dios, que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar à la señora Dulcinéa del Toboso,

boso, encantada se podrá ir à la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, Don villano, harto de ajos, y amarraros hé à un arbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pagados que no se os caygan à tres mil y trecientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin dixo: No ha de ser assi, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permitesele, que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento puede dexar que se los dé agena mano, aunque sea algo de pesada. Ni agena, ni propia ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano. Pari yo, por ventura, à la señora Dulcinéa del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si, que es parte suya, pues la llama à cada passo mi vida, mi alma, mi sustento, y arrimo suyo, se puede, y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero azotarme yo, abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, quando levantandose en pié la argentada Ninfa, que junto al espiritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: O mal aventurado escudero, alma de cantaro, corazon de alcornoque, de entrañas guigeñas, y apedernaladas! Si te mandáran, ladrón, desuella caras, que te arrojárás de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del Genero Humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran à que matáras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostráras melindroso, y esquivo; pero hacer caso de tres mil y seiscientos azotes, que no hay niño de la Doctrina, por ruín que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, y espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos, que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo. Pón, ò miserable, y endurecido animal, pón, digo, esos ojos de mochuelo espantadizo en las niñas de estos mios, comparados à rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo à hilo, y madeja, haciendo surcos, carreras, y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muevate, socarrón, y mal intencionado monstruo, vér que la edad tan florida mia que aun está todavia en el diez de los años, pues ten-

cu- Tom. II. C go

go diez y nueve, y no llevo à venir, se comió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sume, y marchita debajo de la corteza de un sustilezas, ni en letras mas à menos, porque me rustica Labrador; y si ahora no lo parezco, tienen tan turbado estos azotes, que me han de merced particular, que me ha hecho el señor dar, ò me tengo de dar, que no sé lo que me Merlín, que está presente, solo porque te entiendo, ni lo que me hago; pero querría yo saberternezca mi belleza; que las lagrimas de un her de la señora mi señora Doña Dulcinéa del afligida hermosura buelven en algodón los ris Toboso, donde aprendió el modo de rogar, cos, y los tigres en ovejas. Date, date en esto que tiene? viene à pedirme, que me abra las carnazas, bestión indomito, y saca de Aarón carnes à azotes, y llamame alma de cantaro, esse brio, que à solo comer, y mas comer, y bestion indomito, con una tira mira de maninolina, y pón en libertad la lisura de mis callos nombres; que el diablo los sufra. Pues venenes, la mañisedumbre de mi condicion, y la bestia son mis carnes de bronce? ò vame à mi lleza de mi faz; y si por mi no quieres ablan algo en que se desencante, ò no? que canasta darte, ni reducirte à algun razonable termino de ropa blanca, de camisas de tocadores; y haslo por esse pobre Cavallero, que à tu lado escarpines (aunque no los gasto) trae delante tienes: por tu amo digo, de quien estoy viendo de si para ablandarme, sino un vituperio, y el alma, que la tiene atravessada en la garganta, sabiendo aquel refrán, que dicen por ahí, ta, no diez dedos de los labios, que no espere un asno cargado de oro sube ligero por sino tu rigida, ò blanda respuesta, ò para salir una montaña, y que dadivas quebrantan peñas; se por la boca, ò para bolverse al estomago. y à Dios rogando, y con el mazo dando; y

Tentóse, oyendo esto, la garganta. Dime mas vale un toma; que dos te daré. Pues Quixote, y dixo, bolviendose al Duque: Por señor mi amo, que havia de traerme la ma-Dios, señor, que Dulcinéa ha dicho la verdad por el cerro, y al alhagarme para que yo que aqui tengo el alma atravessada en la garganta, que me hiciesse de lana, y de algodón cardado, diganta, como una nuez de ballesta. Qué decis, que si me coge, me amarrará desnudo à un esto vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, y me doblará la parada de los azotes; señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, havian de considerar estos lastimados señores, que de los azotes abrenuncio. Abrenuncio, que me no solamente piden, que se azote un escuveis de decir, Sancho, y no como decis, diátero, sino un Governador, como quien dice: el Duque. Dexeme vuestra grandeza, responde con guindas; aprendan, aprendan mucho

en hora mala à saber rogar, à saber pedir, à tener crianza, que no son todos los tiempos, ni están los hombres siempre de un buen humor; estoy yo ahora rebentando de pena por vér mi sayo verde roto, y vienen à pedirme, que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello como de bolverme á zique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que sino os ablandais mas que una breva madura, que no haveis de empuñar el Gobierno. Bueno sería, que yo embiasse à mis Insulanos un Governador cruel, de entrañas pedernalinas; que no se doblega à las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos discretos, imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos haveis de ser azotado, ò os han de azotar, ò haveis de ser Governador. Señor, respondió Sancho, no se me darian dos dias de terminos para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin, aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar assentado lo que ha de ser de este negocio, ò Dulcinéa bolvere à la Cueva de Montesinos, y à su pristino estado de Labradora; ò ya en el ser que esta se llevada à los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el numero del vapulo. En buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, buena correspondencia al pan que haveis comido del señor Don Quixote, à quien todo debe.

deveamos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el sí, hijo, de esta azotayna, y vayase el diablo, para el diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: Digame vuestra merced, señor Merlin, quando llegó aqui el diablo coreo, y dió à mi amo un recado del señor Montesinos, mandandole de su parte, que le esperasse aqui, porque venia à dár orden de que la señora Dulcinéa del Toboso se desencantasse, y hasta ahora nõ hemos visto à Montesinos, ni à sus semejas? à lo qual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandissimo bellaco; yo le embié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su Cueva, entendiendo, ò por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar; si os debe algo, ò teneis alguna cosa que negociar con él, yo os le traeré, y pondré donde vos mas quisieredes; y por ahora acabare de dár el sí de esta disciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, assi para el alma, como para el cuerpo; para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguinea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco

poco de sangre. Muchos Medicos hay en el mundo, hasta los encantadores son Medicos replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo, que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condicion, que me los tengo de darme cada, y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tassa en los dias, ni en el tiempo; y procuraré salir de la deuda lo mas presto que se sea possible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Dulcinéa del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien con la condicion, que no he de estar obligado à sacar sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosquéo, se me han de tomar cuenta. Item, que si me errare en el numero el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuydado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los azotes brados no havrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinéa, y vendrá à buscar, como agradecida al buen Sancho, y à darle gracias, y aun promios, por la buena obra. Assi que, no hay que tener escrupulo de las sobras, ni de las faltas, ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo contentado

siento en mi mala ventura; digo, que yo acepto la penitencia, con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolvió à sonar la musica de las chirimias, y se bolvieron à disparar infinitos arcabuces, y Don Quixote se colgó del cuello de Sancho, dandole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de haver recebido grandissimo contento, y el Carro comenzó à caminar, y al passar la hermosa Dulcinéa inclinó la cabeza à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho; y ya en esto se venia à mas andar el Alva alegre, y risueña, las florecillas de los campos se descollaban, y se erguian, y los liquidos crystales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dár tributo à los rios, que los esmeraban: la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por sí, y todos juntos, daban manifestas señales, que el dia que la Aurora venia pisando las faldas, había de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haver conseguido su intencion tan discreta, y felizmente se bolvieron à su Castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no havia de ser verdad, que mas gusto les diessen.

CAPITULO XXXVI.

*Donde se cuenta la estrecha , y jamás imaginada
aventura de la Dueña Dolorida , alias de la Con-
desa Trifaldi , con una Carta , que Sancho
Panza escribió à su muger
Teresa Panza.*

TEnia un Mayordomo el Duque de mu-
burlesco , y desenfadado ingenio , el que
hizo la figura de Merlín , y acomodó todo
aparato de la aventura pasada , compuso lo
versos , y hizo que un page hiciese à Dulc-
néa. Finalmente, con intervencion de sus seño-
res , ordenó otra del mas gracioso , y extraño
artificio , que puede imaginarse. Preguntó
Duquesa à Sancho otro dia , si havia comenza-
do la taréa de la penitencia , que havia de ha-
cer por el desencanto de Dulcinéa ? Dixo que
sí , y que aquella noche se havia dado cinco
azotes. Preguntóle la Duquesa , que con qué
los havia dado ? Respondió , que con la man-
o. Eso , replicó la Duquesa , mas el darse de pa-
lomas , que de azotes ; yo tengo para mi , que
el sabio Merlín no estará contento con tanta
blandura , menester será que el buen Sancho
haga alguna disciplina de abrojos , ò de las
canelones , que se dexen sentir , porque la letra
con sangre entra , y no se ha de dár tan barata

la

la libertad de una gran señora como lo es Dul-
cinéa , por tan poco precio. A lo que respon-
dió Sancho : Déme vuestra Señoría alguna dis-
ciplina , ò ramal conveniente , que yo me daré
con él , como no me duela demasiado ; porque
hago saber à vuestra merced , que aunque soy
rustico , mis carnes tienen mas de algodón,
que de esparto , y no será bien , que yo me
descrie por el provecho ageno. Sea en buena
hora , respondió la Duquesa , yo os daré ma-
ñana una disciplina , que os venga muy al jus-
to , y se acomode con la ternura de vuestras
carnes , como si fueran sus hermanas propias.
A lo que dixo Sancho : Sepa vuestra Alteza ,
señoría mia , que yo tengo escrita una Car-
ta à mi muger Teresa Panza , dandola cuenta
de todo lo que me ha sucedido despues que
me aparté de ella : aquí la tengo en el seno ,
que no la falta mas de ponerla el sobre escri-
to : querría que vuestra discrecion la leyese ,
porque me parece que vá conforme à lo de Go-
vernador (digo al modo que deven de escribir
los Gobernadores.) Y quien la notó ? preguntó
la Duquesa. Quien la havia de notar sino yo ,
pecador de mi ? respondió Sancho. Y escrivis-
teisla vos ? dixo la Duquesa. Ni por pienso , res-
pondió Sancho , porque yo no sé leer , ni escri-
vir , puesto que se firmar. Veamosla , dixo la
Duquesa , que à buen seguro , que vos mostrais
en ella la calidad , y suficiencia de vuestro in-
genio.

38 *Vida, y Hechos del ingenioso*
genio. Sacó Sancho una Carta abierta de el
seño, y tomandola la Duquesa, vió que decia
de esta suerte:

CARTA DE SANCHO PANZA A TERESA
Panza su muger.

SI buenos azotes me daban, bien cavalléro me
iba; si buen Gobierno me tengo, buenos azo-
tes me cuesta. Esto no lo entenderás tu, Teresa
mia, por ahora, otra vez lo sabrás: has de saber,
Teresa, que tengo determinado, que andes en co-
bbe, que es lo que hace al caso, porque todo otro
andar, es andar à gatas. Muger de un Governador
eres, mira si te roerá nadie los zancajos: al
te embio un vestido verde de Cazador, que me dió
mi señora la Duquesa, acomodale en modo, que
sirva de sayo, y cuerpos à nuestra hija. Don Qui-
xote mi amo, segun he obido decir en esta tierra,
es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y que
yo no le voy en zaga. Hemos estado eu la Cueva
de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano
de mi para el desencanto de Dalcinea del Toboso
(que por allá se llama Aldonza Lorenzo) con
tres mil y quinientos azotes, menos cinco, que me
be de dár, quedará desencantada con la madre
que la parió. No dirás de esto nada à nadie, por-
que pón lo tuyo en Consejo, y unos dirán, que es
blanco, y otros que es negro. De aqui à pocos dias
me partiré al Gobierno, adonde voy con grandis-
simo

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 39
simo deseo de hacer dineros, porque me han dicho,
que todos los Governadores nuevos van con este
mismo deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte si has
de venir à estár conmigo, ó no. El rucio está bue-
no, y se te encomienda mucho, y no le pienso de-
jar aunque me llevarán à ser gran Turco. La
Duquesa mi señora te besa mil veces las manos,
buelvela el retorno con dos mil, que no hay cosa
que menos cueste, ni valga mas varata, segun
dice mi amo, que los buenos comedimientos. No
ha sido Dios servido de depararme otra maleta
con otros cien escudos, como la de marras, pero
no te dé pena, Teresa mia, que el salvo está el
que repica, y todo saldrá en la colada de el Go-
vierno, sino que me ha dado gran pena, que me
dicen, que si una vez le pruebo, que me tengo de
comer las manos trás él; y si assi fuesse, no me
costaria muy barato, aunque los estropeados, y
mancos ya se tienen su Canongia en la limosna que
piden: assi que, por una via, ó por otra, tu has
de ser rica, y de buena ventura. Dios te la dé co-
mo puede, y à mi me guarde para servirte. De
este Castillo à 20. de Julio 1614.

Tu marido el Governador
Sancho Panza

En acabarlo la Duquesa de leer la Carta,
dixo à Sancho: En dos cosas anda un poco des-
caminado el buen Governador; la una, en de-
cir,

cir, ò dár à entender, que este Gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dár, sabiendo él, que no lo puedo negar, que quando el Duque mi señor se le prometió, no se soñaba haver azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que oregano fuesse; porque la codicia rompe el saco, y el Governador codicioso hace la justicia desgovernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si à vuestra merced le parece que la tal Carta no vá como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podria ser que fuesse peor, si me lo dexan à mi calettra. No, no replicó la Duquesa, buena está esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à un jardin, donde havian de comer aquel dia: mostró la Duquesa la Carta de Sancho al Duque, de que recibió grandissimo contento. Comieron, y despues de haver alzado los manteles, y despues de haverse entretenido un buen espacio con la sobrosa conversacion de Sancho, à deshora se oyó el son tristissimo de un pifano, y el de un ronco, y destemplado tambor; todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial, y triste harmonía, especialmente Don Quixote, que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó à su acostumbrado refugio, que era el lado, ò faldas de la Duquesa; porque real, y verdadera-

mente

mente el son que se escuchaba era tristissimo, y melancolico. Y estando todos assi suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo, y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores, assimismo cubiertos de negro; à su lado venia el pifano negro, y pizmiento como los demás: seguia à los tres un personage de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrissima loba, cuya faldá era assimismo desafortada de grande; por encima de la loba le ceñia, y atravessaba un ancho tahalí, tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfange de guarniciones, y vayna negra. Venia cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecia una longuissima barba blanca como la nieve. Movia el passo al son de los tambores con mucha gravedad, y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento, pudiera, y pudo suspender à todos aquellos, que sin conocerle le miraron. Llegó, pues, con el espacio, y prosopopeya referida à hincarse de rodillas ante el Duque, que en pié, con los demás que allí estaban, le atendia; pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantasse. Hizolo assi el espantajo prodigioso, y puesto en pié, alzó el antifáz del rostro, hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas

po-

poblada barba, que hasta entonces humanos ojos havian visto; y luego desencajó, y arrancó del ancho, y dilatado pecho una voz grave, y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altissimo, y poderoso señor, à mi me llaman Trifaldin, el de la barba blanca: soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida; de parte de la qual traygo à vuestra grandeza una embaxada, y es, que la vuestra magnificencia sea servido de darla facultad, y licencia para entrar à decirle su cuyta, que es una de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuytado pensamiento del Orbe puede haver pensado; y primero quiere saber, si está en este vuestro Castillo el valeroso, y jamás vencido Cavallero Don Quixote de la Mancha, en cuya busca viene, à pié, y sin desayunarse, desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado: cosa que se puede, y debe tener à milagro, ò à fuerza de encantamento: ella queda à la puerta de esta Fortaleza, ò Casa de Campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplacito: dixo, y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo à la respuesta del Duque, que fue: Yá, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, à quien los encantadores la

ha-

hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podeis, estupendo escudero, decirle, que entre, y que aqui está el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda; y assimismo la podreis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necessario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado à darsele el ser Cavallero, à quien es anexo, y concierne favorecer à toda suerte de mugeres, en especial à las dueñas viudas menoscabadas, y doloridas, qual lo deve de estar su Señoría. Oyendo lo qual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pifano, y tambores señal que tocassen, al mismo son, y al mismo passo que havia entrado, se bolvió à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviéndose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud: digo esto, porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este Castillo, quando ya os vienen à buscar de lueñas, y apartadas tierras, y no en Carrozas, ni en Dromedarios, sino à pié, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en esse fortissimo brazo el remedio de sus cuytas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodean todo lo

des-

descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quixote, que estuviera aquí presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro día mostró tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros Andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necesarios en el mundo; tocára por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas enormes no ván à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à las de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Cavallero, que nunca ha acertado à salir de los terminos de su Lugar, ni al perezoso Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procurar hacer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y escriban. El remedio de las cuytas, el socorro de las necesidades, el amparo de las Doncellas, el consuelo de las Viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros Andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desmán, y trabajo, que en este tan honroso exercicio puede sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo la libraré su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrepida resolución de mi animoso

espíritu.

CA-

C A P I T U L O XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

EN extremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de vér quan bien iba respondiendole su intencion Don Quixote; y à esta sazón dixo Sancho: No querria yo, que esta señora dueña pisiesse algun tropiezo à la promesa de mi Godo; porque yo he oido decir à un Boticario Toledano, que hablaba como un gilguero, que donde interviniessen dueñas no podia suceder cosa buena. Valame Dios, y quan mal estaba con ellas el tal Boticario! De lo que yo oyo, que pues todas las dueñas son enfadosas, impertinentes, de qualquiera calidad, y de qualquiera condicion que sean, qué serán las que son Doncellas, como han dicho que en esta Condesa de tres faldas, ò tres colas? que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es uno. Como Sancho amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan buenas tierras viene à buscarme, no debe de ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quanto mas que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo à Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorissimas, que se sirven de otras dueñas. A esto res-

Tom. IV.

D

pon-

pondió Doña Rodriguez, que se halló presente. Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allá ván leyes do quieren Reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas; que aunque yo no soy, bien se me alcanza, y se me trasluce ventaja que hace una dueña doncella à una dueña viuda, y quien à nosotras trasquiló las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi Boticario, quanto será mejor no menear el arróz, aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos vén à cada paso, los ratones que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrandonos los huesos, y enterrandonos la fama. Pues mandales yo à los leños movibles, que mal que les pasan se hemos de vivir en el mundo, y en las cortes principales, aunque muramos de hambre, y morramos con un negro mongil nuestras delicadas, ó no delicadas carnes, como quien cubre, ó tapa un muladar con un tapiz en dia de Procesion. A fee que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiere, que yo diera à entender, no solo los presentes, sino à todo el mundo, como hay virtud que no se encierre en una dueña. Y como creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez

dri-

Driguez tiene razon, y muy grande; pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por si, y por las demás Dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: Despues que tengo humos de Governador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dá por quantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante passáran en el coloquio dueñesco, si no oyeran, que el pifano, y los tambores bolbian à sonar, por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque, si seria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal? Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho, antes que el Duque respondiesse, bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo que de dueña, soy de parecer, que no se muevan un passo. Quien te mete à ti en esso, Sancho? respondió Don Quixote. Quien, señor? respondió Sancho: yo me meto, que puedo meterme como escudero, que ha aprendido los terminos de la cortesía en la escuela de vuertra merced, que es el mas cortés, y bien criado Cavallero, que hay en toda la cortesania; y en estas cosas, segun he ohido decir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos y el buen entendedor pocas palabras. Assi es como Sancho dice, dixo el

D 2

Da-

Duque, verémos el talle de la Condesa, y por que las tres puntas formaban; por lo qual cayé- él tantearémos la cortesía que se le debe. Erón todos los que la falda puntiaguda miraron, esto entraron los tambores, y el pifano, como que por ella se debia llamar la Condesa Trifal- la vez primera; y aqui con este breve Capituli, como si dixessemos, la Condesa de las tres lo dió fin el Author, y comenzó el otro, si falda; y assi dice Benengeli, que fue verdad, guiendo la misma aventura, que es una de la que de su propio apellido se llama la Condesa mas notables de la Historia.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DEtrás de los tristes Musicos comenzaron entrar por el Jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batonado, con unas toc blancas de delgado canequi, tan luengas, que solo el ribete de mongil descubrian. Tras ella venia la Condesa Trifaldi, à quien traía de mano el escudero Trifaldin, de la blanca barba vestida de finissima, y negra vaeta por frisada que à venir frisada, descubriera cada grano de grandor de un garvanzo de los buenos de Matos: la cola, ò falda, ò como llamarla quisierren, era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres pages, assimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa, y mar matica figura, con aquellos tres angulos acuto

que las tres puntas formaban; por lo qual cayé- Erón todos los que la falda puntiaguda miraron, como que por ella se debia llamar la Condesa Trifal- di, como si dixessemos, la Condesa de las tres falda; y assi dice Benengeli, que fue verdad, que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criaban en su Condado muchos Lobos: y que si como eran Lobos, fueran Zorras, la llamáran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus estados abundan; emperó esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dexó la Lobuna, y tomó la Trifal- di. Venian las doce dueñas, y la Señora à pas- so de procession, cubiertos los rostros con unos pelos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Assi como acabó de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procession miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantó, sin detenerla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se adelantaron obra de doce passos à recibirla. Ella, vestidas las rodillas en el suelo, con voz antes esta, y ronca, que sutil, y delicada, dixo: *questras grandezas sean servidas de no hacer*

que

tan-

tanta cortesía à este su criado, digo à esta criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré à responder à lo que debo, à causa que estraña, y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé donde, y debe de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menor le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas es merecedor de toda la nata de la cortesía de toda la flor de las bien criadas ceremonias y levantandola de la mano, la llevó à assentar en una silla junto à la Duquesa, la qual le exhibió assimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto de ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de muchas dueñas; pero no fue possible, que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron. Sossegados todos, y puestos en silencio estaban esperando quien havia de romper; fue la Dueña Dolorida con estas palabras: Compañada estoy, señor poderoso, hermosissima señora, y discretissimos circunstantes, que hallar mi cuytissima en vuestros valerosissimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoso, y doloroso, porque ella es tal, que es bastante à enternecer los marmoles, y à ablandar los diamantes, y à molificar los aceros los mas endurecidos corazones del mundo; yo antes que salga à la plaza de vuestros ohidos

(por no decir orejas) quisiera, que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro, y compañía el acenderadissimo Cavallero Don Quixote de la Manchissima, y su escuderissimo Panza. El Panza, antes que otro respondiesse, dixo: Sancho, aqui está, y el Don Quixotissimo assimismo, y assi podreis dolorosissima dueñissima, decir lo que quisieredissimis, que todos estamos prompts, y aparejadissimos à ser vuestros servidorissimos. En esto se levantó Don Quixote, y encaminando sus razones à la Dolorida Dueña, dixo: Si à vuestras cuytas an gustiada señora se puede prometer alguna esperanza de remedio por algun valor, ò fuerzas de algun Andante Cavallero, aqui están las señas, que aunque flacas, y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo assumpto es acudir à toda suerte de menesterosos; y siendo esto assi, como lo es, no haveis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preambulos, sino ir à la llana, y sin rodeos decir vuestros mandes, que ohidos os escuchan, que sabrán, sino remediarlos, dolerse de estos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarle à los pies de Don Quixote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazarselos, decia: Ante estos Pies, y piernas me arroje, ò Cavallero victo, por ser los que son basas, y columnas de la Andante Cavalleria: estos pies quiero be-

(por

sar,

52 *Vida, y Hechos del ingenioso*
sar, de cuyos passos pende, y cuelga todo el remedio de mi desgracia. O valeroso Andante cuyas verdaderas fazañas dexan atrás, y obsecuren las fabulosas de los Amadises, Explanadianes, y Belianises! Y dexando à Don Quixote, se bolvió à Sancho Panza, y asiendole de las manos, le dixo: O tu el mas leal escudero que jamás sirvió à Cavallero Andante en los presentes, ni en los passados siglos, mas luego en bondad, que la barba de Trifaldin su acompañador, que está presente! Bien puedes preciar te, que en servir al gran Don Quixote sirves en cifra à toda la caterva de Cavalleros que han tratado las armas en el mundo; conjurote, por lo que debes à tu bondad fidelissima, que me seas buen intercessor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilissima, y dichadissima Condesa. A lo que respondió Sancho: Que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y grande como la barba de vuestro escudero, à mi me hace muy poco al caso: barba larga, y con vigotes tenga yo mi alma quando esta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco, ò nada me curo; pero sin las socaliñas, ni plegarias yo rogaré à mi amo (que sé que me quiere bien, y mas ahora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca, y ayude à vuestra merced en todo lo que pudiere: vuestra merced desembaule su cuyo, y cuentenosla, y dexé hacer, que todos no

en-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 53
entenderémos. Rebentaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que havian tomado el pulso à la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza, y dissimulacion de la Trifaldin, la qual bolviendose á sentar, dixo: De el famoso Reyno de Candaya, que caye entre la Gran Trapobana, y el Mar de el Súr, dos leguas mas allá de el Cabo Comorin, fue Señora la Reyna Doña Maguncia, viuda de el Rey Archipiela su señor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomasia, heredera de el Reyno, la qual dicha Infanta Antonomasia se crió, y creció debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias, y vieniendo dias la niña Antonomasia llegó à edad de diez y seis años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de quanto la naturaleza. Pues digamos ahora, que la discrecion era mocosa: assi era discreta, como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados embidiosos, y las parcas endurecidas no la han cortado el estambre de la vida; pero no havrán, que no han de permitir los Cielos que se haga tanto mal à la tierra, como sería llevarse en agráz el racimo del mas hermoso velduño del suelo: de esta hermosura (y no como se debe encarecida de mi torpe lengua) se enamoró un numero infinito de Principes,

cipes, assi naturales, como Estrangeros, entre los quales ossó levantar los pensamientos al Cielo de tanta belleza un Cavallero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad, en su bizarría, en sus muchas habilidades, gracias, facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago saber à vuestras grandezas, si no tienen por enojo, que tocaba una Guitarra que la hacia hablar, y mas, que era Poeta, y gran baylarin, y sabia hacer una jaula de pajaros, que solamente à hacerlas pudiera ganar la vida quando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar una montaña, no que una delicada doncella; pero toda gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fuera poca, ò ninguna parte para rendir la fortaleza de una niña, si el ladrón desuella caras no usára de remedio de rendirme à mi primero: Primero quiso el malandrín, y desalmado vagamundo grangearme la voluntad, y cohecharme el gusto, para que yo, mal Alcayde, le entregasse las llaves de la Fortaleza, que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué gages, y brincos que me dió; pero lo que mas me hizo postrar, y dár conmigo en el suelo, fueron unas coplas que le ohi cantar una noche desde una reja, que caía à una callejuela donde estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De

*De la dulce mi enemiga**Nace un mal, que al alma biere**Y por mas tormento quiere,**Que se sienta, y no se diga.*

Parecióme la copla de perlas, y su voz de almibar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí, por estos, y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas, y concertadas Republicas se havian de desterrar los Poetas, como aconsejaba Platón; alomenos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen, y hacen llorar los niños, y las mugeres, sino unas agudezas, que à modo de blandas espinas nos atraviessan el alma, y como rayos nos hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantó:

*Vén, muerte, tan escondida,**Que no te sienta venir,**Porque el placer del morir**No me torne à dár la vida.*

Y de este jaéz otras coplitas, y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden; pues que quando se humillan à componer un genero de verso, que en Candaya se usaba entonces, à quién ellos llamaban Seguidillas: alli

era

era el brincar de las almas, el retozo de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y assi digo señores míos, que los tales trovadores con justo titulo los debian desterrar à las Islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me havian de mover sus transnochados conceptos, ni havia de creer ser verdad aquel decir: *Vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, partome, y quedome*, con otros impossibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues que quando prometen el Fenix de Arabia, la Corona de Aridiana, los Cavallos del Sol, del Súr las perlas, del Tibar el oro, y de Pancaya el balsa-
mo? Aqui es donde ellos alargan mas la pluma como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan, ni puedan cumplir; pero donde me divierto? Ay de mi desdichada! qué locura, desatino me lleva à contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? Ay de mí; otra vez sin ventura, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las musicas, sino mi liviandad, mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrieron el camino, y desembarazaron la senda à los passos de Don Clavijo (que este es el nombre del referido Cavallero) y assi, siendo yo

yo la medianera, él se halló una, y muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debaxo del titulo de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera, que sin ser su marido, la llegara à la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, esso no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquiera negocio de estos, que por mí se tratare; solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomasia heredera (como ya he dicho) del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo à mas andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en buréo à los tres, y salió de él, que antes que saliesse à luz el mal recato, Don Clavijo pidió diesses ante el Vicario por su muger à Antonomasia, en fee de una cedula, que de ser su esposa la Infanta le havia fecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla. Hicieronse las diligencias, vió el Vicario la cedula, tomó el tal Vicario la confession à la señora, confessó de plano, mandóla depositar en casa de un Alguacil de Corte muy honrado. A esta sazón dixo Sancho: Tambien en Candaya hay Alguaciles de Corte, Poetas, y Seguidillas? Por lo que puedo

do jurar, que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuestra merced priessa, señores Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin de esta tan larga Historia. Si haré respondió la Condesa.

CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable Historia.

DE qualquiera palabra que Sancho decía la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba D. Quixote; y mandandole que callase la Dolorida prosiguió diciendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa; de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda, como respondió Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar en desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la Reyna Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida

mu-

muchas cosas se remedian; y no fue tan grande el disparate de la Infanta que obligasse á sentirle tanto. Quando se huviera casado essa señora con algun page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oído decir, fuera el daño sin remedio; pero el haverse casado con un Cavallero tan Gentilhombre, y tan entendido como aqui nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa: porque segun las reglas de mi señor, que está presente, y no me dexará mentir, assi como se hacen de los hombres Letrados los Obispos, se pueden hacer de los Cavalleros (y mas si son Andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes Sancho, dixo Don Quixote, porque un Cavallero Andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor Señor del mundo. Pero passe adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce, que le falta por contar lo de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda, como respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta, pues, la Reyna, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas la dimos el ultimo vale, quando *Quis talia fando temperet à lacrymis*, puesto sobre un Cavallo de madera, pareció encima

de

de la sepultura de la Reyna el Gigante Malambro, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas, y peores trazas, y cargando to con ser cruel, era encantador, el qual con todas la culpa, que yo sola tenia, dixo, que sus artes, en venganza de la muerte de su conno queria con pena capital castigarnos, sino mano, y por castigo del atrevimiento de Don con otras penas dilatadas, que nos diessen una Clavijo, y por despecho de la demasia de Anmuerte civil, y continua; y en aquel mismo mo- tonomasia, los dexó encantados sobre la mismamento, y punto que acabó de decir esto, sen- sepultura, à ella convertida en un ximia de timos todas que se nos abrian los poros de la ca- bronce, y à él en un espantoso cocodrillo, de ra, y que por toda ella nos punzaban como con un metal no conocido, y entre los dos está un puntas de aguja: acudimos luego con las manos padrón assimismo de metal, y en él escritas ep à los rostros, y hallamonos de manera que lengua Syriaca una letras, que haviendose de ahora vereis; y luego la Dolorida, y las demás clarado en la Candayesca, y ahora en la Caste dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas llana, encierra esta sentencia: *No cobrarán venian, y descubrieron los rostros todos pobla- primera forma estos dos atrevidos amantes, bast dos de barbas, quales rubias, quales negras, que el valeroso Manchego venga conmigo à las ma quales blancas, y quales albarrazadas, de cuya nos en singlar batalla, que para solo su gran va vista mostraron quedar admirados el Duque, y lor guardan los bados esta nunca vista aventura la Duquesa, pasmados Don Quixote, y San- Hecho esto, sacó de la vayna un ancho, y desho, y atonitos todos los presentes; y la Tri- mesurado alfange, y asiendome à mi por los ca aldi prosiguió: De esta manera nos castigó bellos, hizo finca de querer cegarme la gola, aquel follón, y mal intencionado Malambro, cortarme à cercén la cabeza. Turbéme, pegóse cubriendo la blandura, y morbidéz de nuestros me la voz à la garganta; quedé mohina en todostros con la aspereza de estas cerdas, que plu- extremo; pero con todo me esforcé lo mas que quiera al Cielo, que antes con su desmesurado pude, y con voz tembladora, y doliente le di alfange nos huviera derribado las testas, que xe tantas, y tales cosas, que le hicieron suso no que nos assombrára la luz de nuestras caras pender la execucion de tan riguroso castigo con esta borra que nos cubra; porque si entra- Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas nos en cuenta, señores míos (y esto que voy à de Palacio, que fueron essas que están presentecir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos tes, despues de haver exagerado nuestra cul- nentes, pero la consideracion de nuestra des-*

gracia, y los mares que hasta aqui han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas, y assi lo diré sin lagrimas) digo, pues, que adonde podrá ir una dueña con barbas? que padre, ó qué madre se dolerá de ella? quien dará ayuda? Pues aun quando tiene la téz lisa, y el rostro martyrizado con mil fuertes de menjunges, y mudas, apenas halla quien la quiera; qué hará quando descubra hecho bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en horra menguada nuestros padres nos engendraron; diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPITULO XL.

De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable Historia.

R eal, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes Historias como esta, deben demostrarse agradecidos à Cide Hamete, su Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semininas de ella, sin dexar cosa, por menuda que fuesse, que no sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde las tacitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; y finalmente, los atomos del mas curioso deseo manifiesta. O Autor celeberrimo!

Don

Don Quixote dichoso! ó Dulcinea famosa! ó Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos, para gusto, y general passatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la Historia, que assi como Sancho vió desmayada à la Dolorida, dixo: Por la fee de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis passados los Panzas, que jamás he oído, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador, y Gigante Malabruno, y no hallaste otro genero de castigo que dár à estas pecadoras, sino el de barbaras? Como, y no fuera mejor, y à ellas las estuviera mas à cuento quitarlas la mitad de las narices de medio arriba, aunque habláran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar à quien las tape. Assi es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mandarnos; y assi hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de otros pegotes, ó parches pegajosos, y aplicamoslos à los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas, y lisas, como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mulas tacitas, aclaras las dudas, resuelve los argumentos que andan de casa en casa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hacer otros menjuges tocantes à mugeres, nosotras las dueñas de

E 2

mi

mi señora por jamás quisimos admitirlas, por que le sirve de freno, y buela por el ayre con que las mas oliscan à terceras, haviendo dexado tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es tradicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestósele à Pierres, que era su amigo; con el qual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embovados à quantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino à quien él queria, ò mejor se lo pagaba, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido en él alguno: de allí le ha sacada Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve de él en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aqui, y mañana está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al Rey de Candaya, si se vá por tierra, hay cinco mil leguas, dos mas à menos; pero si se vá por los ayres, y por la linea recta, hay tres mil de ciento y veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dixo, que quando la su Magestad me deparasse al Cavallero nuestro libertado, que él le embiaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno; porque à de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente que

que

nues-

nuestra desgracia) antes que sea media hora en bada Condesa; pero todavia le quadra mucho trada la noche estará en nuestra presencia, por mejor, porque se llama Clavileño el Aligero, que él me significó, que la señal que me daré, cuyo nombre conviene con el ser del leño, y por donde yo entendiese, que havia hallado el con la clavija que trae en la frente, y con la li- Cavallero que buscaba, sería embiarme el cagera con que camina; y assi en quanto al nom- vallo donde fuesse con comodidad, y presteza bre, bien puede competir con el famoso Rocinan- Y quantos caben en esse cavallo? preguntó San- te. No me descontenta el nombre, replicó San- cho. La Dolorida respondió: Dos personas, he- cho; pero con que freno, ò con qué jaquima se una en la silla, y la otra en las ancas; y por govierna? Ya he dicho, respondió la Trifal- mayor parte estas tales dos personas son Cava- di, que con la clavija, que bolviendola à una llero, y escudero, quando falta alguna robac parte, ò à otra el Cavallero que vá encima, le doncella. Querría yo saber, señora Dolorida, hace caminar como quiere, ò yá por los ayres, dixo Sancho, qué nombre tiene esse cavallo. ò yá rastreando, y casi barriendo la tierra, ò nombre, respondió la Dolorida, no es como por el medio, que es el que se busca, y se ha cavallo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, de tener en todas las acciones bien ordenadas. ni como el de el Magno Alexandro llama. Yá lo querría vér, respondió Sancho; pero pen- Bucefalo, ni como el del furioso Orlando, casar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni yo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayar ten las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es, que fue el de Reynaldos de Montalvan, que apenas puedo tenerme en mi rucio, y so- Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, bre una albarda mas blanda que la misma seda, Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol, querian ahora que me tuviesse en unas ancas ni tampoco se llama Orelia, como el cavalle de tabla, sin coxin, ni almohada alguna: par- en que el desdichado Rodrigo, ultimo Rey diez yo no me pienso moler por quitar las bar- los Godos, entró en la Batalla, donde perdis- has à nadie, cada qual se rape como mas le la vida, y el Reyno. Yo apostaré, dixo San- niere à cuento, que yo no pienso acompañar cho, que pues no le han dado ninguno de esos mi señor en tan largo viage; quanto mas, famosos nombres de cavallos tan conocidos que yo no debo de hacer al caso para el rapa- que tampoco le havrán dado el de mi amo Romiento de estas barbas, como lo soy para el einante, que en ser proprio excede à todos los desencanto de mi señora Dulcinéa. Si sois, ami- que se han nombrado. Assi es, respondió la bar- go, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin bada vues-

vuestra presencia entiendo, que no haré nada. Aquí del Rey, dixo Sancho; que tiene que vér los escuderos con las aventuras de señores? Hanse de llevar ellos la fama de que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? Cuerpo de mi; aun si dixessen los Historiadores: El tal Cavollero acabó la tal, y la aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero porque escrivan à secas, Don Paralipomenon de las tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de escudero, que se halló presente à todo, como si no fuera en el mundo. Ahora, señores, bueno à decir, que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedé aqui en compañía de la Duquesa mi señora, y podría ser, que quando bolviessse hallase en la jornada la causa de la señora Dulcinéa en el ocio, y quinto, porque pienso en los ratos ociosos, y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo eso, si la Duquesa, le haveis de acompañar, si fuerdes necesario, buen Sancho, porque os lo rogare, y buenos, que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros de estas señoras, que cierto sería mal caso. Aquí del Rey otra vez, replicó Sancho, quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, por algunas niñas de la doctrina, pudieran

hom-

hombre aventurarse à qualquiera trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas à dueñas, mal año, mas que las viesse yo à todas con barbas, desde la mayor, hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, mucho os vais tras la opinión del Boticario Toledano; pues à fee, que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser exemplo de dueñas, que aqui está mi Doña Rodriguez, que no me dexará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, buenas, y buenas, ò malas, barbadas, ò lampiñas, que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y señora Trifaldi, y compañía, yo espero en el Cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuytas, que Sancho hará lo que yo le mandáre, yá viniessse Clavileño, y yá me viesse con Malambruno, que yo sé que no havria navaja, que con mas facilidad se rapasse à vuestras mercedes, como mi espada repararía de los hombros la cabeza de Malambruno, que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay! dixo à esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren à vuestra grandeza,

70 *Vida, y Hechos del ingenioso*
 deza, valeroso Cavallero, todas las Estrellas
 de las Regiones Celestes, infundan en vuestro
 animo, toda prosperidad, y valentia, para ser
 escudo, y amparo de el vituperoso, y abatido
 genero dueñesco, abominado de Boticarios,
 murmurado de escuderos, y socialñado de Pa-
 ges, que mal haya la bellaca, que en la flor
 de su edad no se metió primero à ser Monja,
 que à dueña. Desdichadas de nosotras las due-
 ñas, que aunque vengamos por linea recta de
 varon en varon del mismo Hector el Troyano,
 no dexarán de echarnos un Vos nuestras seño-
 ras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigan-
 te Malambruno, que aunque eres encantado,
 eres certissimo en tus promessas! Embianos
 al sin par Clavileño, paraque nuestra desdicha
 se acabe, que si entra el calor, y estas nuestra
 barbas duren, guay de nuestra ventura! Dize
 esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que se
 có las lagrimas de los ojos de todos los cir-
 cunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y pro-
 puso en su corazon de acompañar à su señor

hasta las ultimas partes del mundo, si es
 que en ello consistiesse quitar la
 lana de aquellos venera-
 bles rostros.

X) (X

CA-

CAPITULO XLI.

*De la venida de Clavileño, con el fin de esta
 dilatada aventura.*



L Legó en esto la noche, y con ella el punto
 determinado en que el famoso cavallo
 Clavileño viniessse, cuya tardanza fatigaba yá
 à Don Quixote, pareciendole, que pues Ma-
 lambruno se detenía en embiarle, ò que él no
 era el Cavallero para quien estaba guardada
 aquella aventura, ò que Malambruno no ossa-
 ba venir con él à singular batalla; pero veis
 aqui quando à deshora entraron por el jardin
 qua-

quatro Salvages vestidos todos de verde yedra, zarme espuelas, por no detenerme : tanta es la
 que sobre sus hombros traían un gran cavalligana que tengo de veros à vos, señora, y à
 de madera : pusieronle de pies en el suelo, todas estas dueñas, rasas, y mondas. Esso no
 uno de los Salvages dixo : Suba sobre esta Maharé yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen
 quina el que tuviere animo para ello. Aqualante en ninguna manera; y si es que este ra-
 dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo anamamiento no se puede hacer sin que yo suba à
 mo, ni soy Cavallero; y el Salvage prosiguio las ancas, bien puede buscar mi señor otro es-
 diciendo : Y ocupe las ancas el escudero, si escudero que le acompañe, y estas señoras otro
 que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno modo de alisarse los rostros, que yo no soy bru-
 que si no fuere de su espada, de ninguna otra, no para gustar de andar por los ayres. Y qué di-
 de otra malicia será ofendido; y no hay mas que en mis Insulanos quando sepan, que su Gover-
 torcer essa clavija, que sobre el cuello trae pues nador se anda paseando por los vientos? Y
 ta, que él los llevará por los ayres adonde lootra cosa mas, que habiendo tres mil, y tantas
 aliente Malambruno; pero porque la alteza, leguas de aqui à Candaya, si el cavallo se can-
 sublimidad del camino no les cause vaguidosa, ò el Gigante se enoja, tardaremos en dár la
 se han de cubrir los ojos, hasta que el cavallo vuelta media docena de años, y yá ni havrá In-
 relinche, que será señal de haver dado fin à la, ni Insulos en el mundo que me conozcan;
 viage. Esto dicho, dexando à Clavileño cony pues se dice comunmente, que en la tardanza
 gentil continente, se bolvieron por donde haya el peligro, y que quando te dieren la baqui-
 vian venido. La Dolorida assi como vió al calla, acudas con la soguilla, perdonenme las
 vallo, casi con lagrimas dixo à Don Quixote barbas de estas señoras, que bien se está San Pe-
 Valeroso Cavallero, las promesas de Malamandro en Roma; quiero decir, que bien me estoy
 bruño han sido ciertas, el cavallo está en casa en esta casa, donde tanta merced se me hace, y
 nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras de cuyo dueño tan gran bien espero, como es
 y con cada pelo de ellas te suplicamos nos traerme Governador. A lo que el Duque dixo :
 pes, y tundas, pues no está en mas sino en que Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido
 subas en él con tu escudero, y dés felice principio es movable, ni fugitiva, raices tiene tan hon-
 eipio à vuestro nuevo viage. Esso haré, señoras, echadas en los abismos de la tierra, que
 Condesa Trifaldi de muy buen grado, y de mano la arrancarán, ni mudarán de donde está à
 jor talante, sin ponerme à tomar çoxin, ni castres tirones : y pues vos sabeis que sé yo, que
 zarme no

no hay ningun genero de oficio de estos de mayor quantia , que no se grangee con alguna suerte de cohecho , qual mas , qual menos , que yo quiero llevar por este Gobierno, es, vais con vuestro señor Don Quixote à dar eima y cabo à esta memorable aventura , que ora bolvais sobre Clavileño con la brevedad que ligereza promete , ora la contraria fortuna trayga, y buelva à pie hecho romero, de mesor en meson , y de venta en venta , siempre bolviereades hallaréis vuestra Insula donde la dexais, y à vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Governador , que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma : y pongais duda en esta verdad , señor Sancho que sería hacer notorio agravio al deseo , de serviros tengo. No mas , señor , dixo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo variar à costas tantas cortesias, suba mi amo, penme estos ojos, y encomiendenme à Dios, avisenme, si quando vamos por essas altanerades podré encomendarme à nuestro Señor, ò invocar los Angeles, que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho bien podeis encomendaros à Dios, ò à quien quisieredes , que Malambruno, aunque es encantador , es Cristiano , y hace sus encantamientos con mucho sagacidad , y con mucho tiento , sin meterse con nadie. Ea, pues , dixo Sancho , ayude , y la Santissima Trinidad de Gaeta.

de la memorable aventura de los Batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como ahora : si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el animo ; pero llegaos aqui, Sancho , que con licencia de esos Señores os quiero hablar à parte dos palabras ; y apartandole à Sancho entre unos arboles del jardin , y asiendole ambas manos , le dixo : Yá vés , Sancho hermano , el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando bolverémos de él , ni la comodidad, y espacio que nos darán los negocios ; y assi querria que ahora te retirasses en tu aposento, como que vás à buscar alguna cosa necessaria para el camino, y en un daga las pongas te diesses à buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes, à que estás obligado, si quieres quinientos , que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho , que vuestra merced debe de ser menguado ; esto es , como aquellos que dicen , en priessa me vés , y donzellez me mandaz ; ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa , quiere vnestra merced que me astime las posas ? En verdad , en verdad , que no tiene vuestra merced razon : vamos ahora à par estas dueñas , que à la buelta yo le progeto à vuestra merced , como quien soy , de llamarle tanta priessa à salir de mi obligacion, que vuestra merced se contente ; y no le digo de mas.

mas. Y Don Quixote respondió: Pues con esta promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra: y con esto se volvieron à subir en Clavileño; y al subir, dixo Don Quixote: Tapaos, Sancho, y subid, que quien de tan lueñas tierras embia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar quien de él se fia: y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos, señor, dixo Sancho, que las barbas, y lagrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado, que bien me sepa, hasta ver en su primera lisura. Suba vuestra merced, tapase primero, que si yo tengo de ir à las cas, claro está que primero sube el de la silla. Assi es la verdad, replicó Don Quixote; y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió à Dolorida, que le cubriese muy bien los ojos, haviendoselos cubierto, se volvió à descubrir, y dixo: Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que un Cavallo de madera, que los Griegos presentaron à la Diosa Palas, el qual iba preñado de Cavalleros armados, que despues fueron la

tal ruina de Troya; y assi será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estomago. No hay para qué, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso, ni de traidor: vuestra merced, señor Don Quixote, suba sin pavor alguno, y à mi daño si alguno le sucediere. Parecióle à Don Quixote, que qualquiera cosa que replicasse acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentia; y assi, sin mas altercar, subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que facilmente se doblaba, y como no tenia estrivos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz Flamenco, pintada, ó texida en algun Romancheo. De mal talante, y poco à poco llegó à subir Sancho, y acomodandose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras, y no nada blandas; y pidió al Duque, que si fuese posible le acomodassen de algun coxín, ú de alguna almohada, aunque fuese del estrado de la señora la Duquesa, ú del lecho de algun Paciente, porque las ancas de aquel cavallo mas parecian de marmol que de leño. A esto dixo la Dolorida, que ningun jaéz, ni ningun genero de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer era ponerse à mugeriegas, y que assi no sentiria tanto la dureza. Hizolo assi Sancho, diciendo: A Dios, se dexó vendar los ojos, y ya despues de vendados, se volvió à descubrir, y mirando à todos los del jardín tierna-

mente, y con lagrimas, dixo que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nostres, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse quietos por ellos los dixesse, quando en semejantes trances se viessen. A lo que dixo Don Quixote Ladrón, estás puesto en la horca, por ventura, ù en el ultimo termino de la vida, para usar de semejantes plegarias? No estás, desalmada, cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual descendió, no á su sepultura, sino á ser Reyna de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar, que yo ahora oprimo. Cubrete, cubrete, animal descorazonado, no te salga á la boca el temor que tienes, á menos en presencia mía. Tapenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomienden á Dios, ni que sea encomendado, qué mucho que tema no anda por aquí alguna legion de diablos, que dén con nosotros en Peralvillo. Cubrieronse; y sintiendo Don Quixote, que estaba como havia de estar, tanto la clavija, y apretadas las dueñas, y quantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso Cavallero, Dios sea contigo, escudero, no tengas miedo; yá, yá vais por esos ayres, rompieron los dolos con mas velocidad que una saeta, yá comenzais á suspender, y admirar á quantos de

de la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caygas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretandose con su amo, y agarrándole con los brazos, le dixo: Señor, como dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en esso, Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás, y oirás lo que quisieres, y no me aprietas tanto, que me derribas; y en verdad, que no sé de que te turbas, ni te espantes, que jossaré jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de passo mas llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Assi es verdad, respondió Sancho, que por este lado me dá un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando; y assi era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien trazada estaba la aventura por el Duque, la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltó requisito, que la dexasse de hacer perfecta. Sintiendose, pues, de lo que le pasaba, replicó Sancho, que ya debemos llegar á la segunda remensa del ayre, adonde se engendra el granizo,

las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos se engendran en la tercera region; y si que de esta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abresemos. En esto, con unas estopas, ligadas de encenderse, y apegarse, desde lexos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dixo: Que me mate sino estamos ya en el lugar del fuego, o bien caiga, porque una gran parte de mi barba se me chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió Don Quixote, y acuerdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en bolandas por el ayre, por ser vallero en una caña, cerrados los ojos, y en pocas horas llegó á Roma, y se apeó en Torre Nona, que es una calle de la Ciudad, y vió por el fracaso, assalto, y muerte de Borbón, donde dió cuenta de todo lo que havia visto qual assimismo dixo, que quando iba por el camino le mandó el diablo que abriese los ojos, y se vió tan cerca, á su parecer, el cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomados

do puntos, y subiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya, como hace el sacre, o neblí sobre la Garza para cogernos, por mas que se remonte; y aunque nos parece, que no há media hora que nos partimos del Jardin, creeme, que debemos de haver hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir que si la señora Magallanes, o Magalona se contentó de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas platicas de los dos valientes oñian el Duque, y la Duquesa, y los del Jardin, de qué recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la estraña, y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el cavallo lleno de cohetes tronadores, boló por los ayres con estraño ruido, y dió con Don Quixote, y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se havia desaparecido del Jardin todo el barbado esquadron de las dueñas, y la Trifaldi, y todo; y los del Jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quixote, y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes, quedaron atonitos de verse en el mismo Jardin de donde havian partido, y de ver tan perdido por tierra tanto número de gente, y creció más su admiracion, quando á un lado del Jardin vieron incada una gran lanza en el suelo,

lo, y pendiente de ella, y de dos cordones de seda verde, un pergamino liso, y blanco en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha feneció, y acabó la aventura de la Condessa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía con sola intentarla.

Malambruno se dá por contento, y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas, y mondas, y los Reyes Don Cleoforo, y Antonomasia en su pristino estado; y quando se cumpliere el escuderil vapulo, la blanca loma se verá libre de los pestiferos grifaltes, que la persiguen, y en brazos de su querido arrullo dor, que assi está ordenado por el sabio Meris protoencantador de los encantadores.

Haviendo, pues Don Quixote leído las letras del pergamino, claro entendió, que el desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al Cielo de que con tan poco trabajo huviessen acabado tan gran fecho, reduciendo á su passada téz los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fue adonde el Duque, y la Duquesa aun no havian buuelto á él; y trayendo de la mano al Duque, le dijo: Ea, buen señor, buen animo, buen animo, todo es nada, la aventura es ya acabada, sin tanto ruido de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto. El Duque por

á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue bolviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el Jardin estaban caídos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podian dar á entender haverles acontecido de veras lo que tambien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartél con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue á abrazar á Don Quixote, diciendole ser el mas buen Cavallero, que en ningun siglo se huviesse visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por vér qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixerónle que assi como Clavileño baxó ardiendo por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las dueñas, con la Trifaldi, havia desaparecido, y que ya iban rapadas, y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho, que como le havia ido en áquel largo viage? A lo qual respondió Sancho: Yo, señora, senti, que íbamos segun mi señor me dixo, bolando por la region de el fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pedí mi amo (á quien pedí licencia para deseubrirme) no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que me estorva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viesse, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo, que me tapaba los ojos, y por allí miré ácia la tierra, y pareció-

ciome, que toda ella no era mayor, que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas, porque se vea quan altos debiamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres, que andaban sobre ella; está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo havia de cubrir toda la tierra. Assi es verdad, respondió Sancho; pero todo esso la descubri por un ladito, y la vi toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira. Yo sé essas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que vuestra señoria entienda, que por donde bolamos por encantamento, por encantamento no podia yo vér toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto se me crére, tampoco creerá vuestra merced, como descubriendome por junto á las cejas, me vi tan junto al Cielo, que no havia de mi á un palmo, y medio; y por lo que puedo jurar, señoría mia, que es muy grande además, y sucedió que ibamos por parte donde están las siete Cabrillas; y en Dios, y en mi anima, que como yo en mi niñez fui en mi tierra Cabrerizo, que assi como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no lo cumplian, me parece que reventára. Vengo, pues, y tomé

y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita, y passivamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas, que son como unos alhelies, y como unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni passó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las Cabras, preguntó el Duque, en qué se entretenia el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondió: Como todas estas cosas, y estos tales sucessos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice, de mi sé decir, que ni me descubrí por alto, ni por bajo, ni vi el Cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que sentí, que passaba por la region del ayre, y que aun tocaba al fuego; pero que passassemos de alli no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el Cielo de la Luna, y la ultima region del ayre, no podiamos llegar al Cielo, donde están las siete Cabrillas, que Sancho dice, sin abrazarnos, y pues no nos assuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho; sino, preguntenme las señas de las tales Cabras, y por ellas verán si digo verdad, ó no. Digalas, pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de Cabras es essa, dixo el Duque; y por esta nuestra region del suelo no

se usan tales colores, digo Cabras de tales colores. Bien claro está esso, dixo Sancho, si, que diferencia ha de haver de las Cabras del Cielo à las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, visteis allà entre essas Cabras algun Cabrón? No señor, respondió Sancho; pero oír decir, que ninguno passaba de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viaje, porque les pareció, que llevaba Sancho hilo de passearse por todos los Cielos, y dár nuevas de quanto allà passaba, sin haverse movido del Jardin. En resolucion este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reír à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si los viviera. Y llegándose Don Quixote à Sancho al ohido, le dixo: Sancho, pues vos que veis que se os crea lo que haveis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais á mi lo que vi en la Cueva de Montesinos; y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos que dió Don Quixote á Sancho Panza antes que fuesse á gobernar la Insula, con otras cosas bien considerables.

CON el felice, y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos

tos los Duques, que determinaron passar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenia para que se tuviessen por veras; y assi, haviendo dado la traza, y ordenes, que sus criados, y sus vassallos havian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fue el que sucedió al buelo de Clavileño, dixo el Duque á Sancho, que se adeliñasse, y compusiesse para ir à ser Gobernador, que ya sus Insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humillò, y le dixo: Despues que baxé del Cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mi gana que tenia tan grande de ser Gobernador, porque qué grandeza es mandar en un gran no de mostaza? ó qué Dignidad, ó Imperio el gobernar à media docena de hombres, tamaños como avellanes, que à mi paracer, no havia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuesse servido de darme una tantica parte del Cielo, aunque no fuesse mas de media legua, la tomara de mejor gana, que la mayor Insula del mundo. Mirad amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del Cielo à nadie, aunque no sea mayor que una uña, que à solo Dios están reservadas essas mercedes, y gracias. Lo que puedo dár os doy, que es una insula hecha, y derecha, redonda; y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, don-

donde, si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del Cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga essa Insula, que yo pugnaré por ser tal Governador, que à pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme à mayores, sino por el deseo que tengo de probar à qué sabe el ser Governador. Si una vez lo probais, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos trás el Gobierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue à ser Emperador, que lo será sin duda (segun vãn encaminadas sus cosas) que no se lo arranquen como quiere, y que le duela, y le pese en la mitad de el alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor, replicó Sancho Panza, yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho Panza, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero, que seáis tal Goverdador, como vuestro juicio provea, y quedese esto aqui; y advertid, que mañana en esse mismo día haveis de ir al Gobierno de la Insula, y esta tarde os acomodarán de el traje conveniente que haveis de llevar, y de todas las cosas necessarias à vuestro partido. Vistanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Assi es verdad, dixo

Duque: pero los trages se han de acomodar con el Oficio, ò Dignidad que se professa, que no sería bien que un Jurisperito se vistiese como Soldado, ni un Soldado como un Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitán; porque en la Insula que os doy, tanto son menester las Armas, como las Letras, y las Letras, como las Armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no se el A, B, C; pero bastame tener el Christus en la memoria para ser buen Governador. De las Armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quixote, y sabiendo lo que passaba, y la celeridad con que Sancho se havia de partir à su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con él à su estancia, con intencion de aconsejarle como se havia de haver en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras si la puerta, y hizo casi por fuerza, que Sancho se sentasse junto à él, y con reposada voz le dixo.

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya enviado à ti à recibir, y à encontrar la buena ventura: yo, que en mi buena suerte te tenia libre la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tu antes de tiempo,

po, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, pofian, y no alcanzan lo que pretenden: y llego otro, y sin saber como, ni como no, se halla con el cargo, y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí encaxa, y entra bien el decir que hay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mi sin duda alguna eres un porro, sin madrugar, ni transnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la Andante Cavalleria, sin mas, ni mas te ves Governador de una Insula, como de Reyes. Assi es verdad replicó Don Quixote, quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recibida, sino que deis gracias al Cielo, lo, que dispone suavemente las cosas, y despues las darás à la grandeza, que en si encierra la profession de la Cavalleria Andante. Dijo puesto, pues, el corazon à creer lo que te ha dicho, està, ó hijo, atento à este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que encamine, y saque à seguro puerto de este mar proceloso, donde vás à engolfarte, que los officios, y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la subidoria; y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres,

procurando conocerte à ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse: de el conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrás a ser feos pies de la rueda de tu locura con la consideracion de haver guardado puercos en tu tierra. Assi es la verdad, respondió Sancho, pero fue quando muchacho; y despues algo hombrecillo, ganosos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto pareceme à mi que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Assi es verdad replicó Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre, de la murmuracion maliciosa, de que no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir, que vienes de Labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá à correrte: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos, que de baxa estirpe nacidos, han subido á la Suma Dignidad Pontificia, é Imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos, que te cansáran.

Mira, Sancho, si tomas por medio à la virtud, y te precies de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener embidia à los que los tienen

nen Principes, y Señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista; y la virtud vale por si sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto assi, como lo es, que si acaso viniere à verte quando estés en tu Insula alguna de tus parientes, no le deseches, ni afrentes, antes le has de acoger, agassajar, y regalar, que con esto satisfaràs al Cielo, que gusta que nadie se desprecia de lo que él hizo, corresponderà à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque es bien que los que asisten à Gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enseñala doctrinala, y desbastala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un Governador discreto, suele perder, y derramar una muger rustica, y tonta.

Si acaso enviudares, (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que todo aquello que una muger del Juez recibiere, ha de dár cuenta al marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la Ley del Encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compassion las lagrimas

del pobre; pero no mas justicia, que las infortunas del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas, y dadivas de el rico, como por entre los sollozos, è importunidades del pobre.

Quando pudiere, y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del Juez riguroso, que la del compassivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun Pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propria en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres, las otras veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será à costa de tu credito, y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la substancia de lo que pide, si no quieres que se negue tu razon en su llanto, y tu bondad en tus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado, que cayere debaxo de tu jurisdicción, considera el hombre miserable sujeto à las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio à la contraria, muestrale piadoso, y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas respaldado, y campea à nuestro vér el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas siguen Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, tus hijos los tendrán ellos, y tus nietos, vivirás en paz, y beneplacito de las gentes, y en los últimos passos de la vida te alcanzará el de la muerte en la vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus nietos, y nietezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho, son documentos, que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XLIII.

De los consejos segundos, que dió Don Quixote à Sancho Panza.

Quien oyera el passado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviere por pesadilla,

sona muy cuerda, y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande Historia queda dicho, solamente disparataba en tocandole en la Cavalleria, y en los demás discursos mostraba tener claro, y desenfadado entendimiento, de manera, que à cada passo desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos, que dió à Sancho, mostró tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentissimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quixote, y dixo:

En lo que toca à como has de gobernar tu persona, y casa, Sancho, lo primero que te he en cargo, es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer, como algunos hacen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento, y añadidura, que se dexan de cortar, fuesse uña, siendo antes garras de cernicalo lagartigero; puerco, y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido, y floxo, que el vestido descompuesto dá indicios de ser un hombre desmazelado, si yá la descompostura, y floxedad no cae debaxo de socorrerioneria, como

96 *Vida, y Hechos del ingenioso*
mo se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso à lo que diere valer tu oficio; y si sufriere, que diere brea à tus criados, dasela honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis Peges, viste tres otros tres Pobres, y assi tendrás Pages para el Cielo, y para el suelo; este nuevo modo de librea no la alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no quenen por el olor tu villaneria; anda despacio y habla con reposo: pero no de manera, que parezca que te escuchas à tí mismo, que afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Tén cuenta, Sancho, de no mascar à dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dixo Sancho; y Don Quixote le dixo: Erutar Sancho, quiere decir regoldar; y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque muy significativo; y assi la gente curiosa se acogido al Latin, y al regoldar dice erutar à los regueldos erutaciones; y quando algu-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 97

no entiendan estos terminos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdad, señor, dixo Sancho, que uno de los consejos, y avisos, que pienso llevar en la memoria, ha de ser el no regoldar, porque lo suelo hacer muy à menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Erutar diré de aqui adelante, respondió Sancho, y à fee que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que suelen; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces las traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates, que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y vienenseme tantos juntos en la boca, quando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua vá arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo; mas yo tendré cuenta de aqui adelante de decir los que convengan à la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien estaja no baraja, y à buen salvo está el que rebota, y el dár, y el tener sesso ha menester. Eso, Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, encaxa, y enhilla refranes, que nadie te vá à la mano: castigame mi madre, y yo trompogelas;

estoyte diciendo, que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que assi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo, que parece mal un refrán traído à proposito; pero cargar, y ensartar refranes à troche, y à moche, hace la platica desmayada, y baxa.

Quando subieres à cavallo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas, y tiradas, y desviadas de la barriga de el cavallo: ni tampoco vayas tan floxo, que parece que vás sobre el rucio, que el andar à cavallo, à unos hace Cavalleros, à otros cavallerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no se droga, con el Sol no goza de el dia; y adviérte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, que más llegó al termino, que pida un buen descanso.

Este ultimo consejo, que ahora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho, que los que hasta aquí te he dado; y es:

Que jamás te pongas à disputar de linage, à lo menos comparandolos entre sí, pues no se fuerza en los que se comparan, uno ha de ser mejor; y del que abatieres serás aborrecido. Del que levatares en ninguna manera premia-

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, greguescos, ni por pienso, que no les está bien; ni à los Cavalleros, ni à los Governadores.

Por ahora esto se ha ofrecido que aconsejarte, andará el tiempo, y segun las ocasiones, assi serán mis documentos, como tu tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo, que todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del magin; pero essotros vadulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas de ellos, que de las nubes de antaño, y assi será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer, ni escribir, yo se los daré à mi Confessor para que me los encaxe, y recapacite quando fuere menester. Ha pecador de mi, respondió Don Quixote, y qué mal parece en los Governadores el no saber leer, ni escribir! porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de las cosas, ó que fue hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ó que es tan traviesso, y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y assi querria que

que aprendiesses à firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que quando fui Prioste en mi Lugar aprendí à hacer unas letras como de marca de fardo, que decian, que decia mi nombre; quanto mas, que fingiré que tengo tollida la mano derecha, y haré que fin me otro por mi, que para todo hay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo haré lo que quisiere; quanto mas que el que tiene padre Alcalde, y siendo yo Governador, que es mas que ser Alcalde, llegaos que la dexan vér, no sino ponen, y calanme, que vendrán por lana, y bolverán trasquilados; y à quien Dios quiere bien, la casa les sabe, y las necedades del rico, por sentencias passan en el mundo; y siendolo yo, siendo Governador, y juntamente liberal, como yo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. Mas sino haceos de miel, y paparos han moscas, tanto vales quanto tienes, decia una mi aguelo, y del hombre arraygado no te verás vengado. O maldito seas de Dios, Sancho, dixo à esazon Don Quixote, sesenta mil Satanases vienen à ti, y à tus refranes, una hora há que los estás ensartando, y dandome con cada uno de los tragos de tormento. Yo te aseguro, que estos refranes te han de llevar un dia à la horca: por ellos te han de quitar el Gobierno tus Vassallos, ó ha de haver entre ellos Comunidades. Dime donde los hallas, ignorante? O como los aplicas,

cas.

cas, mentecato? Que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo, y trabajo como si cabasse. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuestra merced se quexa de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes, y mas refranes; y ahora se me ofrecen quatro, que venían aqui pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Esse Sancho no eres tu, dixo Don Quixote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo esso querria saber, qué quatro refranes te ocurrian ahora à la memoria, que venían aqui à proposito? que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qué mejores, dixo Sancho, que entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares? Y à idos de mi casa, y qué quereis con mi muger, no hay responder. Y si dá el cantar en la piedra, ó la piedra en el cantar, mal para el cantar: todos los quales vienen à pelo. Que nadie se tome con su Governador, ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importá) y à lo que dixere el Governador no hay que replicar, como al salíes de mi casa, y qué quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cantar, un cie-

go

go lo verá. Assi que es menester, que el que ve la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo; porque no se diga por él: Espantóse la muerte de la degollada; y vuestra merced sabe bien que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Esso no, Sancho, respondió Don Quixote, que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, à causa, que sobre el aumento de la necedad no assienta ningun discreto edificio, y dexemos esto aqui, Sancho, que si me gobiernares, tuya será la culpa, y mia la verguenza: mas consuelome, que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras: y con discrecion à mi possible; y con esto salgo de mi obligacion, y de mi promesa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu Gobierno, y à mi me saque del escrupulo que me queda, que he de dár con toda la Insula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque que eres, diciendole, que toda essa gordura, y essa personilla que tienes, no es otra cosa, que un costál lleno de refranes, y de malicias. Señor replicó Sancho, si à vuestra merced le parece que no soy de pro para este Gobierno, desde aqui me suelto, que mas quiero un solo negro de la vida de mi alma, que à todo mi cuerpo; y assi me sustentaré Sancho à secás con pan, y cebolla como Governador con perdices, y capones: mas, que mientras se duerme todos son iguales los grandes, y los menores, los pobres, y los

ricos;

ricos; y si vuestra merced mira en ello, verá, que solo vuestra merced me ha puesto esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de Insulas, que un buytre: y si se imagina, que por ser Governador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Governador al Infierno. Por Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que por solas estas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Governador de mil Insulas: buen natural tienes, sin el qual no hay ciencia que valga; encomiendate à Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento, y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos; y vamos à comer, que creo que yá estos señores nos aguardan.

CAPITULO XLIV.

Como Sancho Panza fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura, que en el Castillo sucedió à Don Quixote.

Dicen, que en el proprio original de esta Historia se lee, que llegando Cide Hamete à escribir este Capitulo, no le traduxo su Interprete como él le havia escrito, que fue un modo de queixa que tuvo el Moro de sí mismo, por haver tomado entre manos una Historia tan seca,

ca, y tan limitada como esta de Don Quixote, parecerle que siempre havia de hablar de él, y de Sancho, sin ostar entenderse à otras digresiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos; y decia, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su Author; y que por huir de este inconveniente havia usado en la primera Parte del artificio de algunas Novelas, como fueron las del Curioso Impertinente, y la del Capitán Cautivo, que están como separadas de la Historia, puesto que las demas que alli se cuentan, son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las Novelas, y passarian por ellas, ò con priessa, con enfado, sin advertir la gala, y artificio que en sí contienen; el qual se mostrará bien al descubierta, quando por sí solas, sin arrimarse à las locuras de Don Quixote, ni à las sandeces de Sancho, salieran à luz, y assi en esta Segunda Parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucessos, que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos:

pues

pues se contiene, y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del Universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la Historia, diciendo: Que en acabando de comer Don Quixote el dia que dió los consejos à Sancho, aquella tarde se le dió escritos, para que él buscasse quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado quando se le cayeron, y vinieron à manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de Don Quixote; y assi llevando adelante sus burlas, aquella tarde embiaron à Sancho, con mucho acompañamiento, al Lugar, que para él havia de ser Insula Acaeció, pues, que el que le llevaba à cargo era un Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy gracioso, (que no puede haver gracia donde no hay discrecion) el qual havia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores, de como se havia de haver con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues que acaeció, que assi como Sancho vió al tal Mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y bolviendose à su señor, le dixo: Señor, ó à mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy,

toy,

toy, en justo, y en creyente, o vuestra merced me ha de confessar, que el rostro de este Mayordomo del Duque, que aqui está, es el mismo de la Dolorida. Miró Don Quixote atentamente al Mayordomo, y haviendole mirado, dixo à Sancho: No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el de el Mayordomo; pero no por esso el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo implicaria contradicion muy grande, no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos: creeme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre de los daños de malos hechiceros, y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le ohi hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré, pero no dexaré de andar advertido de aqui adelante, à ver si descubre otra señal, que confirme, ò deshaga mi sospecha. Assi lo has de hacer, Sancho, quando yo Don Quixote, y darásme aviso de todo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Salí, fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido à lo Letrado, y encima un gaván muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho à la

meta, y detrás de él, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces, y ornamentos juveniles de seda, y stamantes: bolvia Sancho la cabeza de quando en quando à mirar à su asno, cuya compañía iba tan contento, que no se trocará con el Emperador de Alemania. Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lagrimas, y Sancho la recibió con puncheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa, que te ha de causar el saber como se portó en su cargo, y en tanto atiende à saber lo que le pasó à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de gimia, porque los sucessos de Don Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa. Cuentase, pues, que apenas hubo partido Sancho, quando Don Quixote sintió su soledad; y si le fuera possible revocarle la comission, y quitarle el Gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolia, y preguntóle, que de qué estaba triste? Que si era por la ausencia de Sancho, qué escuderos, dueñas, y doncellas havia en su casa, que le servian muy à satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es ella la causa principal, que me hace parecer que estoy triste: y de los muchos ofrecimientos que vues-

tra Excelencia me hace, solamente acepto, *havrà quien lo impide, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester de*
 escojo el de la voluntad con que se me hacen, *el que duerme à puerta cerrada, porque ninguno*
 en los demás suplico à vuestra Excelencia, *que una natural neecessidad le obligue à que la abra.*
 dentro de mi aposento consienta, y permita, *que viva mil siglos la gran Dulcinéa del Toboso, y*
 que yo solo sea el que me sirva. En verdad, *que sea su nombré estendido por toda la redondéz*
 yo la Duquesa, señor Don Quixote, que no *de la tierra, pues mereció ser amada de tan va-*
 de ser assi, que le han de servir quatro donce- *llas de las mias, hermosas como unas flores. Pa-*
 llas de las mias, hermosas como unas flores. *ciente, y tan honesto Cavallero; y los benignos*
 ra mi, respondió Don Quixote, no serán ellas *Cielos infundan en el corazon de Sancho Pan-*
 como flores, sino como espinas, que me punce- *ra, nuestro Governador; un deseo de acabar*
 el alma. Assi entrarán ellas en mi aposento, *presto sus disciplinas, para que vuelva à gozar*
 cosa que lo parezca, como volar. Si es que vues- *el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo*
 tra grandeza quiere llevar adelante el hacermi- *qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha ha-*
 merced sin yo merecerla, dexeme, que yo *blado como quien es, que en la boca de las bue-*
 las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puer- *tas señoras no ha de haver ninguna que sea ma-*
 tas adentro, que yo ponga una muralla en me- *ta, ni mas venturosa: y mas conocida será en*
 dio de mis deseos, y de mi honestidad, y *el mundo Dulcinéa, por haverla alabado vues-*
 quiero perder esta costumbre por la liberalida- *de grandeza; que por todas las alabanzas, que*
 que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo, *ueden darla los mas eloquentes de la tierra.*
 en resolucion, antes dormiré vestido, que con- *hora bien, señor Don Quixote, replicó la*
 sentir que nadie me desnude. No mas, no *duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque*
 señor Don Quixote, replicó la Duquesa; *debe de esperar, venga vuestra merced, y cene-*
 mi digo, que daré orden, que ni aun una ma- *nos, y acostarase temprano, que el viage, que*
 ca entre en su estancia, no que una doncella *ver hizo de Candaya, no fue tan corto, que no*
 no soy yo persona, que por mi se ha de desca- *haya causado algun molimiento. No siento nin-*
 balar la decencia del señor Don Quixote, *quino, señora, respondió Don Quixote, porque*
 segun se me ha traslucido, la que mas cam- *posaré jurar à vuestra Excelencia, que en mi vi-*
 entre sus muchas virtudes es la de la honestida- *de he subido sobre bestia mas reposada, ni de*
 Desnudase vuestra merced, y vistase à sus sol- *mejor pasto que Clavileño, y no sé yo que le pu-*
 y à su modo, como, y quando quisiere que *yo mover à Malambruno para deshacerse de tan*

110 *Vida, y Hechos del ingenioso*
ligera, y tan gentil cavalgadura, y abrasarla as-
si sin mas ni mas. A eso se puede imaginar,
respondió la Duquesa, que arrepentido del mal
que havia hecho á la Trifaldi, y compañía, y
á otras personas, y de las maldades, que, como
hechicero, y encantador, debía de haver co-
metido, quiso concluir con todos los instrumen-
tos de su oficio, y como á principal, y que mas
le traia desassossegado, y vagando de tierra en
tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasa-
das cenizas, y con el trofeo del cortel, queda
eterno el valor del gran Don Quixote de la Man-
cha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote
á la Duquesa; y en cenando Don Quixote se re-
tiró en su aposento solo, sin consentir que na-
die entrasse con él á servirle: tanto se temia de
encontrar ocasiones que le moviessen, ó forzas-
sen á perder el honesto decoro, que á su señora
Dulcinéa guardaba, siempre puesta en la imagi-
nacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de
los Andantes Cavalleros. Cerró tras si la puer-
ta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó,
y al descalzarse (ó desgracia, indigna de tal per-
sona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra co-
sa, que desacreditassen la limpieza de su policia,
sino hasta dos docenas de puntos de una media
que quedó hecha zelosia; afligióse en extremo
buen señor, y diera él por tener allí un adar-
me de seda verde una onza de plata, digo seda
verde, porque las medias eran verdes. Aquel

ex-

exclamó Benengeli, y escribiendo dixo: O po-
breza, pobreza! No sé yo con qué razon se mo-
vió aquel gran Poeta Cordovés á llamarte dadi-
va santa desagradecida; yo, aunque Moro, bien
sé, por la comunicacion que he tenido con Chris-
tianos, que la santidad consiste en la Caridad,
Humildad, Fé, Obediencia, y Pobreza; pero
con todo eso digo, que ha de tener mucho de
Dios el que se viniere á contentar con ser po-
bre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien
dice uno de sus mayores Santos. Tened todas
las cosas como si no las tuviessedes, y á esto lla-
man pobreza de espíritu; pero tu, segunda po-
breza (que eres de la que yo hablo) por qué
quieres estrellarte con los Hidalgos, y bien na-
cidos, mas que con la otra gente? Por qué los
obligas á dár pantalla á los zapatos, y á que los
botones de sus ropillas unos sean de seda, otros
de cerdas, y otros de vidrio? Por qué sus cue-
llos, por la mayor parte, han de ser siempre es-
carolados, y no abiertos con molde? (Y en esto
se echará de vér, que es antiguo el uso del al-
midón, y de los cuellos abiertos) y prosiguió.
Miserable del bien nacido, que vá dando puestos
su honra, comiendo mal, y á puerta cerrada,
haciendo hypoerita al palillo de dientes, con
que sale á la calle despues de no haver comido
cosa que le obligue á limpiarselos! Miserable de
aquel, digo que tiene la honra espantadiza, y
cansa, que desde una legua se le descubre el re-

miendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovó à Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolose con vér, que Sancho le havia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo, y pesaroso assí de la falta que Sancho le hacia, como de la irreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria, que un Hidalgo puede dar en el discurso de su proliza estrechez. Matò las velas, hacia calor, y no podia dormir; levantose del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que daba sobre un hermoso Jardin; y al abrirle sintió, y oyó, que andaba, y hablaba gente en el Jardin: pusose à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto que pudo ohir estas razones:

No me porfies (ó Emerencia!) que cantes, pues sabes, que desde el punto que este forastero entró en este Castillo, y mis ojos le miraron yo no sé cantar, sino llorar: quanto mas, que el sueño de mi señora tiene mas de ligero, que de pesado, y no querria que nos hallasse aqui por los tesoros del mundo: y puesto caso que durmiesse, y no despertasse, en vano seria mi canto, si duerme, y no despierta para ohir este nuevo Enéas, que ha llegado à mis regio-

nes

nes para dexarme escarnecida. No dés en esso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma, porque ahora senti que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo, y suave, al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace. No está en esso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que en mi canto descubriessse mi corazon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto oyó tocar una harpa suavissimamente: oyendo lo qual Don Quixote quedó pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquellas de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de Cavallerias havia leído: luego imaginó, que alguna doncella de la Duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba à tener secreta su voluntad; temió no le rindiesse, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer; y encomendandose de todo buen animo, y buen talante

á

114 *Vida, y Hechos del ingenioso*
à su señora Dulcinéa del Toboso, determinando
de escuchar la música; y para dár á entender
que allí estaba, dió un fingido estornudo, de
que no poco se alegraron las doncellas, que no
deseaban otra cosa sino que Don Quixote les
oyesse. Recorrida, pues, y afinada la harpa,
Altisidora dió principio à este Romance:

O Tu que estás en tu lecho
entre sabanas de Olanda,
durmiendo à pierna tendida
de la noche à la mañana;
Cavallero el mas valiente,
que ha producido la Mancha,
mas honesto, y mas bendito,
que el oro fino de Arabia:
Oye à una triste doncella,
bien erecida, y mal lograda
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tu buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas,
dás las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ò en las Montañas de Jaca?
Si sierpes te dieron leche?
Si à dicha fueron tus amas

10

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 115
la esperanza de las selvas,
el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinéa,
doncella rolliza, y sana,
preciarse de que ha vencido
à un tigre, y fiera braba.
Por esto será famosa,
desde Henares à Jarama,
desde el Tajo à Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
O quien se viera en tus brazos,
O sino junto à tu cama,
rascandote la cabeza,
y matandote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada,
los pies quisiera rascarte,
que à una humilde esto le basta.
O qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de berreruelos de Olanda!
Qué de finissimas perlas,
cada qual como una agalla,
que à no tener compañeras,
las solas fueran llamadas.

10

*Vida, y Hechos del ingenioso
No mires de tu Tarpeya
este incendio, que me abrasa,
Neron Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no passa,
catorse tengo, y tres meses,
te juro en Dios, y en mi alma.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lyrios,
que en pié por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al Cielo ensalza.
Mi voz ya vés, si me escuchas,
que à la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.
Estas, y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.*

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el assombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro dixo entre sí:

Que tengo de ser tan desdichado Amante,
que

que no ha de haver doncella que me mire, que de mi no se enamore? Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinéa del Toboso, que no la han de dexar à solas gozar de la incomparable firmeza mia? Que la quereis, Reynas? A que la perseguis Emperatrices? Para que la acosais, doncellas de à catorce à quince años? Dexad, dexad à la miserable, que triunfe, se goce, y afane con la suerte que amor quiso darla en rendirla mi corazon, y entregarla mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinéa soy de massa, y de alfeñique, y para todas las demàs soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotros acibar: para mi sola Dulcinéa es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda: y la bien nacida, y las demàs las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage; para ser yo suyo: y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo: llore, ò cante Altisidora: desesperese Madama, por quien me aporrearón en el Castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinéa, cocido, ò assado, limpio, bien criado, y honesto, à pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado, y pesaroso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio à su famoso Gobierno.

CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la possession de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar.



O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del Cielo, mené dulce de las cantimploras! Tibrio aquí, Felo allí, tirador acá, Medico acullá, padre de la Poesia, inventor de la Musica, tu que siempre sales, y (aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, ó Sol, con cuya ayuda el hombre

en-

D. Quixote de la Mancha P II. Lib. VII 119
engendra al hombre; à ti digo que me favorezcas, y alumbrés la obscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desamanzalado, y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un Lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia; dieronle à entender, que se llamaba la Insula Barataria, ò yá porque el Lugar se llamaba Baratario, ò yá por el barato con que se le havia dado el Gobierno. Al llegar à las puertas de la Villa, que era cercada, salió el Regimiento del Pueblo à recibirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron à la Iglesia Mayor à dár gracias à Dios; y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del Pueblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador de la Insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura, y pequeñez del nuevo Gobernador, tenia admirada à toda la gente, que el busilis del cuento no sabia, y aun à todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacandole de la Iglesia, le llevaron à la silla de el Juzgado, y le sentaron en ella; y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Insula, señor Gobernador, que el que viene à tomar possession de esta famosa Insula,

sula,

sula, está obligado à responder à una pregunta, que se le hiciere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el Pueblo toma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Governador; y assi, ò se alegra ò se entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo decia esto à Sancho, estaba él mirando unas grandes, y muchas letras, que en la pared frente de su silla estaban escritas; y como él no sabia leer, preguntó, qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban? Fuele respondido: Señor, allí está escrito, y notado el día en que vuestra Señoria tomó possession de esta Insula, y dice el Epitafio:

Hoy día à tantos de tal mes, y de tal año, tomó la possession de esta Insula el Señor Don Sancho Panza, que muchos años la goze.

Y à quien llaman Don Sancho Panza? preguntó Sancho. A vuestra Señoria, respondió el Mayordomo, que en esta Insula no ha entrado otro Panza, sino el que está sentado en essa silla. Pues adviértid, hermano, dixo Sancho, que yo no tengo padre, ni en todo mi linage le ha havido; Sancho Panza me llaman à secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones, ni donas; y yo imagino, que en esta Insula debe de haver muchas dones que piedras; pero basta, Dios me entienda

de, y podrá ser que si el Gobierno me dura quatro dias, yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pasa adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca, ò no se entristezca el Pueblo. A este instante entraron en el Juzgado dos hombres, el uno vestido de Labrador, y el otro de Sastre, porque traia unas tixereras en la mano; y el Sastre dixo: Señor Governador, yo, y este hombre Labrador venimos ante vuestra merced en razon que este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo, con perdon de los presentes, soy Sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome un pedazo de paño en las manos me preguntó: Señor, havria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le respondi, que si: él debióse de imaginar à lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte de el paño, fundandose en su malicia, y en la mala opinion de los Sastres: y replicóme, que mirasse si havria para dos: adiviné el pensamiento, y dixele, que si; y el Cavalero en su dañada, y primera intencion fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos à cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ò vuelva su paño. Es todo esto

assi, hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre; pero hagale vuestra merced, que muestra las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana, respondió el Sastre; y sacando en continente la mano debaxo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperuzas, que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no me ha quedado nada de el pago; y yo daré la obra à vista de Veedores de oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y de el nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar un poco, y dixo: Pareceme, que en este pleyto no ha de haver largas dilaciones, sino juzgar luego à juicio de un buen varon; y assi yo doy por sentencia, que el Sastre pierde las hechuras, y el Labrador el pago, y las caperuzas se llevan à los presos de la cárcel; y no hay mas. Si la sentencia que se referirá despues de la bolsa del Ganadero movió admiracion à los circunstantes, ésta les provocó à risa; pero en fin se hizo lo que mandó el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traia una cañaheja por baculo; y el sin baculo dixo: Señor, à este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro, en oro por hacerle placer, y buena obra, con condicion que me los bolviessé quando se los pidiesse: pasaronse muchos dias sin pedirselos, por no poderle

nerle en mayor necessidad de bolvermelos, que la que el tenia quando yo se los presté; pero por parecerme que se descuydaba en la paga, se los he pedido una, y muchas veces; y no solamente no me los buelve, pero me los niega, y dice, que nunca tales diez escudos le presté: y que si se los presté, que ya me los ha buuelto: yo no tengo testigos, ni del prestamo, ni de la buelta, porque no me los ha buuelto: querria que vuestra merced le tomasse juramento, y si jurare que me los ha buuelto, yo se los perdono para aqui, y para delante de Dios. Qué decis vos à esto, buen viejo del baculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó, y baxe vuestra merced éssa vara; y pues él lo dexa en mi juramento, yo juraré como se los he buuelto, y pagado real, y verdaderamente. Baxó el Governador la vara, y tanto el viejo de el baculo dió el baculo al otro viejo, que se le tuviesse en tanto que juraba, como si le embarazàra mucho; y luego puso la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que era verdad que se le havian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los havia buuelto de su mano à la suya; y que por no caer en ello se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntó al acreedor, qué respondia à lo que decia su contrario? Y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre

bre de bien, y buen Christiano, y que á él le debia de haver olvidado el como, y quando se los havia buuelto; y que desde allí en adelante jamás le pediria nada. Tornó a tomar su baculo el deudor, y baxando la cabeza, se salió de el Juzgado. Visto lo qual por Sancho, y que sin mas, ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia de el demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que llamasen al viejo del baculo, que ya se havia ido. Traxeronsele, y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, esse baculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo, hele aquí, señor, y pusosele en la mano: tomóle Sancho, y dandosele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo, señor? respondió el viejo; pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si, dixo el Governador, ó sino, soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá: tengo yo caetra para gobernar, todo un Reyno, y mandó, que allí delante de todos se rompiera, y abriese la caña. Hizose assi, y en el corazón de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su Governador como un nuevo Salomon. Preguntaron, de donde havia colegido, que en aquella cañaheja estaba de aquellos diez escudos? Y respondió, que de

ver-

verle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel baculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los havia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el baculo, le vino á la imaginacion, que dentro de el estaba la paga de lo que pedian; de donde se podia colegir, que los que goviernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas, que él havia ohido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que el tenia gran memoria, que á no olvidarsele, todo aquello que querria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Finalmente, el un viejo corrido, y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados; y el que escrivia las palabras, hechos, y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse, si le tendria, ó pondria por pronto, ó por discreto. Luego, acabado este pleyto entró en el Juzgado una muger, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Governador, justicia, si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al Cielo. Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de esse campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y (desdichada de mí) me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años, defendiendolo de Moros,

Tom. IV.

I

Y

y Christianos, de Naturales, y estrangeros, yo siempre dura como un alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegasse ahora con sus manos limpias à manosearme. Aun esso está por averiguar, si tiene limpias, ó no, las manos estas galán, dixo Sancho; y bolviendose al hombre le dixo, qué que decia, y respondia à la querrela de aquella muger? El qual todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este lugar de vender con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas, y son caliñas poco meaos de lo que ellos valian: bolviame à mi Aldéa, topé en el camino à esta buena dueña; y el diablo, que todo la añasca, y todo lo cuece, hizo que yogassemos juntos; paguéla lo suficiente, y ella mal contenta asió de mi, y no me ha dexado hasta traerme à este puesto: dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago, ó pienso hacer; y esta es toda la verdad, sin faltar meaja. Entonces el Governador le preguntó, si traía consigo algun dinero en plata? El dixo, que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero; mandó que la sacasse, y se le entregasse assi como estaba à la querellante; él lo hizo temblando. Tomóla la muger, y haciendo mil zalemas à todos, y rogando à Dios por la vida, y salud del señor

señor Governador, que assi miraba por las huerfanas menesterosas, y doncellas, y con esto se salió del Juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al ganadero, que ya se le saltaban las lagrimas, y los ojos, y el corazon se iba tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger, y quitarle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella; y no lo dixo tonto, ni à sordo, porque luego partió como un rayo, y fue à lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleyto; y de alli à poco bolvieron el hombre, y la muger, mas asidos, y aferrados, que la vez primera; ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitarsela, mas no era possible, segun la muger la defendia, la qual daba voces, diciendo: Justicia de Dios, y del mundo, miévuestra merced, señor Governador, la poca verguenza, y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa, que vuestramerced mandó darne. Y haosla quitado? preguntó el Governador. Cómo quitar? respondió la muger, antes me dexára yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, y otros gatos me han de echar à las barbas, que este desventurado, y asqueroso: tenazas, y

martillos, mazos, y escoplos no serán bastantes à sacarmela de las uñas, ni aun garras de Leones, antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido, y sin fuerzas, y confesso, que las mias no son bastantes para quitarsela; y dexóla. Entonces el Governador dixo à la muger: Mostrad, honrada, y valiente, essa bolsa. Ella se la dió luego, y el Governador se la bolvió al hombre, y dixo à la esforzada, y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que haveis mostrado para defender esta bolsa, le mostrarades, y a la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hercules no os hicieran fuerza, andad con Dios, y mucho de en hora mala, no pareis en toda esta Insula, ni en seis leguas à la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada, y embayadora. Espantóse la muger, y fuesse como bisbaxa, y mal contenta; y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios à vuestro Lugar con vuestro dinero; y de aqui adelante, si no le quereis perder, procurad, que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuesse: y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios, y sentencias del nuevo Governador. Todo lo qual notado del Coronista, fue luego escrito al Duque, que es el gran

D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VII. 129
 gran deseo lo estaban esperando; y quedese aqui el buen Sancho, que es mucha la priessa que nos dá su amo, alborozado con la musica de Altisidora.

CAPITULO XLVI.

Del temeroso espantoso cencerril, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.



DExamos al gran Don Quixote embuelto en los pensamientos que le havian causado

la

la musica de la enamorada doncella Altisidora, acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni sossegar un punto, y juntabanse los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corria cavallero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexó las blancas plumas, y no nada perezoso se vistió en acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias; arrojóse encima su mantón de escarlata, y puso en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de passamanos de plata: cogió el tahalí de sus ombros con su buena, y tajadora espada; asió un gran Rosario, que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contoneo, salió à la antesala, donde el Duque, y la Duquesa estaban ya vestidos, y como esperandole: y al passar por una galeria estaban aposte esperandole Altisidora, y la otra doncella su amiga; y assi como Altisidora vio à Don Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba à desabrochar el pecho. Don Quixote que lo vió llegando à ellas, dixo: Yá yo sé de que proceden estos accidentes. No sé yo de que respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto ha que la cono-

co,

co, que mal hayan quantos Cavalleros Andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: vayase vuestra merced, señor Don Quixote, que no bolverá en sí esta pobre niña, en tanto que vuestra merced aquí estuviere. A lo que respondió Don Quixote: Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un Laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré, lo mejor que pudiere, à esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños presto suelen ser remedios calificados; y con esto se fue, porque no fuesse notado de los que allí le viessen: no se huvo bien apartado, quando bolviendo en sí la desmayada Altisidora, dixo à su compañera: Menester será, que se le ponga el Laud, que sin duda Don Quixote quiere darnos musica, y no será mala, siendo suya. Fueron luego à dár cuenta à la Duquesa de lo que passaba, y del Laud que pedía Don Quixote; y ella alegre sobre modo, concertó con el Duque, y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuesse mas risueña, que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriessa, como se havia venido el día, el qual passaron los Duques en sabrosas platicas con Don Quixote; y la Duquesa aquel día, real, y verdaderamente, despachó à un page suyo (que havia hecho en la selva la figura encantada de Duicinea) à Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con

132 *Vida, y Hechos del ingenioso*
con el lio de ropa que havia dexado, para que se le embiasse, encargandole le traxesse buena relacion de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quixote una Vihuela en su aposento, templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y habiendo recorrido los trastes de la Vihuela, y afinandola lo mejor que supo, escupió, y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente Romance, que el mesmo aquel dia havia compuesto:

*S*uelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

*S*uele el coser, y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran à ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Cavalleros,
O los que en la Corte andan,

D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib.VII. 133
Requiebranse con las liebres,
Con las honestas se casan.

Hay amores de Levante,
Que entre buespedes se tratan,
Que llegan presto al Poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se vá mañana,
Las imagenes no dexa
Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala,
T do hay primera belleza,
La segunda no hace baza.

Dulcinéa del Toboso,
Del alma en la tabla rasa,
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y à si mismo los levanta.

Aqui llegaba Don Quixote de su canto, à quien estaban escuchando el Duque, y la Duquesa,

Re-

quesa, Altisidora, y casi toda la gente del Castillo, quando de improvise desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quixote a plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asi mismo traian cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayor de los gatos, que aunque los Duques havian sido inventores de la burla, todavia les sobresaltó; y temeroso Don Quixote, quedó pasmado, y quiso la suerte, que dos, ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra, parecia, que una legion de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar, y subir de el cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del Castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa, y admirada. Levantóse Don Quixote en pié, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja, y a decir a grandes voces. Afuera malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y bolviendose a los gatos, que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas; ellos acudieron a la reja, y por alli se salieron, aunque uno, viendose

D. Quixote de la Mancha P.II.Lib.VII. 135
se tan acosado de las cuchilladas de Don Quixote, le saltó al rostro, le asió de las narices con las uñas, y los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron a su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Cavallero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea; acudió el Duque a despartirla, y Don Quixote dixo a voces: No me le quite nadie, dexenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mi a el quien es Don Quixote de la Mancha. Pero el gato, no curandose de estas amenazas, gruñia, y apretaba; mas en fin, el Duque se le desarraygó, y le echó por la reja. Quedó Don Quixote activado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le havian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceyte de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquissimas manos le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponerselas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanzas te suceden, empedernido Cavallero, por el pecado de tu dureza, y pertinacia, y plegue a Dios, que se le olvide a Sancho tu escudero el

236 *Vida, y Hechos del ingenioso*
azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu la gozes, ni llegues à talamo con ella; à lo menos vi- viendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió Don Quixote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo à los Duques la merced, no porque el tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora, y cencerruna, sino porque havia conocido la buena intencion con que havian venido à socorrerle. Los Duques le dexaron sossegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su Historiador contar ahora, por acudir à Sancho Panza, que andaba muy solícito, y muy gracioso en su Gobierno.

CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

Cuenta la Historia, que desde el Juzgado llevaron à Sancho Panza à un sumptuoso Palacio, à donde en una gran sala estava puesta una real, y limpiissima mesa; y assi como Sancho

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 137
cho entró en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro Pages à darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad; cessó la musica, sentóse Sancho à la cabecera de la mesa, porque no havia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Pusose à su lado en pié un personage que despues mostró ser Medico, con una varilla de vallena en la mano; levantaron una riquissima, y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia Estudiante, echó la bendicion, y un Page puso un babador randado à Sancho; otro, que hacia el oficio de Maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, quando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandissima celeridad; pero el Maestresala llegó otro de otro manjar, iba à probarle Sancho; pero antes que llegasse à él, ni le gustase, yá la varilla havia tocado en él, y un Page alzadole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedó suspenso, y mirando à todos, preguntó, si se havia de comer aquella comida como juego de maessecorral? À lo que respondió el de la vara: No se ha de comer, señor Governador, sino como es uso, y costumbre en las otras Insulas, donde hay Governadores. Yo, señor, soy Medico, y estoy assalariado en esta

Insula para serlo de los Gobernadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche, y de dia, y tanteando la complexion del Gobernador para acertar à curarle quando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir à sus comidas, y cenas, y dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y à quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ser nocivo al estomago; y assi mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente humeda; y el plato de el otro manjar tambien le mandé quitar, por se demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata, y consume el humedo radical, donde consiste la vida. De essa manera aquel plato de perdices, que están allí assadas, y à mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el Medico respondió: Essas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviéramos vida. Pues por qué? dixo Sancho. Y el Medico respondió: Porque nuestro Maestro Hypocrates, norte, y luz de la Medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdix autem pessima*. Quiere decir toda hartazga es mala, pero la de las perdices es malissima. Si esso es assi, dixo Sancho, vea el señor Doctor, de quantos manjares hay en esta mesa, qual me hará mas provecho, y qual me hará mas daño, y dexeme comer de èl, sin que me

le

le apalce; porque por vida del Gobernador, y assi Dios me la dexé gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor, y èl mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentarmela. Vuessa merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el Medico, y assi es mi parecer, que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados, que allí estan, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, sino fuera assada, y en adobo, aun se pudiera probar; pero no hay para qué. Y Sancho dixo: Aquel platonazo, que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas, que en las tales ollas podridas hay, no podré dexar de topar con alguna, que me sea de gusto, y de provecho. *Absit*, dixo el Medico, vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento, que una olla podrida; allá las ollas podridas para los Canonigos, ó para los Rectores de Colegios, ó para las bodas labradorescas, y dexennos libres las mesas de los Gobernadores, donde ha de asistir todo primor, y toda atildadura; y la razon es, porque siempre, y à do quiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples, que las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas

lo

lo que yo sé que ha de comer el señor Governador ahora para conservar su salud, y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le assienten el estomago, y le ayuden à la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal Medico, y con voz grave le preguntó, cómo se llamaba, y adonde havia estudiado? A lo que él respondió: Yo, señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caraquèl, y Almodovar de el Campo, à la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Ossuna. A lo que respondió Sancho, todo encendido en colera: Pues señor Doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que está à la mano derecha como van de Caraquèl à Almodovar del Campo, graduado en Ossuna, quiteseme luego de delante, no voto al Sol, que tome un garrote, y que quedar Medico en toda la Insula, à lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes que à los Medicos sabios, prudentes, y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como à personas divinas; y vuelvo à decir, se me vaya Pedro Recio de aqui, si no toma esta silla donde estoy sentado, y se le

en la cabeza, y pidánmelo en residencia, que yo me descargaré con decir, que hize servicio à Dios en matar à un mal Medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ò si no tomense su Gobierno, qué oficio que no dà de comer à su dueño, no vale dos habas. Alborotose el Doctor viendo tan colerico al Governador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta depositada en la calle; y assomandose el Maestresala à la ventana, bolvió diciendo: Correo viene del Duque mi señor, algun Despacho debe de traer de importancia. Entró el Correo sudando, y asustado; y sacando un pliego de el seno, le puso en las manos de el Governador, y Sancho le puso en las de el Mayordomo, à quien mandó leyesse el sobreescrito, que decia assi: *A Don Sancho Panza, Governador de la Insula de Barataria, en su propia mano, ó en las de su Secretario.* Oyendo lo qual Sancho, dixo; Quien es aqui mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban, respondió: Yo, señor, por que me sé leer, y escribir, y soy Vizcaino. Con essa añadidura, dixo Sancho, bien podeis ser Secretario del mismo Emperador; abrid esse pliego, y mirad lo que dice. Hizolo assi el retor, quien nacido Secretario; y habiendo leído lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que quedassen en ella sino el Mayordomo, y el

Maestresala; y los demás, y el Medico se fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que assi decia:

A Mi noticia ha llegado, Señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos, y de esta Insula, la han de dar un assalto furioso ño sé que noche; conviene velar, y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé tambien, por espías verdaderas, que han entrado en esse Lugar quatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no comais de cosa que os presentáren: yo tendré cuydado de socorreros, si os vieredes en trabajo, y en todo bueréis como se espera de vuestro entendimiento. De este Lugar à 16. de Agosto, à las quatro de mañana. Vuestro amigo. El Duque.

Quedó atonito Sancho, y mostraron que darle assimismo los circunstantes; y bolviendo se al Mayordomo, le dixo: Lo que ahora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguna me ha de matar ha de ser él, y de muerte adiminicula, y pessima, como es la de Mambre. Tambien dixo el Maestresala: Me parece à mi que vuestra merced ño coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas, y como suele decirse, detras de

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 143
 la Cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de ubas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo passar sin comer: y si es que hemos de estar prompts para estas batallas, que nos amenassan, menester será estar bien mantenidos porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos Secretario, responded al Duque mi señor, y decidle, que se cumplirá lo que manda, como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos à mi señora la Duquesa, y que la suplico no se la olvide de embiar con un propio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuydado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzáren; y de camino podeis encaxar un Besamanos à mi señor Don Quixote de la Mancha, porque vea, que soy pan agradecido; y vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaino, podeis añadir todo lo que quisieredes, y mas viniere à cuento; y alcence estos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendré con quantas espías, y matadores, y encantadores viniere sobre mi, y sobre mi Insula. En esto entró un Page, y dixo: Aquí està un Labrador negociaste, que quiere hablar à vuestra Señoria en un negocio, segun él dice de mucha importancia. Estraño caso es este, dixo Sancho, de estos

negociantes: es posible que sean tan necios, que no echen de vér que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que governamos, los que somos Jueces, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que si me dura el Gobierno (que no durará, segun se me trasluce) que yo ponga en pretina mas de un negociante. Ahora decid á esse buen hombre, que entre; pero adviertase primero, no sea alguno de las espías, ò matador mio. No, señor, respondió el Page, porque parece una alma de cantaro, ò yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan: no hay qué temer. Dixo el Mayordomo, que aqui estamos todos. Saria posible, dixo Sancho, Maestresala, que ahora, que no está aqui el Doctor Pedro Rocio, que comiesse yo alguna cosa de peso, de substancia, aunque fuesse un pedazo de pan, y cebolla? Esta noche á la cena se satisfará falta de la comida, y quedará vuestra Señoría satisfecho. Y pagado, dixo el Maestresala. Dijo el Labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de vér que era bueno, y de buena alma. Lo primero que me preguntó fue: Quien es aqui el señor Governador? Quien ha

ha de ser, respondió el Secretario, sino el que está sentado en la silla? Humillome, pues, á su presencia, dixo el Labrador, y poniendose de rodillas, le pidió la mano para besarsela; negósele Sancho, y mandó, que se levantasse, y dixesse lo que quisiesse. Hizolo assi el Labrador, y luego dixo: Yo, señor, soy Labrador, natural de Miguel Turra, un Lugar, que está dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tiertea fuera tenemos? dixo Sancho; decid, hermano, que lo que yo sé decir, es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lexos de mi pueblo. Es, pues, el caso, señor, prosiguió el Labrador, que yo por la misericordia de Dios, soy casado, en paz, y en haz de la Santa Iglesia Catholica Romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachillér, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ò por mejor decir, me la mató un mal Médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para Doctor, porque no tuviera embidia á sus hermanos el Bachillér, y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se huviera muerto, ò la huvieran muerto, vos no fuerades ahora viudo? No señor, en ninguna manera, respondió el Labrador. Me drados estamos, replicó Sancho, adelante, hermano, que es hora de dormir, mas que de nego-

gociar. Digo, pues, dixo el Labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachillér se enamoró en el mismo Pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, Labrador riquissimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son prelatos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va decir verdad, la doncella es como una perla Oriental: mirada por el lado derecho, parece una flor del campo; por el izquierdo, no tanto, porque la falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos, y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultaban las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y à no faltarle diez, ó doce dientes, y muelas, pudiera passar, y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles, y delicados, que si se usáran aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y averengonado.

per-

perdoneme el señor Governador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin, al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad que quisieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura; y si huviera comido, no huviera mejor postre para mi, que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el Labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está goviada, y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esto se echa bien de vér, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y yá ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachillér, sino que no la puedé estender, que está anudada; y con todo, en las uñas largas, y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Está bien dixo Sancho, y haced cuenta, hermano, que yá la haveis pintado de los pies à la cabeza; qué es lo que quereis ahora, y venid al punto sin rodéos, callejuelas, retazos, ni añadiduras? Querria, señor, respondió el Labrador, que vuestra merced me hiciesse merced de darme una carta de favor para mi conuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de naturale-

23;

zâ; porque para decir la verdad, señor Governador, mi hijo es endemoniado, y no hay día, que tres, ó quatro veces no le atormenta los malignos espiritus; y de haver caído una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales, pero tiene una condicion de un Angel, y si no es que se aporrea, y se dà de puñadas él mesmo á si mismo, fuera un bendito. Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dixo el Labrador, sino que no me atrevo à decirlo, pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue, ò no pegue. Digo, señor, que querria, que vuestra merced me diese trescientos, ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachillér, digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por sí, sin estar sugetos á las impertinencias de los suegros: Mirad si quereis otra cosa, dixo Sancho, y no lo dexéis, de decir por empacho, ni por vergüenza. No por cierto, respondió el Labrador: apenas dixo esto, quando levantandose en pie el Governador, asió de la silla en que estaba sentado, y dixo: Voto à tal, don patán, rustico, y mal mirado, que si no os apartais, y escondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa, y abra la cabeza, hi de puta bellaco, pintor del mismo demonio, y á estas horas te vienes à pedirme seiscientos ducados

y

y donde los tengo yo, hediondo, y por qué te los havia de dar, aunque los tuviera, socarrón, y mentecato? Y qué se me dá à mi de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlesines? Vâ de mi, digo, si no por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tu no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarrón, que para tentarme te ha embiado aqui el infierno. Dime, desalmado, aun no ha día y medió que tengo el Gobierno, y yá quieres que tenga seiscientos ducados? Hizole señas el Maestresala al Labrador, que saliesse de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroso de que el Governador no executasse su colera, que el bellaco supo hacer muy bien su oficio. Pero dexemos con su colera à Sancho, y andese la paz en el coro, y bolvamos à Don Quixote, que le dexamos vendado el rostro, y curado de las gatescas heridas, de las quales no sanó en ocho dias; en uno de los quales le sucedió, lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y brevedad, que suele contar las cosas de esta Historia por minimas que sean.

X (¶) X

CAPI-

CAPITULO XLVIII.

De lo que sucedió à Don Quixote con Doña Rodríguez, la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna.



A Demás estaba mohino, y melancólico el mal ferido Don Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anexas à la Andante Cavalleria. Seis días estuvo sin salir en publico; en una noche de las quales, estam-

do

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 151
do despierto, y desvelado, pensando en sus desgracias, y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó, que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fee, que guardar debía á su señora Dulcinéa del Toboso, no (dixo creyendo á su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oída) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorar la que tengo gravada, y estampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, transformada en cebolluda Labradora: ora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro, y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin, ò Montesinos donde ellos quisieran, que adonde quiera eres mia, y à do quiera he sido yo, y he de ser tuyo. Al acabar estas razones, y el abrir de la puerta fue todo uno. Pusose en pié sobre la cama, embuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro, y los vigotes vendados; el rostro, por los arufios, los vigotes, porque no se le desmayassen, y cayessen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma, que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y quando esperaba vér entrar por ella à la rendida, y lastimada Altisidora, vió entrar à una reveréndissima due-

dueña con unas tocas blancas, repulgadas, y luenguas, tanto, que la cubrian, y enmantaban desde los pies à la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda, traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diessè la luz en los ojos, à quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Mirò la Don Quixote desde su atalaya, y quando vió su adeliño, y notó su silencio, pensó que alguna bruja, ó maga venia en aquel traje à hacer en él alguna mala fachoría; y comenzó à santiguarse con mucha priessa. Fuesse llegando la vision, quando llegó à la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la priessa con que se estaba haciendo cruces Don Quixote; y si ella quedó medroso en vér tal figura, ella quedó espantada de ver la suya; porque assi como le vió tan alto, tan amarillo con la colcha, y con las vendas, que le desfiguraba, dió una gran voz, diciendo: Jesus, qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos: y viendose á obscuras, bolvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas, y dió consigo una gran caída. Don Quixote temeroso comenzó à decir: Conjurote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres; que me digas, qué es lo que de mi quieres? Si eres alma en pena, dimelo, que yo haré por ti todo quanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy

Ca-

Catholico Christiano, y amigo de hacer bien à todo el mundo, que para esto tomé la Orden de la Cavalleria Andante que professo (cuyo exercicio aun hasta hacer bien à las Animas del Purgatorio se estiende.) La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quixote; y con voz afligida, y baxa le respondió: Señor Don Quixote (si es que acaso vuestra merced es Don Quixote) yo no soy fantasma, ni vision, ni anima del Purgatorio, como vuestra merced debe de haver pensado, sino Doña Rodriguez, la Dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar, à vuestra merced vengo. Digame, señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventura viene vuestra merced à hacer alguna tercería? porque la hago saber que no soy de provecho para nadie: merced à la sin par belleza de mi señora Dulcinéa del Toboso. Digo, en fin, señora Doña Rodriguez, que como vuestra merced sabe, y dexè à una parte todo recado amoroso, puede bolver à encender su vela, y buelva, y departirémos de todo lo que mas mandáre, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie? Señor mio, respondió la dueña, mal conoce vuestra merced, si, que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja à semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me ten-

tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios; pero pereme vuestra merced un poco, saldré á encender mi vela, y bolveré en un instante á contarle mis cuytas, como á remediador de todas las del mundo; y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quixote sosegado, y pensativo esperandola, pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y pareciale ser mal hecho, y peor pensado, ponerse en peligro de romper á su señora la fee prometida, y decíase á sí mismo: Quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas, y Condesas? que yo he oído decir muchas veces, y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma, que aguiluña. Y quien sabe, si esta soledad, esta ocasion, y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán, que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes, mejor es huir, que esperar la batalla; pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo, y piénso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga, y antojuna pueda mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho de el mundo.

Por

Por ventura hay dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventura hay dueña en el Orbe, que dexé de ser impertinente, runcida, y melindrosa? Afuera, pues, caterva duafiesca, inutil para ningun humano regalo. O quan bien hacia aquella señora, de quien se dice, que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos, y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó de el lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar á la señora Rodriguez; mas quando la llegó á cerrar yá la señora Rodriguez bolveria, encendida una vela de cera blanca, y quando élla vió á Don Quixote de mas cerca enbuelto en la colcha, con las vendas, galocha, ó becoquin, temió de nuevo, y retirandose atrás como dos passos, dixo: Estámos seguras, señor Cavallero? porque no tengo á muy honesta señal haverse vuestra merced levantado de su lecho. E esso mismo bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quixote; y assi preguntado, si estaré yo seguro de ser acometido, y forzado? De quien, ó á quien pedis, señor Cavallero, essa seguridad? respondió la dueña. A vos, y de vos la pido, replicó Don Quixote, porque ni soy de marmol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estans

estancia mas cerrada, y secreta, que lo debió de ser la cueba donde el traydor, y atrevido Eneas gozó á la hermosa, y piadosa Dido; pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que de la mia continencia, y recato, y la que ofrecen essas reverendissimas tocas, y diciendo esto, besó su derecha mano, y le asió de la suya, que élla le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un parentesis, y dice, que por Mahoma, que diera por vér ir á los dos assi asidos, y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse, en fin, Don Quixote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos, ni la vela. Don Quixote se acorruco, y se cubrió todo, no dexando nada del rostro descubierta; y haviendose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue Don Quixote, diciendo: Puede vuestra merced ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuytado corazon, y lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con castos oídos, y socorrida con piadosas obras. Assi lo creo yo, respondió la dueña; que de la gentil, y agradable presencia de vuestra merced no se podía esperar sino tan Christiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quixote, que aunque vuestra merced me vé sentada en esta silla, y en la mi-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 157
 mitad del Reyno de Aragon, y en habito de dueña aniquilada, y assendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage, que atraviessan por él muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi corta suerte, y el descuydo de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me traxeron á la Corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacerle sabidor á vuestra merced, que en hacer vaynillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el pié adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se bolvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al Cielo por que eran además buenos, y Catholicos Christianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario, y á las angustiadas mercedes, que á las tales criadas se suelen dár en Palacio; y en este tiempo, sin que diesse yo ocasion á ello, se enamoró de mi un escudero de casa, hombre yá en dias, barbado, y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniessen á noticia de mi señora, la qual por escusar, dimes, y diretes, nos casó en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no

Tom. IV. L por-

porque yo muriese del parto, que le tuve derecho, y en sazón, sino porque desde allí à poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que à tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuestra merced se admirára; y en esto comenzó à llorar tiernamente, y dixo: Perdóname vuestra merced, señor Don Quixote, que no vá mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lagrimas. Valgame Dios, y con que autoridad llevaba à mi señora à las ancas de una poderosa mula negra, como el mismo azabache, que entonces no se usaban coches, ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban à las ancas de sus escuderos: esto à lo menos no puedo dexar de contarle, porque se note la crianza, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante; y así como mi buen escudero le vió, bolvió las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle; mi señora, que iba à las ancas, con voz baxa le decia: Que haceis desventurado, no veis que voy aqui? El Alcalde, de comedido, detuvo las riendas al cavallo, y dixole: Seguid señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar à mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano à querer àcom-

acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de colera, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera, que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos Lacayos suyos à levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotóse la Puerta de Guadalupe (digo la gente valdía que en ella estaba) vino à pié mi ama, y mi marido acudió en casa de un Barbero, diciendo, que llevaba pasadas de parte à parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora Doña Casilda le despidió, de cuyo pesar, sin duda alguna, tengo para mí, que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda, y desamparada, con hija à cuestas, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente como yo tuviesse fama de gran labradora, mi señora la Duquesa, que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo à este Reyno de Aragon, y à mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre de el mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento: bayla como una perdida, lee, y escribe como un Maestro de escuela, y cuenta como un avariento:

de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener ahora, si mál no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres días, uno mas ò menos. En resolución, de esta mi muchacha se enamoró un hijo de un Labrador riquissimo, que está en una Aldéa del Duque mi señor, no muy lexos de aquí. En efecto, no sé como, ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de ser su esposo, burló à mi hija; y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado à èl, no una sino muchas veces, y pedidole mande, que el tal Labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere ohirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y presta dineros, y le sale por fiador de sus trapas por momentos, no le quiere descontentar, ni dár pesadumbres en ningun modo. Querrá pues, señor mio, que vuestra merced tome à cargo el deshacer este agravio, ò yá por ruegos, ò yá por armas; pues segun todo el mundo dice, vuestra merced nació en èl para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables: y pongasele à vuestra merced por delante la huerfana de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en su conciencia, que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue à la su-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII 161
 la de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desembuelta, y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porquè quiero que sepa vuestra merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidora tiene mas de presumpcion, que de hermosura, y mas de desembuelta, que de recogida: ademas que no está muy sana, porque tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto à ella un momento; y aun mi señora la Duquesa (quiero callar que se suele decir, que las paredes tienen ohidos.) Que tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora Doña Rodríguez, preguntó Don Quixote. Con esse conjuro, respondió la dueña, no puedo dexar de responder à lo que se me pregunta, con toda verdad. Vé vuestra merced, señor Don Quixote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada, y tersa, aquellas dos mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna, y aquella gallardía con qué vá pisando, y aun despreciando el suelo, que no parece sino que vá derramando salud donde passa? Pues sepa vuestra merced que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los Medieos, que está llena. Santa Maria,

162 *Vida, y Hechos del ingenioso*
ria, dixo Don Quixote, y es possible, que la
señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No
lo creyera si me lo dixeran Frayles Descalzos,
pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice,
debe de ser assi; pero tales fuentes, y en tales
lugares, no deben de manar humor, sino am-
bar líquido. Verdaderamente, que ahora aca-
bo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de
ser cosa importante para la salud. Apenas aca-
bó Don Quixote de decir estas razones, quando
con un gran golpe abrieron las puertas del apo-
sento, y del sobresalto del golpe se le cayó à
Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó
la estancia como boca de lobo, como suele de-
cirse; y luego sintió la pobre dueña, que la asian
de la garganta con dos manos tan fuertemente,
que no la dexaban gañir, y que otra persona
con mucha presteza, sin hablar palabra, le al-
zaban las faldas, y con una al parecer, chine-
la le comenzó à dár tantos azotes, que era una
compassion; y aunque Don Quixote se la tenia,
no se meneaba del lecho, y no sabía que podía
ser aquello, y estabase quedo, y callando, y
aun temiendo no viniesse por él la tanda, y
tunda azotesca: y no fue vano su temor, por-
que en dexando molida à la dueña (los callados
verdugos, la qual no ossaba quejarse) acudie-
ron à Don Quixote, y desembolviendole de la
sabana, y de la colcha, le pellizcaron tan à
menudo, y tan reciamente, que no pudo dexar
de

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 163
de defenderse à puñadas; y todo esto en silen-
cio admirable. Duró la batalla casi media hora,
salieronse las fantasmas, recogió Doña Rodri-
guez sus faldas: y gimiendo su desgracia, se
salió por la puerta afuera sin decir palabra à Don
Quixote, el qual doloroso, y pelliscado, con-
fuso, y pensativo, se quedó solo, donde le dexa-
remos deseosos de saber quien havia sido el per-
verso encantador que tal le havia puesto; pero
ello se dirá à su tiempo, que Sancho Panza nos
llama, y el buen concierto de la Historia lo pide.

CAPITULO XLIX.

*De lo que sucedió à Sancho Panza rondando
su Insula.*

DExamos al gran Governador enojado, y
mohino con el Labrador pintor, y socar-
ron, el qual, industriado del Mayordomo, y el
Mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho;
pero él se las tenia tiessas à todos, maguer à
tanto bronco, y rollizo, y dixo à los que con él
estaban, y al Doctor Pedro Recio, que como se
acabó el secreto de la carta del Duque, havia
buelto à entrar en la sala: Ahora verdadera-
mente, que entiendo que los Jueces, y Gover-
nadores deben de ser, ó han de ser de bronce
para no sentir las importunidades de los nego-
ciantes; que à todas horas, y à todos tiempos
quie-

quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen, y murmuran, y les roen los huesos, y aun deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón, y coyuntura para negociar; no vengas à la hora del comer, ni à la de el dormir, que los Jueces son de carne, y hueso, y han de dár à la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer à la mia, merced al señor Doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que esta muerte es vida, que assi se la dé Dios à él, y à todos los de su raléa, digo à los de los malos Medicos, que la de los buenos, palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian à Sancho Panza admiraban oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à que atribuirlo, sino à que los oficios, y cargos graves, ò adoban, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió à darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los Aforismos de Hypocrates. Con esto quedó contento el Governador, y esperaba con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se

esta-

estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavia se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de baca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias: entregóse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado francolines de Milán, fraysanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, ò gansos de Lavajos; y entre la cena, volviendose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doctor, de aqui adelante no os cureis de darme à comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque será sacar à mi estomago de sus quicios, el qual está acostumbrado à cabra, à baca, à rocino, à cecina, à nabos, y à cebollas, y si acaso le dán otros manjares de Palacio, los recibo con melindre, y algunas veces con asco: lo que el Maestresala puede hacer, es, traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular, y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ò somos, ò no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz, y compañía, pues quando Dios amanece, para todos amanece: yo governaré esta Insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta, y mire por el vigote; porque les hago saber, que el diablo está en Cantillana, y que si me dán ocasion, han de ver maravillas: no sino

no

no hacéos de miel, y comeros han mocas. Por cierto, señor Governador, dixo el Maestresala, que vuestra merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los Insulanos de esta Insula, que han de servir à vuestra merced con toda puntualidad, amor, y benevolencia; porque el suave modo de gobernar, que en estos principios vuestra merced ha dado, no les dá lugar de hacer, ni de pensar cosa, que en deservicio de vuestra merced redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciessen, ó pensassen, y buelvo à decir, que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa, y hace mas al caso; y en siendo hora, vamos à rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgazana, y mal entretenida; porque quien que sepais, amigos, que la gente valdía, y pe rezosa es en la Republica lo mismo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel, que las trabajadoras abejas hacen: pienso favorecer à los Labradores, guardar sus preeminencias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos. Qué os parece de esto, amigos? Digo algo, ó quiebróme la cabeza? Dice tanto vuestra merced, señor Governador, dixo el Mayordomo, que estoy admirado de ver, que

que un hombre tan sin letras, como vuestra merced, que à lo que creo no tiene ninguna, diga tales, y tantas cosas llenas de sentencias, y de avisos, tan fuera de todo aquello, que del ingenio de vuestra merced esperaban los que nos embiaron, y los que aqui venimos: cada dia se vén cosas nuevas en el mundo, las burlas se buelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el Governador, con licencia del señor Doctor Recio. Aderrezaronse de ronda, salió con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala: (y el Coronista, que tenia cuydado de poner en memoria sus hechos) y Alguaciles, y Escrivanos, tantos, que podian formar un mediano esquadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no havia mas que ver; y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron, que eran solos dos hombres los que reñian; los quales viendo venir la justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dixo: Aqui de Dios, y del Rey, cómo, y que se há de sufrir, que roben en poblado en este pueblo, y que salgan à saltar en la mitad de las calles? Sossegaos hombre de bien, dixo Sancho, y contadme, qué es la causa de esta pendencia, que yo soy el Governador. El otro contrario dixo: Señor Governador, yo la diré con toda brevedad: Vuestra merced sabrá, que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aqui frontero, mas de mil reales,

les, y sabe Dios, cómo, y hallandome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello, que me dictaba la conciencia; alzóse con la ganancia, y quando esperaba, que me havia de dar algun escudo por lo menos de varato, como es uso, y costumbre darle à los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien, y mal passar, y para apoyar sinrazones, y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa; yo vine despechado trás él, y con buenas y corteses palabras le he pedido, que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron; y el socarrón, que no es mas ladrón que Caco, ni mas follero que Andrada, no queria darme mas de quatro reales, por que vea vuestra merced, señor Governador, qué poca verguenza, y qué poca conciencia; pero à fee, que si vuestra merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que havia de saber con quantas entraba la romana. Qué decís vos à esto? preguntó Sancho. Y otro respondió, que era verdad quanto su contrario decia, y no havia querido darle mas de quatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan varato han de ser comidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos.

ciosos, si ya no supiesen de cierto, que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal de que era hombre de bien, y no ladrón, como decia, ninguna havia mayor, que el no haverle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones, que los conocen. Assi es, dixo el Mayordomo, que vea vuestra merced, señor Governador, qué es lo que se ha de haer de estos hombres? Lo que se ha de haer es esto, respondió Sancho: Vos, ganancioso, bueno, ò malo, ò diferente, dad luego à este vuestro acuchillador cien reales, y mas haveis de desembolzar treinta para los pobres de la carcel; y vos que no tenéis oficio, ni beneficio, y andais de nones en esta Insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta Insula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantaredes, lo cumplais en la otra vida, colgandoos yo de una picota, ò à lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este salió de la Insula, y aquel se fue à su casa; y el Governador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, ò quitaré estas casas de juego, que à mi se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta à lo menos, dixo un Escrivano, no la podrá vuestra merced quitar por que la tiene un gran personage, y mas es, sin comparacion, lo que el pierde al año, que lo que

que saca de los naypes; contra otros gariteros de menor quantia podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias encubren, que en las casas de los Cavalleros principales, y de los Señores no se atreven los famosos fulleros à usár de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha buuelto en exercicio comun, mejor es que se juege en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen à un desdichado de media noche abaxo, y le desuelen vivo. Ahora, Escrivano, dixo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en esso; y en esto llegó un corchete que traía asi do à un mozo, y dixo: Señor Governador, este mancebo venía ácia nosotros, y assi como columbró la Justicia, bolvió las espaldas, y comenzó à correr como un gamo: señal que debe ser algun delinquente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó, y cayó, no le alcanzaría jamás. Porque huías, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: Señor, por escusar de responder à las muchas preguntas, que las Justicias hacen. Que Oficio tieneis Texedor. Y qué texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuestra merced. Gracioso me sois, de chocarrero os picais, está bien. Y adonde ibades ahora? Señor, à tomar el ayre. Adonde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy à proposito, discreto sois, mancebo, pero haced cuenta, que yo

yo soy el ayre, y que os sopla en popa, y os encamina à la carcel. Asidle, ola, y llevadle, que yo haré, que duerma alli sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el mozo, assi me hará vuestra merced dormir en la carcel, como hacermé Rey, pues porque no te haré dormir en la carcel? respondió Sancho; no tengo yo poder para prenderte, y soltarte, cada, y quando que quisiere? Por mas poder, que vuestra merced tenga, dixo el mozo no sera bastante para hacerme dormir en la carcel. Como que no; replicó Sancho, llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el Alcayde quiera usar con él de su interesal libertad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te dexa salir un passo de la carcel. Todo esso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es, que no me harán dormir en la carcel quantos hoy viven. Dimé, demonio, dixo Sancho, tienes algun Angel que te saque, y que te quite los grillos, que te pienso mandar echar? Ahora señor Governador, respondió el mozo con muy buen donayre, estémos à razon, y vengamos al punto. Présuponga vuestra merced, que me manda llevar à la carcel, y que en ella me echen grillos, y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al Alcayde graves penas, si me dexa salir, y que el lo cumple como se le manda; con todo esto si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin

pegar pestaña, será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexareis de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por contravenir à la mia? No señor, dixo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sancho, idos à dormir à vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitarosle; pero aconsejoos, que de aquí adelante no os burleis con la Justicia, porque topareis con alguna, que os dé con la burla en los cascos. Fuese el mozo, y el Governador prosiguió con su ronda, y de allí à poco vinieron dos Corchetes, que traían à un hombre assido, y dixerón: Señor Governador, este, que parece hombre, no lo es sino muger, y no fea, que viene vestida en habitó de hombre. Llegaronle à los ojos dos, ó tres linternas, à cuyas luces descubrieron el rostro de una muger, al parecer de diez y siete, ó poco mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro, y seda verde, hermosos como mil perlas: miraronla de arriba abaxo, y vieron, que venia con unas medias de seda encarnadas, con ligas de tafetan blanco, y rapaces de oro, y aljofar: los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una salta en barca, ó pillá de lo mismo suelta; debaxo de la qual traía un jubón de tela finissima de oro, y blanca,

los zapatos eran blancos, y de hombre; no trahia espada ceñida, sino una riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos: Finalmente, la moza parecia bien à todos, y ninguno la conoció de quantos la vieron; y los naturales de el Lugar dixerón, que no podian pensar quien fuesse; y los consabidores de las burlas, que se havian de hacer à Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso, y hallazgo no venia ordenado por ellos; y assi estaban dudosos, esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóla quien era, adonde iba, y qué ocasion la havia movido para vestirse en aquel habitó? Ella, puestos los ojos en tierra, con honestissima verguenza respondió: No puedo, señor, decir tan en publico lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que à la honestidad se debe. Oyendo esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga señor, Governador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo assi el Governador, apartaronse todos, sino fueron el Moyordomo, Maestresala, y el Scretario. Viendose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, Ar-

rendador de las Lanas de este Lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dixo el Mayordomo, señor, porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno varon, ni hembra, y mas, que decís que es vuestro padre, y luego añadís, que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Yá yo havia dado en ello, dixo Sancho. Ahora, señores, yò estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella: pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuessas mercedes deben de conocer. Aun esso lleva camino, respondió el Mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal, y rico, y que tiene un hijo, y una hija; y que despues que enviudò, no ha havido nadie en todo este Lugar que puede decir, que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al Sol que la vea; y con todo esto la fama dice, que es en extremo hermosa. Assi es la verdad respondió la doncella, y essa hija soy yo: si la fama miente, ò no, en mi hermosura y os haveis, señores, desengañado, pues me haveis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oido del Maestresala, y le dixo muy passo: Sin duda alguna que à esta pobre doncella le debe de haver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y á tales horas, y siendo tan principal,

anda

anda fuera de su casa. No hay dudar en ello, respondió el Maestresala, y mas que essa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consolò con las mejores razones que él supo, y la pidió, que sin temor alguno les dixesse lo que le havia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que à mi madre come la tierra: en casa dicen Missa en un rico Oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto el Sol del Cielo de dia, y la Luna, y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, Plazas, ni Templo, ni aun hombres, fuera de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojò decir, que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa, siquiera à la Iglesia, ha muchos dias, y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo vér el mundo, ò à lo menos el Pueblo donde nací, pareciendome, que en este desseo no iba contra el buen decoro, que las doncellas principales deben guardar á si mismas: quando ohia decir que corrían Toros, y jugaban Cañas, y se representaban Comedias, preguntaba à mi hermano, que es un año menor que yo, que me dixesse, que cosas eran aquellas, y otras muchas, que yo no he visto, él me lo de-

M 2

cia-

claraba por los mejores modos que sabia ; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente por abreviar el cuento de mi perdition , digo , que yo rogué y pedi à mi hermano que nunca tal pidiera , ni tal rogára , y tornó renovar el llanto. El Mayordomo la dixo : Prosigua vuestra merced , señora , y acabe de decirme lo que la ha sucedido , que nos tiene à todos suspensos sus palabras , y sus lagrimas. Poco me quedan por decir , respondió la doncella aunque muchas lagrimas si que llorar , porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos , que los semejantes. Haviase sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella , y llegó otra vez su lintera para verla de nuevo , y parecióle que no era lagrimas las que lloraba , sino aljofar , ò roscas de los prados , y aun la subia de punto , y llegaba à perlas Orientales , y estaba deseando que su desgracia no fuesse tanto como daban à entender los indicios de su llanto , y de sus suspiros. Desesperabase el Governador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia , y dixo , que acabasse de no tenerlos mas suspiros , que era tarde , y faltaba mucho que aver del pueblo. Ella , entre interrotos sollozos , y mal formados suspiros , dixo : No es otra desgracia , ni mi infortunio es otro , sino que yo rogué à mi hermano , que me vistiese el bito de hombre con uno de sus vestidos , y que

me sacasse una noche à vértodo el Pueblo , quando nuestro padre durmiesse ; él importunado de mis ruegos , condescendió con mi deseo , y poniendome este vestido , y él vistiendose otro , que le está como nacido , porque él no tiene pelo de barba , y no parece sino una doncella hermosissima ; esta noche debe de haver una hora , poco mas , ò menos , nos salimos de casa , y guiados de nuestro mozo , y desvaratado discurso , hemos rodeado todo el Pueblo ; y quando queriamos bolver à casa , vimos venir un gran tropél de gente , y mi hermano me dixo : Hermana , esta debe de ser la Ronda , aligera los pies , y pon alas en ellos , y vente tras mi corriendo , porque no nos conozcan , que nos será mal contado , y diciendo esto , bolvió las espaldas , y comenzó , no digo à correr , sino à volar ; yo à menos de seis passos caí con el sobresalto , y entonces llegó el Ministro de la Justicia , que me traxo ante vuestras mercedes , adonde por mala , y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto , señora , dixo Sancho , no os ha sucedido otro desmán alguno , ni zelos , como vos al principio de vuestro cuento dixisteis ? no os sacaron de vuestra casa ? No me ha sucedido nada , ni me sacaron zelos , sino solo el deseo de vér mundo , que no se estendia à mas , que à vér las calles de este Lugar ; y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia , llegar los Corchetes con su hermano preso,

so, à quien alcanzó uno de ellos quando se bu-
yó de su hermana; no traía sino un faldellín tie-
co, y una mantellina de damasco azul, con pas-
samanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni
con otra cosa adornada, que con sus mismos
cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran
rubios, y enrizados. Apartaronse con el Gover-
nador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que
lo oyese su hermana, le preguntaron, cómo
venia en aquel trage? Y el, con no menos ver-
guenza y empacho, contó lo mesmo que su
hermana havia contado, de que recibió gran
gusto el enamorado Maestresala; pero el Gover-
nador les dixo: Por cierto, señores, que esta
ha sido una gran rapacería, y para contar esta
necedad, y atrevimiento no eran menester tan-
tas largas, ni tantas lagrimas, y suspiros, que
con decir, somos fulano, y fulana, que nos sa-
limos à espaciar de casa de nuestros padres con
esta invencion solo por curiosidad, sin otro
designio alguno, se acabára el cuento, y no ge-
midicos, y lloramicos, y darle. Assí es la ver-
dad, respondió la doncella, pero sepan vues-
tras mercedes, que la turbacion que he tenido
ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el
termino que debía. No se ha perdido nada, res-
pondió Sancho; vamos, y dexaremos à vuestras
mercedes en casa de su padre, quizá no los ha-
vrá echado menos; y de aquí adelante no se
queestren tan niños, ni tan deseosos de vér mun-
do,

do, que la doncella honrada la pierna quebra-
da, y en casa; y la muger, y la gallina, por
andar se pierden ahina, y la que es deseosa
de vér, tambien tiene deseo de ser vista: no
digo mas. El mancebo agradecia al Governador
la merced, que queria hacerles de bolver-
los à su casa, y assi se encaminaron ácia à ella,
que no estaba muy lexos de allí. Llegaron,
pues, y tirando el hermano una china, à una
rexa, al momento baxó una criada, que los
estaba esperando, y le abrió la puerta y ellos
se entraron, dexando à todos admirados, assi
de su gentileza, y hermosura, como del de-
seo que tenían de vér mundo de noche, y sin
salir del Lugar: pero todo lo atribuyeron à su
poca edad. Quedó el Maestresala traspasado
en corazon, y propuso de luego otro dia pe-
dirselà por muger à su padre, teniendo por
cierto, que no se la negaria, por ser él criado del
Duque; y aun à Sancho le vinieron deseos, y
barruntos de casar al mozo con Sanchica su
hija, y determinó de ponerlo en platica à su
tiempo, dandose à entender, que á una hija
de un Governador ningun marido se le podia
negar. Con esto se acabó la Ronda de aque-
lla noche, y de allí à dos dias el Gover-
no, con que se destroncaron, y bor-
raron todos sus designios, como
se verá adelante.

**

CA

CAPITULO L.

Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que azotaron à la dueña, y pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tubo el Page que llevó la carta à Teresa Panza muger de Sancho Panza.

DIce Cide Hamete, puntualissimo escudriñador de los àtomos de esta verdadera Historia; que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote, otra dueña que con ella dormia, le sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender, y oler, se fue tras ella con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echó de vér; y assi como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue à poner en pico à su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de Don Quixote: la Duquesa lo dixo al Duque, y le pidió licencia para que ella, y Altisidora viniessen à vér lo que aque-lla dueña queria con Don Quixote; el Duque se la dió: y las dos con gran tiento, y sosiego, passo ante passo llegaron à ponerse juntas en la

la puerta de el aposento, y tan cercada, que oñian todo lo que dentro hablaban; y quando oyó la Duquesa, que Rodriguez havia echado en la calle el Aranguéz de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora: y assi llenas de colera, y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrivillaron à Don Quixote, y vapularon à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura, y presumpcion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que la havia pasado, de lo que se holgó mucho; y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir passatiempo con Don Quixote, despachó al Page que havia hecho la figura de Dulcinéa en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno) à Teresa Panza su muger con carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice, pues la Historia, que el Page era muy discreto, y agudo: y con deseo de servir à sus señoras, partió de muy buena gana al Lugar de Sancho; y antes de entrar en él vió en un arroyo estár lavando cantidad de mugeres, à quien preguntó, si le sabrian decir, si en aquel Lugar vivia una muger, llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, es-

cu-

cudero de un Cavallero, llamado Don Quixote de la Mancha? A cuya pregunta se levantó en pié una mozueta, que estaba lavando, y dixo: Essa Teresa Panza es mi madre, y esse tal Sancho mi señor padre, y tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, doncella, dixo el Page, y mostradme à vuestra madre, porque la traygo una carta, y un presente de el tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas, ó menos; y dexando la ropa que lavaba à otra compañera, sin tocarse, ni calzarse, que estaba en piernas, y desgrañada, saltó delante de la cavalgadura del Page, y dixo: Venga vuestra merced, que à la entrada del Pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no haver sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el Page, que tiene que dár bien gracias à Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo, y brincando llegò al Pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga madre Teresa; salga salga, que viene aqui un señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre; à cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un poco de estopa, con una saya parda: parecia, segun era de corta, que se le havian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo assimismo pardo, y una camisa de

de pechos; no era muy vieja, aunque, mostraba passar de los quarenta, pero fuerte, tiessa, nervuda, y avellanada, la qual viendo à su hija, y al Page à cavallo, la dixo: Qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza; respondió el Page, y diciendo, y haciendo se arrojó del cavallo, y se fue con mucha humildad à poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Deme vuestra merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien assi como muger legitima, y particular del señor Don Sancho Panza, Governador propio de la Insula Barataria. Ay, señor mio! quiteseme de ai, no haga esso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre Labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un escudero Andante, y no de Governador alguno. Vuestra merced, respondió el Page, es muger dignissima de un Governador archidignissimo; y para prueba de esta verdad, reciba vuestra merced esta carta, y este presente; y sacò al instante de la faldriquera una sarta de corales, con extremos de oro, y se la echó al cuello, y dixo: Esta carta es del señor Governador; y otra que traygo, y estos corales, son de mi señora la Duquesa, que à vuestra merced me embia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas, ni menos, y la muchacha dixo: Que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo Don Quixote, que debe de haver dado à padre el Gobierno, que tantas

veces le havia prometido. Assi es la verdad, respondió el Page, que por respeto del señor Don Quixote es ahora el señor Sancho Gobernador de la Insula Barataria, como se verá por esta carta. Leamela vuestra merced señor gentil-hombre, dixo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja; ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero esperenme aqui, que yo iré à llamar quien la lea, ora sea el Cura mismo, o el Bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para que se llame à nadie, dixo el Page, que yo no se hilar, pero se leer, y la leeré; y assi se la leyò toda que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacò otra de la Duquesa, que decia de esta manera:

A Miga Teresa, las buenas partes de la bondad, y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movieron, y obligaron à pedir à mi marido el Duque le diesse un Gobierno de una Insula de muchas que tiene; tengo noticia, que gobierna como un Grifulte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente; por lo que doy muchas gracias al Cielo de no haverme engañado en el haverle escogido para el tal Gobierno, por que quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen Governador en el mundo, y tal me haga à mi Dios, como Sancho gobierna, abi la embio, querida mia una sarta de corales,

con:

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 185
con estremos de oro, yo me bolgára que fuera de perlas Orientales; pero quien te dá el buevo no te querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos cozcamos, y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiendeme à Sanchica su hija, y digale de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamente, quando menos lo piense. Dícenme, que en este Lugar hay bellotas gordas; embíame hasta dos docenas, que las estimaré en mucho, por ser de su mano, y escrivame luego, avisandome de su salud, y de su bien estar, y si buviere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida; y Dios me la guarde. De este Lugar, su amiga que bien la quiere.

La Duquesa:

Ay! dixo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, qué llana, y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren à mi, y no las Hidalgas, que en este Pueblo se usan, que piensan, que por ser Hidalgas no las ha de tocar el viento, y vãn à la Iglesia con tanta fantasia como si fuessen las mismas Reynas, que no parece sino que tienen à deshonra el mirar à una Labradoradora; y veis aqui donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca à las bellotas, señor mio, yo la

con:

embiaré á su Señoría un celemin, que por todas las pueden venir à vér à la mira, y à la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende à que se regale este señor, pon en orden este cavallo, y saca de la cavalleriza huevos, y corta tocino adunia, y demosle de comer como à un Principe, que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene, lo merece todo, y en tanto saldré yo à dár à mis vecinas las nuevas de nuestro contento, al Padre Cura, y à Maese Nicolás el Barbero; que tan amigos son, y han sido de tu Padre. Si haré, madre, respondió Sanchica, pero mire, que me ha de dár la mitad de essa sarta, que no tengo yo por tan boba à mi señora la Duquesa, que se la havia de embiar à ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa, pero dexame la traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón. Tambien se alegrarán, dixo el Page, quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finissimo, que el Governador solo un dia llevó à caza, el qual todo le embia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sancha, y el que lo trae, ni mas, ni menos, y aun dos mil, si fuera necesidad. Satisiose en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tafiendo en las cartas como si fuera en un panderero; y encontrandose acaso con el Cura, y Sansón Carrasco, comenzò à baylar, y decir la

fee,

fee, que ahora, que no hay pariente pobre, Governito tenemos, no sino tomese conmigo la mas pintada Hidalga, que yo la pondré como nueva. Qué es esto, Teresa Panza? qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra locura, sino que estas son Cartas de Duquesa, y de Governadores, y estos que traygo al cuello son corales finos; las Ave Marias, y los Padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Governadora. De Dios en ayusso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. A lo podrán vér ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo, que las oyó Sansón Carrasco; y Sansón, y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que havia leído. Y preguntò el Bachillér, quien havia traído aquellas cartas? Respondió Teresa, que se viniessen con ella à su casa, y verian al mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitóla el Cura los corales del cuello, y mirólos, y remirólos, y certificandose que eran finos, tornò à admirarse de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, qué no sé qué me diga, ni qué me piense de estas cartas, y de estos presentes; por una parte veo, y toco la fineza de estos corales, y por otra leo, que una Duquesa embia à pedir dos docenas de bellotas. Aderecenme essas medidas, dixo entonces Carrasco; Ahora bien, vamos à vér al

por-

portador de este pliego, que de él nos informáremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hicieronlo assi, y bolvióse Teresa con ellos: hallaron al Page crivando un poco de cebada para su cavalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dár de comer al Page, cuya presencia, y buen adorno contentó mucho á los dos, y despues de haverle saludado cortesmente, y el á ellos, le preguntó Sansón les dixesse nuevas, assi de Don Quixote, como de Sancho Panza, que puestas que havian leído las cartas de Sancho, y de la Señora Duquesa, todavia estaban confusos, y no acababan de atinar, qué seria aquello de Gobierno de Sancho, y mas de una Insula, siéndole todas, ó las mas que hay en el Mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el Page respondió: De que el señor Sancho Panza sea Gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea Insula, ó no la que gobierna, en esso no me entrometo; pero basta que sea un Lugar de más de mil vecinos; y en quanto á lo de las bellotas digo, que mi señora la Duquesa es tan llana, tan humilde, que no digo el embiar á pedir bellotas á una Labradora, pero que la aconteció embiar á pedir un peyne prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuestras mercedes que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levatadas como las señoras Castellanas, que con ma-

llane

llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de esta platica salió Sanchica con una haldada de huevos, y preguntó al Page: Dígame, señor, mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Gobernador? No he mirado en ello, respondió el Page, pero se deben de traer. Ay Dios mio, replicó Sanchica, que será de vér á mi padre con pedorreras: no es bueno sino que desde que naci tengo deseo de vér á mi padre con calzas atacadas. Como con essas cosas lo verá vuestra merced, si vive, respondió el Page; par Dios, terminos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de vér el Cura, y el Bachillér, que el Page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caza, que Sancho embiaba, lo deshacía todo, que yá Teresa les havia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: Señor Cura, che cara por ai, si hay alguien que vaya á Madrid, ó á Toledo, para que compre un berdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso de los mejores que huviere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir á essa Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido Gobernador muy bien le puede traer, y sustentarlo. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguies-

Tom. IV.

N

se

se à Dios, que fuesse antes hoy, que mañana, aunque dixessen los que me viessen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: Mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como vá sentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papesa; pero pisen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, y mal año, y mal mes para quantos murmuradores hay en el mundo; y andame yo caliente, y riase la gente. Digo bien, madre mia? Y como que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mí buen Sancho; y verás tu, hija, como no pára hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar à ser venturosa; y como yo he oído decir muchas veces à tu buen padre, (que assi como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la vaquilla corre con tu soguilla; quando te dieren un Gobierno, cogele; quando te dieren un Condado, agarrale; y quando te hicieren tús tús con alguna dadiva buena, embasala: no sino dormidos y no respondais à las ventanas, y buenas dichas, que están llamando à la puerta de vuestra casa. Y qué se me dà à mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vea entornada, y fantasiosa: Vióse el perro en braga de cerro, y lo demás. Oyendo lo qual el Cura dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los del linage de los Panzas nacieron cada uno con un

un costal de refranes en el cuerpo, ninguno de ellos he visto, que no los derrame à todas horas, y en todas las pláticas que tienen. Assi es la verdad, dixo el Page, que el señor Governador Sancho à cada passo los dice; y aunque muchos no vienen à proposito, todavia dán gusto, y mi señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma vuestra merced, señor mio, dixo el Bachiller, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo, que la embie presente, y la escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos, que esta es una de las cosas de Don Quixote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento; y assi estoy por decir, que quiero tocar, y palpar à vuestra merced, por vér si es Embaxador fantastico, ó hombre de carne, y hueso. Señores, no sé mas de mí, respondió el Page, sino que soy Embaxador verdadero, y que el señor Sancho Panza es Governador efectivo: y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dár, y han dado el tal Gobierno; y que he oído decir, que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento, ó no, vuestras mercedes disputen allà entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es: Por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser

assi, replico el Bachillér; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el Page, la verdad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre la mentira como el aceyte sobre el agua; y sino *operibus credite*, & non *verbis*: Vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los ohidos. Essa ida à mi toca, dixo, Sanchica, lleveme vuestra merced, señor à las ancas de su rocín, que yo iré de muy buena gana à ver à mi señor padre. Las hijas de los Gobernadores respondió el Page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas, y litéras, y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya sobre una pollina, como sobre un coche hallado la haveis la melindrosa. Calla, muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal tiempo, tal el tiento, quando Sancho Sancho y quando Governador, señora; y no sé si digas algo. Mas dice la señora Teresa de lo que pienso dixo el Page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde. A lo que dixo el Cura: Vuestra merced se vendrá à hacer penitencia conmigo, que yo señora Teresa mas tiene voluntad, que alhaj para servir à tan buen huesped. Rehusólo el Page; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo à

bue-

buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachillér se ofreció de escribir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachillér se metiesse en sus cosas, que le tenia por algo burlón, y assi dió un bollo, y dos huevos à un Monacillo, que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, noñadas de un mismo caletre, que no son las peores, que en esta grande Historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucessos tales, como buenos.

A Maneció el dia que siguió à la noche de la ronda del Governador, la qual el Maestresala passó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disrazada doncella; y el Mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escribir à sus señores lo que Sancho hacia, y decia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras, y sus acciones con assomos discretos, y tontos. Levantóse en fin el señor Governador, y por orden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de con-

conserva, y quatro tragos de agua fria: cosa, que la trocará Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de uvas; pero viendo, que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estomago, haciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos, y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia à las personas constituidas en mandos, y en officios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho; y tal que en su secreto maldecia al Gobierno, y aun à quien se le havia dado: pero como su hambre, y su conserva, se puso à juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta, que un forastero le hizo, estando presentes à todo el Mayordomo, y los demás acolitos, que fue: Señor, un caudal de rio dividia à dos terminos de un mismo Señor (y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca, y una como casa de Audiencia, en la qual de ordinario havia quatro Jueces, que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, y de la puente, y del Señor, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de una parte à otra, ha de juzgar primero, adonde, y à que vá; y si jurare

ver-

verdad, dexenle passar; y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca, que allí se muestra, sin remission alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condición de ella, passaban muchos; y luego en lo que juraban, se echaban de ver que decian verdad, y los Jueces los dexaban passar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento à un hombre, juró, y dixo, que para el juramento que hacia, que iba à morir en aquella horca que allí estaba, y nó à otra cosa. Repararon los Jueces en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexamos passar libremente, mintió en su juramento, y conforme à la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró, que iba à morir en aquella horca; y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pidese à vuestra merced, señor Governador, qué harán los Jueces de tal hombre, que aun hasta ahora están dudosos, y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me embiaron à mi à que suplicasse à vuestra merced de su parte, diesse su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que esos señores Jueces, que à mi os embian, lo pudieran haver escusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo esso repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizá podria ser, que diesse en el hito. Bol-

vió

vió otra, y otra vez el preguntante à referirlo que primero havia dicho. Sancho dixo: A mi parecer, esse negocio en dos paletas lo declararé yo; y es assi: El tal hombre jurá, que va à morir en la horca, y si muere en ella juró verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Assi es, como el señor Governador dice, dixo el mensajero; y quanto à la entereza, y entendimiento del caso no hay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues, ahora replicó Sancho, que de este hombre, aquella parte que juró verdad, la dexen pasar, y la que dixo de mentira la ahorquen; y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del passage. Pues señor Governador, replicó el preguntador, será necesario, que el tal hombre se divida en partes en mentirosa, y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y assi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide; y es de necesidad expressa, que se cumpla con ella. Venid acá señor buen hombre, respondió Sancho, este passagero que decis, ò yo soy un porro, ó el tiene la misma razon para morir, que para vivir, y passar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto assi, como lo es, soy de parecer, que digais á essos señores, que à mi os embiaron que pues están en un fil las razones de conde-

nar-

narle, ó absolverle, que le dexen passar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mí, sino que se me vino à la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo Don Quixote la noche antes que viniessen à ser Governador de esta Insula que fue: Que quando la Justicia estuviessen en duda, me descantasse, y acogiesse à la misericordia; y ha querido Dios, que ahora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Assi es, respondió el Mayordomo; y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que dió leyes à los Lacemonios, no pudiera dar mejor sentencia, que la que el gran Panza ha dado; y acabese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo daré orden como el señor Governador coma muy à su gusto. Esso pido, y barras derechas, dixo Sancho; denme de comer, y lluevan casos, y dudas sobre mi, que yo las despavilaré en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pareciendole ser cargo de conciencia matar de hambre à tan discreto Governador; y mas que pensaba concluir con ella aquella misma noche, haciendole la burla última, que traía en comission de hacerle. Sucedió, pues, que haviendo comido aquel dia contra las Reglas, y Aforismos de el Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quixote para el Go-

ver-

vernador: mandó Sancho al Secretario, que la leyesse para sí; y que si no viniessse en ella alguna cosa digna de secreto, la leyesse en voz alta. Hizolo assi el Secretario, y repasandola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta lo que el señor Don Quixote escribe à vuestra merced, merece estar estampado, y escrito con letras de oro, dice assi:

CARTA DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA à Sancho Panza, Governador de la Insua Barataria.

Quando esperaba obir nuevas de tus descuidos, é impertinencias, Sancho amigo, las obí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al Cielo, el qual del estiercol sabe levantar los hombres, y de los tontos hácer discretos. Dícenme que gobiernas como si fuesses hombre, que eres hombre, como si fuesses bestia segun es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene, y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona, que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dizes, ni galas, ni que sienas Juez te vistas como Soldado, sino que te adornes

con

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII 199
con el habito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad del Pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas; la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatiga el corazon de los pobres, que la hambre, y la carestia.

No bagas muchas prematicas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden, y cumplan, que las prematicas, que no se guardan; lo mismo es, que si no lo fuessen; antes dan à entender, que el Principe que tuvo discrecion, y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardassen; y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la Viga, Rey de las Ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron, y se subieron sobre ella. Se padre de las virtudes y padastro de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visitalas Carceles, las Carnicerias, y las Plazas, que la presencia de el Governador en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos, que esperan la brevedad de su despacho; sé caco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo à las plazeras, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no lo creo) codicioso, mugeriego, ni gloton, porque en

sa-

sabiendo el Pueblo , y los que te tratan tu inclinacion determinada , por alli te darán bateria , bataria derribarte en el profundo de la perdicion. Mira , y remira , passa , y repassa los consejos , y documentos , que te di par escrito antes que de aqui partieses à tu Gobierno , y verás como hallas en allos si los guardas , una ayuda de costa , que te sobrelleve los trabajos , y dificultades , que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escribe à tus señores , y muestrateles agradecido , que la ingratitude es hija de la soberbia , y uno de los mayores pecados que se sabe , y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho dá indicio , que tambien lo será à Dios , que tantos bienes le hizo , y de continuo le hace. La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido , y otro presente à tu muger Teresa Panza ; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un ciemgateamiento , que me sucedió , no muy á cuento de mis narices ; pero no fue nada , que si hay encantadores que me maltraten , tambien los hay que me defiendan. Avisame , si el Mayordomo que está contigo tuvo que vér en las acciones de la Trifaldada como tu sospechaste : y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso , pues es tan corto el camino , quanto mas , que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estoy , pues no naci para ella. Un negocio se me ha ofrecido , que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores ; pero aunque se me

D. Quixote de la Mancha P. II. Lib. VII. 201
dá mucho no se me dá nada , pues en fin , en fin tengo de cumplir antes con mi profession , que con su gusto ; conforme à lo que suele decirse : Amicus Plato , sed magis amica veritas. Digote este Latin , porque me doy à entender , que despues que eres Governador lo havrás aprendido. Y à Dios , el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.

Tu amigo

Don Quixote de la Mancha.

Oyò Sancho la carta con mucha atencion , y fue celebrada , y tenida por discreta de los que la oyeron ; luego Sancho se levantó de la mesa , y llamando al Secretario , se encerró con él en su estancia , y sin dilatarlo mas quiso responder luego à su señor Don Quixote , y dixo al Secretario , que sin añadir , ni quitar cosa alguna , fuesse escribiendo lo que él le dixesse , y assi lo hizo ; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA A DON Quixote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande , que no tengo lugar para rascarme la cabeza , ni aun para cortar las uñas , y assi las traigo tan crecidas , qual Dios lo remedie. Digo esto , señor mio de mi alma , porque vuestra merced no se espante ,

te, si basta ahora no he dado viso de mi bien, el mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre, que quando endabamos los dos por las selvas, y por los despoblados.

Escriviome el Duque mi señor el otro dia, dandome aviso, que havian entrado en esta Insula ciertas espías para matarme, y basta ahora yo no he descubierto otra, que un cierto Doctor, que esta en este Lugar assalariado para matar à quantos Governadores aqui viniessen: llamase el Doctor Pedro Recio, y es natural de Tirta fuera, porque vuestra merced, que nombre para no temer, que he de morir à sus manos. Este tal Doctor dice al mismo de si mismo, que él no cura las enfermedades quando las hay, sino que las previene para que no vengán, y las medicinas que usa son dieta, y mas dieta basta poner la persona en los buessos morados, como si no fuesse mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, él me vá matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues quando pensé venir à este Gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuerpo entre sabanas de Olanda, sobre colchones de pluma, he venido à hacer penitencia, como si fuera Hermitaño, y como no la bago de mi voluntad, pienso que à cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta ahora no he tocado derecho, ni llevado cobecho, y no puedo pensar en que vá esto, porque aqui me han dicho, que los Governadores, que en esta Insula suelen venir, antes de entrar en ella,

les

les han dado ó les han prestado los del Pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que ván à Gobiernos, no solamente en éste.

Anoche, andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en trage de varon, y un hermano suyo en habito de muger: de la moza se enamoró mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para muger, segun él ha dicho; yo escogi el mozo para mi yerno: hoy los dos pondrémos en platica nuestros pensamientos, con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Christiano viejo quanto se quiere.

To visito las plazas, como vuestra merced me aconseja: y ayer ballé una tendera, que vendia avellanas nuevas, y averiguéla, que havia mezclado con una banega de avellanas nuevas, otra de viejas, vanas, y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir; y sentenciéle, que por quinze dias no entrasse en la plaza: hanme dicho, que lo hice vanitosamente; lo que sé decir à vuestra merced es, que es fama en este Pueblo, que no hay gente mas mala, que las placentas, porque todas son desventuradas, desalmadas, y atrevidas; y yo assi lo creo, por las que he visto en otros Pueblos.

De que mi señora la Duquesa baya escrito à mi muger Teresa Panza, y embiádola el presente, que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido à su tiempo, y de la vuestra merced las manos de mi parte, de-

etc.

ciendo, que digo yo, que no la he echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querría que vuestra merced tuviese travacuentas de disguas con esos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está, que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me dá à mí por consejo que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tienen hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su Castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino que debe de ser alguna de las malas factorias, que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra merced alguna cosa; pero no sé qué embie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vegigas los hacen en esta Insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré que embiar de haldas, ú de mangas. Si me escribiere mi muger Teresa Panza, pague vuestra merced el porte, y enbieme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber de el estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre vuestra merced de mal intencionados encantadores, y à mi me saque con bien, y en paz de este Gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de vuestra merced
Sancho Panza el Governador

Cer. Tom. IV.

Cerró la Carta el Secretario, y despachó luego el Correo, y juntamente los burladores de Sancho dieron orden entre sí como despacharle de el Gobierno; y aquella tarde la passó Sancho en hacer algunas Ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser Insula, y ordenó, que no huviesse regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudiesen meter en élla vino de las partes que quisiesen, con aditamento, que declarassen el Lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo aguasse, ò le mudasse el nombre, perdiesse la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados, que caminaban à rienda suelta por el camino de el interesse. Puso gravissimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenó, que ningun ciego cantasse mágro en coplas, si no traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiesse, sino para que los examinasse si lo eran: porque à la sombra de la mansedad fingida, y de la llaga falsa, andan los graves ladrones, y la salud borracha. En resolucion,

O

lucion, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel Lugar, y se nombran: *Las Constituciones del gran Governador Sancho Panza.*

CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, ó Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando Don Quixote ya sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel Castillo tenía, era contra toda la Orden de Cavalleria que professaba, y assi determinó de pedir licencia à los Duques para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegaba cerca, adonde pensaba ganar el arnés, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un día a la mesa con los Duques, y comenzando à poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aqui à deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues parecieron) cubiertas de luto de los pies à la cabeza, y una de ellas, llegando à Don Quixote, se echó à los pies, tendida de largo à largo, la boca cosida con los pies de Don Quixote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que

ohian

ohian, y miraban; y aunque los Duques pensaron, que sería alguna burla que sus criados querían hacer à Don Quixote, todavia viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemía, y lloraba, los tuvo dudosos, y suspensos hasta que Don Quixote compassivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriesse, y quitasse el mantillo de sobre la faz llorosa: ella lo hizo assi, y mostró ser (lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodríguez) la dueña de la casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del Labrador rico: Adunaronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques, que ninguno, que puesto la tenían por boba, y de buena pasta, no por tanto, que quisiesse à hacer locuras. Finalmente, Doña Rodríguez, bolviendose à los señores Duques, les dijo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia, que yo departa un poco con este Cavallero, porque assi conviene para salir con bien de el negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que él se la daba, y que departiesse con el señor Don Quixote, quanto le viese en desseo. Ella enderezando la voz, y el rostro à Don Quixote, dixo: Dias ha, valeroso Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosía que un mal Labrador tiene fecha à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada, que aqui está presente, y vos

O 2

me

me habedes prometido de bolver por ella, e derezandola el tuerto que la tienen fecho; y ahora ha llegado à mi noticia, que os queréis partir de esse Castillo en busca de las buenas venturas, que Dios os deparare; y assi querria, que antes que os escurriessedes por esos caminos, desafiassedes à este rustico indomito, y le hiciessedes que se casasse con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la dió de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por ocasion que ya à vuestra merced en puridad tengo declarada. Y con esto, nuestro Señor de vuestra merced mucha salud, y à nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió Don Quixote con mucha gravedad, y prosopopeya: Buena Dueña, templad vuestras lagrimas, ó mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestra suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual la huviera estado mejor no haver sido tan facil en creer promessas ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y assi con licencia de el Duque mi señor, yo me partiré luego en busca de este desalmado mancebo, y le hallaré, le desafiaré, y le mataré cada, y quando que se escusáre de cumplir la prometida palabra: que el principal assumpto de mi profession, es perdonar à los humildes,

casti-

castigar à los sobervios; quiero decir, acorrer à los miserables, y destruir à los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar el rustico, de quien esta buena dueña se queja; ni es menester tampoco, que vuestra merced me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo à mi cargo de hacerle saber este desafio, y que aceta, y venga à responder por sí à este mi Castillo, donde à entrambos dare campo seguro, guardando todas las condiciones, que en tales actos suelen, y deben guardarse, guardando igualmente su justicia à cada uno, como están obligados à guardarla todos aquellos Principes que dán campo franco à los que se combaten en los terminos de sus Señorios. Pues con esse seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, ya justo con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y assi, aunque ausente, le desafio, y reto en razon de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fue doncella, y ya por su culpa no lo es; y que la ha de cumplir la palabra que la dió de ser su legitimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzandose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo, que como ya havia dicho, él acceptaba el tal

de-

desafío en nombre de su vassallo, y señalaba el plazo de allí à seis dias; y el campo en la plaza de aquel Castillo, y las armas acostumbradas de los Cavalleros, lanza, y escudo, y armadura, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria, ò supersticion alguna examinadas, y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña, y esta mala doncella ponga el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará à debida execucion el tal desafio. Yo si ponga respondió la dueña. Y yo tambien, añadió su hija, toda llorosa, toda vergonzosa, y de mal talante. Tomado, pues, este apuntamiento, habiendo imaginado el Duque lo que havia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y quedó à la Duquesa, que de allí adelante no se tratasse como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que venian à pedir justicia à su casa; y assi las dieron quarto à parte, y las trataron como à forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en que havia de parar la sanchez, y desemboltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija. Estando en el patio, para acabar de regocijar la fiesta, y de buen fin à la comida, veis aqui donde entró en la sala el Page que llevó las cartas, y presentó à Teresa Panza, muger del Governador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento.

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 211
to los Duques, deseosos de saber lo que le havia sucedido en su viage, y preguntandose, respondió el Page, que no lo podia decir tan en publico, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuessen servidos de dexarlo para solas, y que entretanto se entretuviessen con aquellas cartas, y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa; la una decia en el sobreescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sé donde;* y la otra: *A mi marido Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que à mi.* No se le cocia el pan, como suele decirse, à la Duquesa hasta leer su carta, y abriendola, leído para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunstantes la oyessen, leyó de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA
à la Duquesa.

Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuestra grandeza me escribió, que en verdad, que la tenia bien deseada: la carta de consuelo es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le vá en zaga. De que vuestra señoria haya hecho Governador à Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo el Lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maese Nicolás el Barbero, y Sanson Carrasco el Ba-

Bachillér: pero á mi no se me dá nada, que como ella sea assi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los corales, y el vestido, tampoco yo lo creyera; pero que en este Pueblo todos tienen á mi marido por un porro; y que sacado de gobernar un bato de cabras, no pueden imoginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuestra merced, de meter este buen dia en mi casa, y vendarme á la Corte á tenderme en un coche, para que vean los ojos á mil embidiosos, que ya tengo. Assi suplico á vuestra Excelencia, manda á mi marido, me embie algun dinerillo, y que sea algo, porque en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no me vaya, que me lo avise con tiempo, porque me está bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas, y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondus, y ponposas en la Corte, se dará á ser conocido mi marido por mi, mas que por él, siendo forzoso que pregunten muchos: ¿Quién son estas señoras de este coche? y un criado mio responde: La muger, y la hija de Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada y respetada en Roma por todo. Pesame, quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este Pueblo;

Mo; con todo esso embio á vuestra Alteza basta me-cho celemin, que una á una las fui yo á coger, y á escoger al monte, y no las ballé mas mayores; yo quisiera que fueran como buevos de avestruz.

No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuydado de la respuesta, aviendo de mi salud, y todo lo que huviere que avisar de este Lugar, donde quedo rogando á Nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mi no me olvide. Sancho mi hijo, y mi hijo besan á vuestra merced las manos.

La que tiene mas deseo de vér á V. S.
que de escribirla,
Su Criada
Teresa Panza.

Grande fue el gusto que todos recibieron de recibir la carta de Teresa Panza principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer á Don Quixote, si sería bien abrir la carta, que venía para el Governador, que imaginaba debía de ser bonissima. Don Quixote dixo, que él la abriría por darles gusto, y assi lo hizo, y vió, que decía de esta manera:

CARTA DE TERESA PANZA
á Sancho Panza su marido.

TU carta recibi, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro, como Catholica Christiana,

Vida, y Hechos del ingenioso tiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento. Mira, hermano, quando llegué a abrir que eres Governador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tu, que dicen, que assi mata la alegría subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me embiaron tenia delante, y los corales que me embió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y con todo eso creia, y pensaba, que era todo sueño lo que veia, y lo que tocaba; porque quien podia pensar, que un Pastor de Cabras havia de venir à ser Governador de Insulas? Ya sabes tu, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mucho: digolo, porque pienso ver mas, si vieras, porque no pienso parar hasta verte Arrendador, ò Alcavallero, que son oficios, que aun quando lleva el diablo à quien mal los usa, en fin, en fin, siempre tienen, y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir à la Corte: mirate en ello, y avisame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en noche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristán, no pueden creer que eres Governador: dicen, que todo es embeleco, ò cosas de encantamiento, como son todas las de Don Quixote tu amigo, y dice Sanson, que ha de ir à buscarte, y à sacar te el Gobierno de la cabeza, y à Don Quixote la locura de los escos: yo no hago sino reirme, y me

rar mi sarta, y dar traza del vestido, que tengo de hacer del tuyo à nuestra hija. Unas bellotas embió à mi señora la Duquesa: yo quisiera que fueran de oro. Embiame tu alguna sarta de perlas, si se pudiesen en essa Insula. Las nuevas de este Lugar son, que la Berrueca casó à su hija con un Pintor de mala mano, que llegó à este Pueblo à pintar lo que se le pidiese: mandóle el Consejo pintar las Armas de su Magestad sobre las puertas de Ayuntamiento, y pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabaxó ocho dias, al cabo de los quales no pintó nada, y dijo, que no acertaba à pintar tantas baratijas; embió el dinero, y con todo esso se casó à titulo de buen Oficial: verdad es, que ya ha dexado el pincel, y tomado el azada, y vá al campo como un gentil hombre. El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de Grados, y Corona, con intencion de hacerse Clerigo. Supolo Minguilla la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir, que ha estado en cinta de él, pero el lo niega à pies juntillas. Ogaño no hay azeytunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este Pueblo. Por aquí passó una compania de Soldados, llevaronse de camino tres mozas de este Pueblo; no te quiero decir quienes son, quizá bolverán, y no faltará quien las tome por mugeres; con sus tachas buenas ò malas. Sanchica hace puntas de randas, gana cada dia ocho maravedís horros, que los va echando en una alçancia para ayuda de su ajuar; pero ahora, que

Vida, y Hechos del ingenioso que es hija de un Governador, tu le darás la dote, sin que ella lo trabaje. La Fuente de la Plaza se secó. Un rayo cayó en la picota, y allí me las das todas. Espero respuesta de esta, y la resolución de mi ida à la Corte. Y con esto Dios te me guarde mas años que à mi, ò tantos, porque no quiera dexarte sin mi en este mundo.

Tu muger,
Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas, reídas, estimadas, y admiradas, y para acabar de echar el sello, llegó el Correo, el que traía la que Sancho embiaba à Don Quixote, que assimismo se leyó publicamente, la qual puso en duda la sandéz del Governador. Retiróse la Duquesa para saber del Page lo que le hávia sucedido en el Lugar de Sancho, el qual se lo contó muy por extenso, sin dexar circunstancia que no se firiessse: dióle las bellotas, y mas un queso, que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba à los de Tronchon. Recibióle la Duquesa con grandissimo gusto, con el qual la dexamos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Panza, flor, y espejo de todos los Insulanos Governadores.

* * *

LIBRO

LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIXOTE

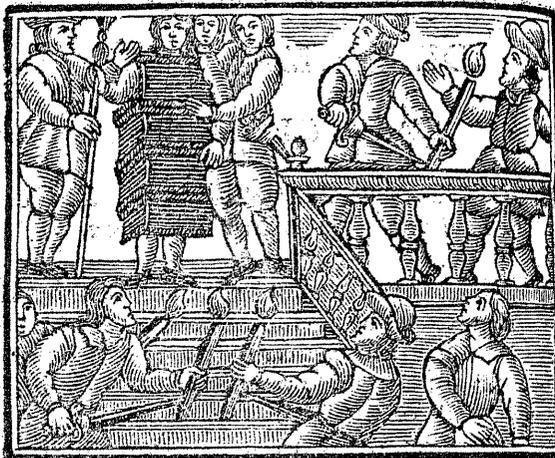
DE LA MANCHA

CAPITULO LIII.

DEL FATIGADO FIN, Y REMATE, QUE tuvo el Gobierno de Sancho Panza.

PENSAR que en esta vida las cosas de ella han de estar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano al Estio; el Estio al Otoño; el Otoño al Invierno; y el Invierno à la Primavera; y assi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene terminos, que la limiten. Esto dice Cide Hamete, Filosofo Mahometico; por que

que esto de entender la ligereza, è instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna, que se espera, muchos, sin lumbré de Fé sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la septima noche de



los días de su Gobierno en su cámara, no hartó de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dár pareceres, y de hacer Estatutos, y Pragmaticas quando el sueño, à despecho, y pesar de hambre, le comenzaba à cerrar los parpados,

oyó

oyó tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundía. Sentóse en la cama, y estuvo atento, y escuchando por vér si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiéndose el ruido de voces, y de Campanas el de infinitas Trompetas, y Atambores, quedó mas confuso, y lleno de temor, y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas, por la humildad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciesse, salió à la puerta de su aposento, à tiempo que vió venir por los corredores mas de veinte personas con velas encendidas en las manos, y con espadas desenvainadas, gritando à grandes voces: arma, arma; señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y muchos perdidos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atonito, y aturdesado de lo que oia, y veía; y quando llegaron à él, uno le dixo: Armese luego por la señoría, sino quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Que me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas; ¿de socorros? Estas cosas mejor será dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las despachará, y pondrá en cobro, que yo, Governador fui à Dios, no se me entiende nada de estas

estas priessas. Ha señor Governador, dixo otro, qué relente es esse! Armese vuestra merced, que aqui le traemos armas ofensivas, y defensivas, y salga à essa plaza, y sea nuestra guia, y nuestro Capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Governador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le traxeron dos paveses, que venian proveídos de ellos, pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un pavés delante, y otro detrás, y por unas concabidadas, que traian hechas, sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo, que quedó emparedado, y entablado, derecho como un uso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo passo. Pusieronle en las manos una lanza, à qual se arrimó para poderse tener en pie. Quando assi le tuvieron, le dixeron, que caminasse y los guiasse, y animasse à todos, que siendo su norte, su linterna, y su lucero, tendria buen fin sus negocios. Como tengo de caminar desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cercas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ò en pié en algun postigo, que yo le guardare, ò con esta lanza, ò con mi cuerpo. A lo qual, señor Governador, dixo otro, que mas del miedo, que las tablas que le impiden el paso,

Acabe, y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuaciones, y virtuosos probó el pobre Governador à moverse, que dar consigo en el suelo tan gran golpe que pensó que se havia hecho pedazos, y quedó como galapago, encerrado, y cubierto con sus tablas, ò como medio tocino, metido entre las artesas, ò bien assi como barca, que dá al través en la arena; y no por verle caído aque- gente burladora le tuvieron compassion alguna, antes apagando las antorchas, tornaron reforzar las voces, y à reïterar el arma, con una gran priessa, passando por encima del poder de Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si el no se recogiera, y enco- giera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Governador, el qual en aquella estrechez recogida, sudaba, y trasu- daba, y de todo corazon se encomendaba à Dios, que de aquel peligro le sacasse; unos tropezaban con él, otros caían, y tal hūvo, que se puso en una un buen espacio, y desde alli, como desde una alaya, governaba los Exercitos, y á grandes voces decia: Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se atranquen, vengan alcancias, pez, y resina en calderas de aceyte ardiendo, trinchense las camas con colchones; en fin él nombraba con

todo ahinco todas las varatijas, é instrumentos, y pertrechos de guerra con que suele defenderse el assalto de una Ciudad. Y el molido Sancho, que lo escuchaba, y sufría todo, decia entre si: O si mi señor fuesse servido, que se acabasse ya de perder esta Insula, y me viesse yo, ó muerto, ó fuera de esta grande angustia! Oyó el Cielo su petition, y quando menos lo esperaba oyó voces, que decian: Victoria, victoria, los enemigos ván de vencida; ea, señor Governador, levantase vuestra merced, y venga à gozar del vencimiento, y à repartir los despojos, que se han tomado à los enemigos por el valor de esse invencible brazo. Levantenme, dixo con voz doliente el pobre dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar, y puesto en pie, dixo: Enemigo, que yo huviere vencido, quiero que me me claven en la frente; y no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar algun amigo, si es que le tengo, que me de un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiaronle traxeronle el vino, desliaronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor de sobresalto, y de el trabajo: ya les pesaba à los de la burla de haverse la hecho tan pesada; pero el haver buuelto en si Sancho, los templó la pena, que les havia dado su desmayo. Preguntaron qué hora era? Respondieronle, que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó

vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué havia de parar la empresa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco à poco, porque estaba molido; y no podia ir mucho à mucho, se fué a la cavalleriza, siguiendo todos los que allí se hallaban; y llegando al rucio, le abrazó, y le dió un beso de paz en la frente; y no sin lagrimas en los ojos, le dijo: Venid vos acá, compañero mio, amigo mio, y conlevador de mis trabajos, y mis penas; quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos, que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de contentar vuestro corpezuelo, dichasas eran mis penas, mis dias, y mis años; pero despues que me dexé, y me subí sobre las torres de la ambición, y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desassossiegos. Y en tanto que estas razones decía diciendo, iba assimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dixesse. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena, y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestresale, y al Pedro Recio el Doctor, y à otros muchos que allí presentes estaban, dixo: Abrid camino, señores míos, y dexadme boiver á mi antigua línea, para que me resucite de esta muerte preciosa; yo no nací para ser Governador, ni pa-

224. *Vida, y Hechos del ingenioso*
ra defender Insulas, ni Ciudades de los enemi-
gos, que quisieren acometerlas; mejor se me en-
tiende à mi arar, cabar, podar, y sarmentar
las viñas, que de dar leyes; ni defender provin-
cias, ni Reynos: bien se está San Pedro en Ro-
ma; quiero decir, que bien se está cada uno
usando el oficio para que fue nacido: mejor me
está à mi una hoz en la mano, que un Cetro de
Governador; mas quiero hartarme de guzpa-
chos, que estar sujeto à las miserias de un Me-
dico impertinente, que me mate de hambre, y
mas quiero recostarme à la sombra de una en-
cina en el Verano, y arroparme con un za-
marro de dos pelos en el Invierno en mi liber-
tad, que acostarme con la sujecion de el Go-
vierno entre sabanas de olanda, y vestirme de
martas cebollinas; vuessas mercedes se queden
con Dios, y digan al Duque mi señor, que des-
nudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni
gano; quiero decir, que sin blanca entré en es-
te Gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de
como suelen salir los Governadores de otras In-
sulas; y apartense, dexenme ir, que me voy
vizmar, que creo que tengo brumadas todas las
costillas: merced à los enemigos, que esta noche
se han paseado sobre mi. No ha de ser assi, se-
ñor Governador, dixo el Doctor Recio, que
yo le daré à vuestra merced una bebida contra
caídas, y molimientos, que luego le buelva en
su pristina entereza, y vigor; y en lo de la co-
mida,

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 225
cida, yo prometo à vuestra merced de enmen-
tarme, dexandole comer abundantemente de
todo aquello que quisiere. Tarde piache, res-
pondió Sancho, assi dexaré de irme, como bol-
enne Turco. No son estas burlas para dos ve-
ces. Pero Dios que assi me quede en este, ni ad-
mita otro Gobierno, aunque me le diessen en-
tre dos platos, como volar al Cielo sin alas. Yo
soy del linage de los Panzas, que todos son res-
acordados; y si una vez dicen nones, nones han
de ser, aunque sean pares, à pesar de todo el
mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas
de la hormiga, que me levantaron en el ayre,
para que me comiessen vencejos, y otros paja-
cos, y bolvamonos à andar por el suelo con pie-
tas, que si no le adornaren zapatos picados
de cordován, no le faltarán alpargatas toscas
de cuerda: cada oveja con su pareja; y nadie
deixe mas la pierna, de quanto fuere larga la
sábana: y dexenme passar, que se me hace tarde.
Lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador,
de muy buena gana dexarémos ir à vuestra
merced, puesto que nos pesará mucho de per-
derle que su ingenio, y su christiano proceder
obligan à desearle; pero ya se sabe, que todo
Governador està obligado, antes que se ausente
de la parte donde ha governado, à dar prime-
ro residencia: dela vuestra merced de los diez
años que ha que tiene el Gobierno, y vayase à
la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, res-
pon-

pondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy à verme con él, y à él se la daré de molde: quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dár à entender, que he gobernado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que soy de parecer que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero compañía, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, medio queso, y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no havia menester mayor, ni mejor ropa posteria. Abrazaronle todos, y él llorando abrazó à todos, y los dexó admirados, assi de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tan discreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de las cosas tocantes à esta Historia, y no otra alguna.

R Esolvieronse el Duque, y la Duquesa, que el desafio que Don Quixote hizo à su vasallo por la causa ya referida, passasse adelante, y puesto que el mozo estaba en Flandes, adon-

donde havia ido huyendo, por no tener por su señora à Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar à un Lacayo Gascón que se llamaba Tosillos, industriandole primero muy bien de lo que havia de hacer. De allí à dos dias dixo el Duque à Don Quixote, como desde allí à quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como Cavallero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él la huviesse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió assimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo à gran ventura haversele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen vér hasta donde se estendia el valor de su brazo; y assi con alborozo, y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haciendo à la cuenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexamoslos passar nosotros (como dexamos passar otras cosas) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el rucio à buscar à su amo, cuya compañía le agradaba mas, que ser Governador de todas las Insulas del mundo. Sucedió, pues, que no haviendose alongado mucho de la Insula del su Gobierno (que el nunca se puso à averiguar si era Insula, Ciudad, Villa, ó Lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos

estos Estrangeros que piden la limosna cantando, los quales en llegando à él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron à cantar en su lengua, lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra, que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió, que era limosna, lo que en su canto pedían; y como él (segun dice Cide Hamete) era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan, y medio queso, de que venia proveído, y dióselo, diciendoles por señas, que no tenían otra cosa que darles. Ellos le recibieron de muy buena gana, y dixeronle: Guelte, guelte. No entiendo respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente? Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostróselà à Sancho, por donde entendió, que le pedían dineros; él poniendose el dedo pulgar en la garganta, y estendiendo la mano arriba, les dió à entender que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio, rompió por ellos; y al passar, habiendo estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió à él, y echandole los brazos por la cintura, en voz alta, y muy castellanamente, dixo: Valgame Dios! Que es lo que veo es posible, que tengo en mis brazos à mi caro amigo, al mi buen Sancho Panza? Si tengo sospecha, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del Estrangero

peregrino; y despues de haverle estado mirando sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension, el peregrino le dixo: Como, y es possible Sancho Panza hermano, que no conoces à tu vecino Ricote el Morisco, Tendero de tu Lugar? Entendíes Sancho le miró con mas atencion, y començó à refignrarle, y finalmente le vino à conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dixo: Quien diámos te havia de conocer, Ricote, en esse traje de moharracho, que traes? Dime, quien te ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver à España, donde si te cogen, y comocen, tendrás harta mala ventura? Si tu no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie, que me conozca, y apartemonos del camino à aquella alameda, que allí aparece. donde quieten comer, y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de conarte lo que me ha sucedido despues que me parti de nuestro Lugar por obedecer el bando de su Magestad, que con tan gran rigor á los desdichados de mi Nacion amenazaba segun oiste. Hizolo assi Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron à la alameda, que se aparecia, bien desviados de el camino real. Arrojaron los bordones, quitaronse las mucetas, ó esclavinas, y

quedaron en pelota , y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres , excepto Ricote , que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas , y todas , segun pareció , venian bien proveidas , á lo menos de cosas incitativas , y que llaman á la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo , y haciendo manteles de las yervas , pusieron sobre ellas pan , sal , cuchillos , nueces , rajas de queso , huessos mundos de jamon , que si no dexaban mascar , no defendian ser chupados. Pusieron assimismo un manjar negro , que dicen , que se llama cabial , y es hecho de huevos de pescados , gran despertador de la colambre ; no faltaron azeytunas , aunque secas , y sin adovo alguno , pero sabrosas , y entretenidas : pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete , fueron seis botas de vino , que cada uno sacó la suya de su alforja , hasta el buen Ricote , que se havia transformado de Morisco en Aleman , ó Tudesco , sacó la suya , que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandissimo gusto , y muy de espacio , saboreandose con cada bocado , que le tomaban con la punta del cuchillo , y muy poquito levantaron los brazos , y las botas en el ayre puestas las bocas en su boca , clavados los ojos en el Cielo , que no parecia sino que ponian en la punteria ; y de esta manera , meneando las cabezas á un lado , y á otro (señales que acreditan

aban el gusto que recibian) se estuvieron un buen espacio , trasegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho , de ninguna cosa se dolia , antes por cumplir con el refrán , que él muy bien sabia , de quando á Roma fueres , haz como vieres , pidió á Ricote la bota , y tomó su punteria como los demás , y no con menos gusto que ellos : quatro veces dieron lugar las botas para ser empicadas ; pero la quinta no fue possible ; porque ya estaban mas enjutas , y secas que un esparto ; cosa , que puso mustia la elegria , que hasta allí habian mostrado. De quando en quando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho , y decia : *Español , y Tudesco , tuto uno , bon compañía.* Y Sancho respondia : *Bon compañía.* Y disparaba con una risa , que le duraba una hora , sin acordarse entonces de nada de lo que le havia sucedido en su Gobierno ; por que sobre el trato , y tiempo quando se come , y bebe , poca jurisdiccion suelen tener los cuydados. Finalmente , el acabarseles el vino fue principio de un sueño , que dió á todos , quedandose dormidos sobre las mismas mesas , y manteles ; solo Ricote , y Sancho quedaron alerta , porque havian comido mas , y bebido menos ; y apartando Ricote á Sancho , se sentaron al pie de una haya , dexando á los peregrinos sepultados en dulce sueño ; y Ricote , sin tropezar nada en su lengua Morisca , en la pura

Castellana le dixo las siguientes razones :
 Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino, y amigo mio, como el pregón, y bando que su Magestad mandó publicar contra los de mi Nación, puso terror, y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte, que me parece, que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe, que para el tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo sin familia de mi Pueblo, ir á buscar donde llevaria con comodidad, y sin la priessa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se havian de poner en execucion á su determinado tiempo; y forsabame á creer esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos, que los nuestros tenían, y tales, que me parece, que fue inspiracion Divina lo que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos havia Christianos firmes, y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, tenien-

los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible, que se podia dár, do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperabamos ser recibidos, acogidos, y regalados, allí es donde mas nos ofenden, y maltratan: no hemos conocido el bien que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de bolver á España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se buelven á ella, y dexan allá sus mugeres, y sus hijos desamparados, tanto es el amor que la tienen; y ahora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo de nuestro Pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo: passé á Italia, llegué á Alemania, allí me pareció que podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa en un Pueblo junto á Augusta, juntémé con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España-

España muchos de ellos cada año á visitar los Santuarios de ella, que los tienen por sus Indias, y por certissima grangeria, y conocida ganancia, andanla casi toda, y no hay Pueblo ninguno donde no salgan comidos, y bebidos como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ò ya en el hueco de los bordones, ò entre los remiendos de las esclavinas, ò con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puertos, y Puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho sacar el tesoro que dexé enterrado que por estár fuera del Pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir, ò passar desde Valencia á mi hija, y á mi muger, que está en Argel, y dár traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde alli llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que én resolucion, Sancho yo sé cierto, que la Ricota mi hija, y Francisca mi muger, son Catholicas Christianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano, que de Moro: y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como le tengo que servir; y lo que me tiene admirado es, no saber porque se fue mi muger, y mi hija antes á Berberia, que á Francia, adonde podia vivir como

Chris-

Christiana. A lo que respondió Sancho: Mira, Ricote, esto no debió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro fuesse á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas, que havian quitado á tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser esso, respondió Ricote; pero yo sé Sancho, que no tocaron en mi entierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman; y assi, si tu Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo, y á encubrirlo, yo te daré ducientos escudos con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho, pero no soy nada codicioso; que á serlo, un oficio dexé de entre las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y assi por esto, como por parecerme haria traicion á mi Rey en dár favor á sus enemigos, no fuera conmigo, si como me prometias ducientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y que oficio es el que has dexado, Sancho? preguntó Ricote. He dexado de ser Governador de una Insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fee que no hallan otra como ella á tres tirones.

236 *Vida y Hechos del ingenioso*
 nes. Y à donde està essa Insula? preguntò Ricote. Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las Insulas están allá dentro de la mar, que no hay Insulas en la tierra firme. Como no? replicó Sancho; digote, Ricote amigo que esta mañana me parti de ella, y ayer estuve en élla gobernando à mi placer, como un Sagitario; pero con todo esso la he dexado, por parecerme officio peligroso el de los Gobernadores. Y qué has ganado en el Gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haver conocido, que no soy bueno para gobernar si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales Gobiernos son à costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento; porque en las Insulas deben de comer poco los Gobernadores, especialmente si tienen Medicos que miren por su salud. Yo no entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero parezcame, que todo lo que dices es disparate, que quien te havia de dar à ti Insulas que gobernas? faltaban hombres en el mundo mas hábiles para Gobernadores, que tu eres? Calla, Sancho, y buelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dexé escondido, que en verdad que es tanto que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he prometido: Ya he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero

D. Quixote de la Mancha P. II. Lib. VIII. 237
 contentate, que por mi no serás descubierta, y prosigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde; y lo malo, ello, y su dueño. No quiero portar, Sancho, dixo Ricote; pero dime, hallaste en nuestro Lugar, quando se partió de él mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y te sé decir, que salió tu hija tan hermosa, que salieron à verla quantos havia en el Pueblo, y todos decían, que era la mas bella criatura de el mundo: iba llorando y abrazaba à todas sus amigas, y à todas conocidas, y à quantos llegaban à verla, y à todos pedia la encomendassen à Dios, y à nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que à mi me hizo llorar, (que no suelo ser muy llorón) y à fee, que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitarsela, en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del Rey los detuvo: principalmente se mostró mas apassionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo Mayorazgo rico que tu conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensamos, que iba ella para robarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que esse Cavallero adanaba à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricote, nunca me dió pesadumbre el saber que la

queria bien; que ya havrás oído decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ó ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos; y mi hija, que à lo que yo creo, atendia à ser mas Christiana, que enamorada, no se curaría de las solitudes de esse señor Mayorazgo. Dios lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les estaria mal; y dexame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar essa noche adonde està mi señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya muchos compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino: y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimò à su bordón, y se apartaron.

CAPITULO LV.

De cosas sucedidas à Sancho en el camino y otras que no hay mas que ver.

EL haverse detenido Sancho con Ricote, le dió lugar à que aquel dia llegasse al Castillo del Duque, puesto que llegó media legua de él donde le tomó la noche algo obscura, pero como era Verano no le dió mucha pesadumbre, y assi se apartó del camino con tencion de esperar la mañana, y quiso su desventurada suerte, que buscando donde mejor acomodarse, cayeron él, y el

no en una honda sima obscurissima, que entre otros edificios muy antiguos estava, y al tiempo de caer se encomendó à Dios de todo corazón, pensando que no havia de parar hasta el fondo de los abismos; y no fué assi, porque à poco mas de tres estados dió fondo él rucio, y allí se halló encima de él, sin haver recibido lesión, ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estava sano, y no averiado por alguna parte; y viendose bueno, entero, y catholico de salud, no se hartó de dár gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le havia hecho, porque sin duda pensó, que estava hecho mil pedazos; tentó assi mismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria possible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las hallò rasas, y sin considero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho especialmente quando oyò, que el rucio se quejaba tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que à la verdad no estava muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Panza, y quan no pensados sucesos suelen suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo! Quien dixera, que el que ayer se viò entronizado Governador de una islasula, mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, hoy se havia de ver sepultado en una tumba, sin haver persona alguna que le remedie, ni vassallo que acuda à su socorro!

Aquí havremos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de modo, y quebrantado, y yo de pesaroso; á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fue mi señor Don Quixote de la Mancha, quando descendió, y bajó á la cueba de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fue á mesa puesta, y á cama hecha: allí vió él visiones hermosas, y apacibles; y yo verá aqui, á lo que creo, sapos, y culebras; desdeñado de mi, y en qué han parado mis locuras, y fantasias? De aquí sacarán mis huesos (quando el Cielo sea servido que me descubran) montes, blancos, y raídos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien somos, á lo menos de los que tuvieron noticia, que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Ay, otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriéssamos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde ya que no hallára remedio nuestra desgracia, no faltará quien de nosotros se doliera, y en la hora última de nuestro passamiento nos cerrára los ojos!

O compañero, y amigo mio, que mal pagado te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo

meto de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado Poeta, de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba, sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que aquel pobre se hallaba. Finalmente, habiendo passado toda aquella noche en miserables quejas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad, y resplandor vió Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado; y comenzó á lamentarse de nuevo, y á dar voces, por ver si alguno oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no havia persona, que pudiesse escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo, que le puso en pie, que apenas se podía tener; y sacando de las alforjas (que tambien havian corrido la misma fortuna de la caída) un pedazo de pan lo dió á su jumento, que no le supo mal, y dijo: Sancho, como si lo entendiera: *Todos los ángeles con pan son buenos.* En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agoviaba, y encogia; acudió á él Sancho Panza, y agazapandose se entró por él, y vió, que por de dentro era espacioso, y largo, y pudo ver, porque por lo que se podía llamar techo entrava un rayo del

242 *Vida, y Hechos del ingenioso*
Sol, que lo descubria todo; vió tambien, que se dilatava, y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo qual bolvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo, que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiesse entrar el asno, como lo hizo; y cogiendole de el cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por vér si hallaba alguna salida por otra parte; á veces iba á obscuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo Poderoso! decía entre sí; esta que para mi es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote: él si que tuviera estas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por Palacios de Galiana, y esperára salir de esta obscuridad, y estrechez á algun florido prado; però yo sin ventura, falto de consejo, y menoscabado de animo á cada passo pienso, que dabaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima profunda que esta, que acabe de tragarme: bien venga mal, si vienes solo. De esta manera, con estos pensamientos le pareció, que havia caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel (para él) camino de la otra vida. Aquí dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tra-

tar-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 243
de Don Quixote, que alborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla, que havia de hacer con el robador de la honra de la Señora de Doña Rodriguez, á quien pensaba entorpecer el tuerto, y desaguizado, que malamente le tenia fecho. Sucedió, pues, que saliendo una mañana á imponerse, y ensayarse en lo que havia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelón, ó arrebatada á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueba, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayó; y llegando se alzó mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estandola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las daba decía: Há de arriba; hay algun Christiano que me escuche? ó algun Cavallero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgovernado Governador? Parecióle á Don Quixote, que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso, y assombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien está allá abaxo? quien se queja? Quien puede estar aqui, ó quien se ha de quejar, respondieron, sino el assendereado de Sancho Panza, Governador, por sus pecados, y por su mala andanza de la Insula Barataria, escudero que fué del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha.

Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo, y viniendosele al pensamiento, que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado de esta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte como Catholico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti, que pues es mi profession favorecer, y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo seré para acorrer, y ayudar á los menesterosos del otro mundo que no pueden ayudarse por sí propios? De essa manera, respondieron, vuestra merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicó Don Quixote, el que professo socorrer, y ayudar en sus necesidades á los vivos, y á los muertos. Por esso, dime quien eres, que me tienes atonito? porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madré la Iglesia Catholica Romana, bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare; por esso acabe de declararte, y dime quien eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimien-

to de quien vuestra merced quisiere, juro, señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que habiendo dexado mi Gobierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para decir, anoche caí en esta sima, donde cayó el juicio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas señas está aqui conmigo, y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueba retumbaba. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio, esperame, iré al Castillo del Duque, que está aqui cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haver puesto. Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y buelva presto por un solo Dios que ya no lo puedo llevar el estar aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexóle Don Quixote, y fué al Castillo á contar á los Duques el successo de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron, que debia de haver caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos immemorables estaba allí hecha; pero no podian pensar cómo havia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas, y maromas, y á

costa de mucha gente, y de mucho trabajo, sacaron al rucio, y á Sancho Panza de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Vióle un Estudiante, y dixo: De esta manera havian de salir de sus Governos todos los Governadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, à lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: Ocho dias, ó diez hà hermano murmurador, que entré à gobernar la Insula que me dieron, en los quales no me ví harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido Medicos, y enemigos me han brumado los huesos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto assi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le está bien à cada uno, y qual el tiempo, tal el tiento, y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piense que hay tocinos, y no hay estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. Notando enojos, Sancho, dixo Don Quixote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; vén tu con segura conciencia, y digan lo que dixeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno, dicen de él, que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco, y

mon-

mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tanto que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al Castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque, y la Duquesa esperando à Don Quixote, y à Sancho, en el qual no quiso subir à vér al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al rucio en la cavalleriza; porque decia, que havia passado muy mala noche en la posada, y luego subió à vér à sus señores, ante los quales puesto de rodillas dixo: Yo señores, porque lo quiso assi vuestra grandeza sin ningun merecimiento mio, fuí à gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: si he governado bien, ó mal, restigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. Hé declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haverlo querido assi el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, Medico Insano, y Governadoresco. Acometieronnos enemigos de noche, y havienndonos puesto en gran aprieto, dicen los de la Insula, que salieron libres, y con victoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones del governar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán lle-

lle-

llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y assi antes que dicesse conmigo al través el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al través, y ayer de mañana dexé la Insula como la hallé, con las mismas calles, casas, y tejados que tenía quando entré en ella. No he pedido prestado à nadie, ni metidome en grangerías; y aunque pensaba hacer algunas Ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso, que no se havia de guardar, que es lo mesmo hacerlas, que no hacerlas. Salí, como digo, de la Insula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio; cai en una sima, vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol ví la salida, pero no tan facil, que à no depararme el Cielo à mi señor Don Quixote, alli me quedàra hasta la fin del mundo. Assi que, mis señores Duques, y Duquesa, aqui está vuestro Governador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias, que ha tenido el Gobierno, el conocer que no se le ha de dar nada por ser Governador, no que de una Insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando à vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen, salta tu, y damela tu, doy un salto del Gobierno, y me passo al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en él, aunque cómo el pan con sobresalto, hartome alomenos; y para mi, como yo esté harto,

esso me hace, que sea de zanahorias, ò de perales. Con esto dió fin à su larga platica Sancho, temiendo siempre Don Quixote, que havia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos dió en su corazon gracias al Cielo; y el Duque abrazó à Sancho, y le dixo, que le pesaba en el alma que huviesses dexado tan presto el Gobierno; pero que él haría de suerte, que le dicesse en su Estado otro oficio de menos carga, y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa assimismo, y mandó, que le regalassen, porque daba señales de venir mal molido, y peor parado.

CAPITULO LVI.

De la descomunal, y nunca vista batalla, que pasó entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Panza del Gobierno que le dieron, y mas, que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras, y acciones, que Sancho havia dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareció el assalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pe-

queño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la Historia, que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una, y muchas veces advertido à su Lacayo Tosilos como se havia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenó, que se quitasen los hierros à las lanzas, diciendo à Don Quixote que no permitia la Christiandad, de que el se preciaba, que aquella batalla fuesse con tanto riesgo, y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le daba campo franco en su tierra; puesto que iba contra el Decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiessse llevar por todo el rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que su Excelencia dispusiesse las cosas de aquel negocio como mas fuesse servido, que él le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque, que delante de la Plaza del Castillo se hiciesse un espacioso campo, donde estuviessen los Jueces del campo, y las Dueñas, madre, y hija demandantes; havia acudido de todos los Lugares, y Aldéas circunvecinas, infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal haviam visto, ni ohido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que havian muerto: el primero que entró en el campo, y estacada finó el Maestro de las Ceremonias, que tanteó el campo, y se pasó todo, porque en él no huviesse algun

en-

engañio, ni cosa encubierta, donde se tropezasse, y cayesse. Luego entraron las Dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente con Quixote en la estacada. De allí à poco, acompañado de muchas trompetas, assomó por una parte de la Plaza, sobre un poderoso cavallo, hundiendola toda, el grande Lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado con unas fuertes, y lucientes armas; el cavallo mostraba ser frisón, ancho, y de color tordillo: de cada mano, y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se havia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha; advertido, que en ninguna manera le matasse, sino que procurasse huir el primer encuentro, por escapar el peligro de su muerte, que estaba cierto, si de lleno en lleno le encontrasse. Passó la Plaza, y llegando donde las Dueñas estaban, se puso algun tanto à mirar à la que por esposa le media; llamó el Maesse de Campo à Don Quixote, que ya se havia presentado en la Plaza, y junto con Tosilos habló à las Dueñas, preguntandolas, si consentian, que bolviessse por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron, que si, y que todo lo que en aquel caso se hiciesse, lo daban por bien hecho, por firme, por valedero. Ya en este tiempo estaban el

Du-

Duque, y la Duquesa puestos en una Galería, que caía sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance, nunca visto. Fué condición de los combatientes, que si Don Quixote vencía, su contrario se havia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si él fuesse vencido, quedaba libre su contendedor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfaccion alguna. Partióse el Maestro de las Ceremonias el Sol, y puso à los dos cada uno en el puesto donde havian de estar. Sonaron los atambores, llenó el ayre el son de las trompetas, temblaba debaxo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el buen, ó mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quixote, encomendándose de todo corazón à Dios nuestro Señor, y à la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando, que se le diese señal precisa de la arremetida; emperó nuestro Lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser, que quando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que havia visto en toda su vida; y el Niño ciguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por essas caules, no quiso perder ocasion, que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegando se à él bonitamente, sin

que

que nadie le viesse, le embasó al pobre Lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, que le pasó el corazón de parte à parte: y pudo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra, y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que quando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro Lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya havia hecho señora de su libertad; y así no atendió al sonido de la trompeta, como lo hizo Don Quixote, que apenas la hubo oído, quando arremetió, y à todo el correr, que permitia Rocinante, partió contra su enemigo, y viéndole partir su buendadero Sancho, dixo à grandes voces: Dios me guie, náta, y flor de los Andantes Caballeros: Dios te dé la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quixote, no se movió un passo de su puesto, antes con grandes voces llamó al Maestre de Campo, el qual venido à ver lo que queria, dixo: Señor, está batalla no se hace porque yo me case, ó no me case con aquella señora? Así le fué respondido. Pues yo, dixo el Lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondréla en gran cargo, si passasse adelante en esta batalla: y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el Maestre de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los

Tom. IV.

R

sabi-

sabidores de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvose Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se passaba adelante en la batalla, pero el Maesse de Campo le fué à declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedó suspenso, y colerico en extremo. En tanto, que esto passaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dixo à grandes voces: Yo, señora quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues esto assi es, yo quedo libre, y suelto de mi promesa; casense en horabuena, pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El Duque que havia baxado à la Plaza de el Castillo; y llegando se à Tosilos, le dixo: Es verdad Cavallero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor respondió Tosilos. El hace muy bien, dixo à esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dár al mur, dalo al gato, y sacarte há de cuydado. Ibase Tosilos desentlazando la celada, y rogaba, que apriessa le ayudassen, porque le iban faltando los espiritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronsele apriessa, y quedó descubierto, y pa-

tente

te su rostro del Lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dijeron: Este es engaño, engaño es este; à Tomad el Lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia sea por Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaqueria. No vos acuyteis, señoras, con Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaqueria; y si la es no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores, que me persiguen, los quales embidiosos de que yo alcanzasse la gloria de este vencimiento, han concertado el rostro de vuestro esposo en el de este, que decís que es Lacayo del Duque; tomad mi consejo, y à pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cara, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quixote, que estoy por creer, que este mi Lacayo no lo es; pero usemos de este ardid, y maña: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado este personage, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que bolviessse à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor Don Quixote, y las yendoles tan poco en usar estos embelecocos, y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso, y costum-

R 2

tum-

tumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan à mi amo: un Cavallero que venció los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro Pueblo, y grande amigo nuestro, y à mi señora Dulcinéa del Toboso la han buuelto en una rustica Labradora; y assi imagino, que este Lacayo ha de morir, y vivir Lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este que me pida por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un Lacayo, que no amiga, y burlada de un Cavallero, puesto que el que à mi me burló no lo es. En resolución todos estos cuentos, y sucessos pararon en que Tosilos se recogiesse, hasta ver qué paraba su transformacion. Aclamaron toda la victoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancolicos de ver, que no se habian hecho pedazos los tan esperados combates, bien assi como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperaban, porque le ha perdonado, ò la parte, ò la Justicia. Fuesse la gente, bolviendose el Duque, y Don Quixote al Castillo, entraron à Tosilos, quedaron Doña Rodriguez, y su hija contentisimas de ver, que por una via, ò por otra, aquel caso havia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPI-

CAPITULO LVII.

De como Don Quixote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta, y desembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

YA le pareció à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel Castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deleytes, que como à Cavallero andante aquellos señores le hacian; y parecia, que havia de dar cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento; y así pidió un dia licencia à los Duques para partir: dieron sela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexasse. Dió la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: Quien pensara, que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Gobierno, havian de parar en bolverme yo ahora à las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió à ser quien es, embiando las bellotas à la Duquesa, que à no haber-

verselas embiado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que à esta dadiua no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno quando ella las embió: y està puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él; y assí podré decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto passaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quixote, haviendose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la Plaza del Castillo: mirabanle de los corredores toda la gente del Castillo; y assimismo los Duques se lieron à verle. Estaba Sancho sobre su rueta con sus alforjas, maleta, y repuesto, contentissimo; porque el Mayordomo del Duque, que fue la Trifaldi, le havia dado un bolsillo con docientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino; y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirandole todos à deshora, entre las otras Dueñas, y Doncellas de la Duquesa, que miraban, alzó la voz la desembuelta, y dió esta ceta Altisidora, y en son lastimero dixo:

Escu-

Escucha, mal Cavallero,
Detén un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no buyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy lexos de oveja.

Tu has burlado, monstruo horrendo
La mas hermosa Doncella,
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tu llevas (llevar impio!)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llevaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas, y tersas.

Llevaste dos mil suspiros,
Que à ser de fuego, pudieran
Abrasar à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De

*De esse Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinéa.*

*De la culpa que tu tienes
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.*

*Tus mas finas aventuras
En desventuras se buelven,
En sueño tus passatiempos,
En olvido tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

*Seas tenido por falso
Desde Sevilla à Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres à Inglaterra.*

*Si jugaras al reyñado,
Los cientos, ò la primera,
Los Reyes buyan de ti,
Ases, ni sietes no veas.*

*Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

En

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quixote; y sin responderla palabra, bolviendo el rostro à Sancho, le dixo: Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime llegas, por ventura los tres tocadores, y las ligas, que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores si llego, pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desemboltura de Altisidora, que aunque la tenia, por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en el grado, que se atreviera à semejantes desembolturas; y como no estaba advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre, y dixo: No me parece bien, señor Cavallero, que habiendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento que en el se os ha hecho, os hayais atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal hecho, y muestras, que no corresponden à vuestra fama: bolvedla las ligas, sino yo os desafío à mortal batalla, sin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosi- los mi Lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilus-

ilustrissima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores bolveré, porque dice Sancho, que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, à buen seguro que las halle: yo, señor Duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexa de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y assi no tengo de que pedirle perdón, ni à ella, ni ha vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me de de nuevo licencia para seguir mi camino. Decole Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechoras, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con las vistas, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches (ò valeroso Don Quixote) dixo entonces Altisidora, y es, que le pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima, que las tengo puestas, y he caído en el descuydo del que yendo sobre el asno le buscaba. No le dixe yo? dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos; pues quererlos hacer, de paleta me havia venido

ocasion en mi Gobierno. Baxó la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes; y bolviendo las riendas à Rocinante, siguiendole Sancho sobre el rucio, se salió del Castillo, enderezando su camino à Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

De como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas à otras.

Quando Don Quixote se vió en la campaña rasa, libre, y desambarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el assumpto de sus Cavallerias; y bolviendose à Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones, que à los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre por la libertad, assi como por la honra, se puede, y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, y la abundancia que en este Castillo que dexamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazo-

nados, y de aquellas bebidas de nieve, me parecia à mi, que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozará si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios, y mercedes recibidas, son ataduras, que no dexan campear al animo libre. Venturoso aquel à quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro, que al mismo Cielo. Con todo esso, dixo Sancho, que vuestra merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte, doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque, que como pictima, y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar Casillos donde nos regalen, que tal vez topamos con algunas Ventas donde nos apaleen. En estos, y otros razonamientos iban los Andantes Cavallero, y escudero, quando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerva de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de Labradores; junto à sí tenían unas como sabanas blancas con que cubrian alguna cosa que debaxo estaba; estaban empinadas, y tendidas, y de trecho à trecho puestas. Llegó Don Quixote à los que comian, saludandoles primero cortesmen-

te, les preguntó, qué era lo que aquellos lienzos cubrian? Uno de ellos le respondió: Señor, debaxo de estos lienzos están unas Imagenes de relieve, y entabladura, que han de servir en un Retablo, que hacemos en nuestra Aldéa, llevamoslas cubiertas, porque no se desfloren, y en ombros porque no se quiebren. Si soys servidos, respondió Don Quixote, holgaria de verlas, pues Imagenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como que lo son, dixo otro, si no, digalo lo que cuestas, que en verdad que no hay ninguna, que no esté en mas de cinquenta ducados; y porque era vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced, y verla há por vista de ojos; y levantandose, dexó de comer, y fué à quitar la cubierta de la primera Imagen, que mostró ser la de San Jorge, puesto à cavallo, con una serpiente enroscada à los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse: toda la Imagen parecia una asqua de oro, como suele decirse. Viendola Don Quixote, dixo: Este Cavallero fué uno de los mejores Andantes, que tuvo la Milicia Divina: llamóse Don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra; descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martin, puesto à cavallo, que partía la capa con el Pobre; apenas la hubo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero tambien fué de los aventureros.

tureros Christianos, y creo que fué mas liberal, que valiente, como lo puedes echar de ver. Sancho, en que está partiendo la capa con el Pobre, y le dá la mitad; y sin duda debia de ser entonces Invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser esso, dixo Sancho, sino que se debió de atender al refrán, que dice: Que para dar, y tener, sesso es menester. Rióse Don Quixote, y pidió, que quitassen otro lienzo, debaxo del qual se descubrió la Imagen del Patron de las Españas, à cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabezas; y en viendola, dixo Don Quixote: Este si que es Cavallero, y de las Esquadras de Christo; este se llama Don San Diego mata Moros, uno de los mas valientes Santos, y Cavalleros, que tuvo el mundo, y tiene ahora el Cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de San Pablo de el cavallo abaxo, con todas las circunstancias, que en el retablo de su conversion suelen pintarse, quando le vió tan vivo, que dixeran, que Christo le hablaba, y Pablo respondia. Este, dixo Don Quixote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo, que tendrá jamás Cavallero Andante por la vida, y santo à pié quedo por la muerte, trabajador incansable en la Viña del Señor, Doctor de las Gentes, à quien sirvieron de Es-

cuc-

celas los Cielos, y de Cathedratico, y Maestro, que le enseñasse, el mismo Jesu-Christo. No havia mas Imagenes, y assi mandó Don Quixote, que las bolviessen à eubrir, y dixo à los que las llevaban: Por buen aguero he tenido, hermanos, haver visto, lo que he visto, porque estos Santos, y Cavalleros professaron, que yo professo, que es el exercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mi, ellos, es que ellos fueron Santos, y pelearon lo Divino, y yo soy pecador, y peleo à lo humano. Estos conquistaron el Cielo à fuerza de brazos, (porque el Cielo padece fuerza) y hasta ahora no sé lo que conquisto à fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulciné boboso saliesse de los que padece, me serviria mi ventura, abonandoseme el juicio, que encaminasse mis passos por el camino del que llevo. Dios lo oyga, y como sordo, dixo Sancho à esta sazón. Viose los hombres, assi de la figura, y razones de Don Quixote, sirviendo de lo que en ellas decir quisiera de comer, cargaron con sus Linas, espidiendose de Don Quixote, siguiendo su viaje. Quedó Sancho de nuevo, como si jamás huviera conocido à su señor, admirado de lo que veia, pareciendole, que no devia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo huviesse cifrado en la uña, y clavado en la memoria,

moria, y dixole: En verdad, señor nuestro amo, que si esto que nos ha sucedido hoy, se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves, y dulces, que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella havemos salido sin palos, ni sobresalto alguno; ni hemos echado mano à las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dexado vér con mis propios ojos. Tu dices bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero es de advertir, que no todos los tiempos son iguales, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente agües, que no se fundan sobre natural razon alguna, que es discreto han de ser tenidos, y reputados por buenos acontecimientos. Levantase los agoreros por la mañana, sale de casa, y acuéntrese con un Frayle de la Orden de San Francisco, y como se ha encontrado con un grifo, buelve la cabeza, y vuelve à su casa. Derramasele agua encima de la sal encima de la mesa, y derramasele en el la melancolía por el corazon, como si estuviesse obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias, con cosas tan de poco momento como las referidas. Es discreto, y Christiano no ha de andar en puntitos con lo que quiere hacer el Cielo. Llegó Cipion à Africa, tropieza en saltando en tierra,

tieniendo por mal agüero sus Soldados, por el abrazandose con el suelo, dixo: No te podrás huir, Africa, porque te tengo asida, entre mis brazos. Assi que, Sancho, el haver encontrado con estas Imagenes, ha sido para mí el mas feliceissimo acontecimiento. Yo assi lo creo, respondió Sancho, y querria, que vuestra merced me dixesse, que es la causa porque dicen los Españoles, quando quieren dár alguna batalla, invocando aquel San Diego mata Moros: Sancho, y cierra España? Está por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla? ò qué ceremonia es esta? Simplicissimo respondió Sancho, y mira, que este gran Cavallero de la Cruz bermeja ha dado Dios à España por patron, y amparado suyo, especialmente en los rigorosos trances, que con los Moros los Españoles han tenido, y asi le invocan, y llaman como á defensor sustentado en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos esquadrones, y de esta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas Historias Españolas se cuentan. Respondió Sancho platica, y dixo à su amo: Maravillado estoy, señor de la desemboltura de Alsidora la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida, y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz cie-

cieguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un co-razon por pequeño que sea, le acierta, y traspasa de parte à parte con sus flechas. He ohi-do decir tambien, que en la verguenza, y recato de las doncellas se despuntan, y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advier-te, Sancho, dixo Don Quixote, que el Amor, ni mira respetos, ni guarda terminos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que assi acomete los altos Alcazares de los Reyes, como las humildes chozas de los Pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor, y la verguenza; y assi, quando ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho, antes confusion, que lastima. Crueldad notoria! dixo Sancho: desagracedimiento inaudito! yo de mi sé decir, que me rindiera, y avassallara la mas minima razon amorosa suya: hi de puta, y que corazon de marmol, que entrañas de bronce, y qué alma de argamassa; pero no puedo pensar, que es lo que vió esta doncella en vuestra merced, que assi la rindiesse, y avassallasse, qué gala, qué brio, qué donayre, qué rostro: que cada cosa por si de estas, ó todas juntas, la enamoraron; que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar à vuestra merced desde la

pun-

mita del pié, hasta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar; y habiendo yo tambien ohi-do decir, que la hermosura en la primera, y principal parte, que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sé yo de qué se enamora un pobre. Advierta, Sancho, respondió Don Quixote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma es compéa, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la libertad, y en la buena crianza, y todas estas partes caben, pueden estar en un hombre feo; quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer al amor con impetu, y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que nõ soy hermoso; pero tambien conozco, que no soy disforme, y bastale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho. En estas razones, y platicas se iban entrando por una selva, que fuera del camino se iba; y à deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arboles à otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dixo á Sancho. Pareceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginar; que me maten si los Encantadores, que

S 2

me

me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad, que con Altisidora he tenido; pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes, que aquella con que el Dios de los Herreros enredó à Venus, y à Marte, assi las rompiera como si fueran de juncos marinos, ú de hilachas de algodón; y queriendo passar adelante, y romperlo todo, apareciósele de improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles, dos hermosísimas Pastoras, à lo menos vestidas como Pastoras, sino que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabo de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo Sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldes de verde laurél, y de roxo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxaba de los quince, ni passaba de los diez, y ocho vista fué esta, que admiró à Sancho, suspendió à Don Quixote, y hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio todos quatro: en fin, quien primero habló fué una de las dos Zagalas, que dixo à Don Quixote: Detened, señor Cavallero, el passo, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo, ài están tendidas y porque se que no haveis de preguntar, para que

que se han puesto, y quien somos, os la quiero decir en breves palabras. En una Aldéa, que es hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertó que con sus hijos, mugeres, y hijas, vecinos, amigos, y parientes, nos viniésemos à jugar à este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva, y pastoril Arcadia, visitándonos las doncellas de Zagalas, y los mandos de Pastores: traemos estudiadas dos Eglogas, una del famoso Poeta Garcilaso, y otra del Excelentissimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las quales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primer dia que aqui llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen, que se llaman de campaña; en el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tendimos anoche passada estas redes entre estos arboles, para engañar los simples paxarillos, que ojeados con nuestro ruído vinieren à dár en ellas: gustais, señor, de ser nuestro huesped, seréis passajado liberal, y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolia; calló, y no dixo mas. Lo que respondió Don Quixote: Por cierto, hermosísimas señoras, que no debió de quedar mas suspenso, ni admirado Anteón, quando vió

vió al improviso bañarse en las aguas à Diana como yo he quedado atonito en vér vuestra belleza; alabo el asunto de vuestros entretenimientos; y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas, me lo podeis mandar; porque no es otra la profession mia, sino de mostrarme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocupáran toda la redondéz de la tierra, buscára yo nuevos mundos por do passar sin romperlas. Y porque deis algun credito à esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha, si es que ha llegado à vuestros oídos este nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra Zorcedora, gala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! Vés este señor, que tenemos delante? pues hagote saber, que es el mas valiente, el mas enamorado, y el mas comedido de todo el mundo, sino es que nos mienta, y nos engañe con una Historia, que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído; yo apostaré, que este buen hombre que viene consigo, es un tal Sancho Panza su escudero, à cuyas gracias no hay ningunas que se igualen. Assi es la verdad, dixo Sancho, que yo soy esse gracioso, y esse escudero, que vuestra merced dice: y este señor es mi

amo, el mismo Don Quixote de la Mancha, victorioso, y referido. Ay! dixo la otra, supliémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres, y nuestros hermanos gustarán infinito de ello, que tambien he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho; y sobre todo, dicen de él, que es el mas firme, y el mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinéa del Tormoso, à quien en toda España la dán la palma de la hermosura. Con razon se la dán; dixo Don Quixote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en atenderme, porque las precisas obligaciones de mi profession no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto adonde los quatro estaban, un hermano de una de las dos pastoras, vestido assimismo de pastor, con las riquezas, galas, que à las de las Zagalas correspondia; contaronle ellas, que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quixote de la Mancha, y otro su escudero. Sancho, de quien tenia él noticia, por haver leído su Historia. Ofreciésele el gallardo Pastor, pidióle, que se viese con él à sus tiendas: havolo de conceder Don Quixote, y assi lo hizo. Llegò en esto el viejo, llenaronse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, iban en el peligro de que iban huyendo: juntaronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas

todas bizarramente de Pastores, y Pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su escudero; que no poco contento recibieron, porque tenian de él noticia por su Historia. Acudieron à las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas; abundantes, y limpias, honraron à Don Quixote dandole el primer lugar en ellas; mirabanle todos, y admirabanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen (aunque algunos dicen que es la soberbia) yo digo que es el desagradecimiento, ateniendome à lo que suele decirse, que de los desagradecidos està lleno el Infierno: este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado huir desde el instante que tuve uso de razón; si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras; pongo en su lugar los de publico, porque quien dice, y publica las buenas obras, que recibe, tambien las recompensára, si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores à los que dán; assi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadas del hombre à las de Dios con igualdad por infinita distancia; y esta estrechez, y cordedad, en cierto modo la suple el agradeci-

mien-

miento. Yo, pues, agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderío, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y assi digo, que sustentaré dos dias naturales en mitad de esse camino real, que vá à Zaragoza, que estas señoras Zagalas contrahechas, que aqui están, son las mas hermosas doncellas, y mas cortesas, que hay en el mundo exceptuando sola la sin par Dulcinéa del Toboso, unica señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le havia estado escuchando, dando una gran voz, dixo: Es posible que haya en el mundo personas, que se atrevan à decir, y à jurar, que este mi señor es loco? digan vuestras mercedes, señores Pastores, hay Cura de Aldéa, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido? Bolvióse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colerico le dixo: Es posible, ó Sancho, que haya en todo el Orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforzado de lo mismo, con no sé que ribetes de malicioso, y de bellaco? Quien te mate à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ó

ma-

majadero? Calla y no me repliques, si no, en silla, si está desensillado Rocinante. Y vanos a poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que vá de mi parte, puedes dar por verificados á todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia, y muestras de enojo se levantó de la silla, dexando admirados á los circunstantes, haciendoles dudar, si le podian tener por loco, ó por cuerdo. Finalmente, haviendole persuadido, que no se pudiesse en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su animo valeroso, pues bastaban las que en la Historia de sus hechos se referian, con todo esto salió Don Quixote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, abrazado su escudo, y tomando su lanza, se puso en la mitad de un Real camino, que no lexos del verde prado estaba: siguióle Sancho sobre su rucio con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en que paraba su arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, Don Quixote en mitad del camino (como he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros, passageros, y viandantes, Cavalleros, escuderos, gente de á pié, y de á cavallo, que por este camino passais, ó haveis de passar en estos dias siguientes: sabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, está aqui puesto para defender, que á todas

las

hermosas, y cortesias del mundo, exceden que se encierran en las Ninfas, habitadoras de estos prados, y bosques, dexando á un lado la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por esso, el que fuere de parecer contrario, sea recuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron recibidas de ningun Aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó, que de alli á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á cavallo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apañados de tropel, y á gran priesa: no los huvieron bien visto los que con Don Quixote estaban, quando bolviendo las espaldas, se apartaron bien lexos del camino, porque conocieron, que si esperaban, les podia suceder algun peligro: solo Don Quixote con intrepido corazon se estuvo quieto, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los Laneros, y uno de ellos, que venia mas delante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quixote: Apartate, hombre del diablo, de el camino que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió Don Quixote, para mi no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas; confesad, malandrines, assi á carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, sino, conmigo

migo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el Baquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y assi el tropél de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, con la multitud de los Baqueros, y otras gentes, que á encerrar los llevaban à un Lugar, donde otro dia havían de correrse, passaron sobre Don Quixote, y sobre Sancho, Rocinante, y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles à rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quixote, aporreado el rucio, y no muy catholico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quixote á gran priesa, tropezando aqui, y cayendo alli, comenzó à correr tras la baca, diciendo à voces: Deteneós, y esperad canalla malandrina, que un solo Cavallero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata; pero no por esso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nuevas de antaño. Detuvole el cansancio à Don Quixote, y mas enojado, que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante, y el rucio llegassen: Llegaron, bolvieron à subir amo, y mozo, y sin bolver à despedirse de la Arcadia fingida, ò contrahecha, y con mas verguenza, que gusto, siguieron su camino.

CA.

CAPITULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió à Don Quixote.

AL polvo, y al cansancio que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara, y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dexando libres, sin jachima, y freno al Rucio, y á Rocinante, los dos assendereados amo, y mozo se sentaron; acudió Sancho á la reposteria de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjugóse la boca, lavóse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espiritus desalentados; no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho ossaba tocar à los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba à que su señor hiciesse la salva; pero viendo que llevado de sus imaginations no se acordava de llevar el pan á la boca, abrió la suya, y atropellando por todo genero de crianza, comenzó à embaular en el estomago el pan, y queso, que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que à mi te importa, y dexame morir à mi à manos de mis pensamientos.

105.

tos, y à fuerza de mis desgracias: yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tu para vivir comiendo; y por que veas que te digo verdad en esto, considerame impresso en Historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, y solicitado de doncellas: al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos, y coronas, grangeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y soezes; esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera, que pienso dexarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De essa manera, dixo Sancho (sin dexar de mascar apriessa) no aprobaré vuestra merced aquel refrán que dicen: Muera Marta, y muera harta; yo à lo menos no pienso matarme à mi mismo, antes pienso hacer como el Zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere, yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin, que le tiene determinado el Cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse; coma vuestra merced, y creame, y despues de comido echese à dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yervas, y verá como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hizolo assi

Don

Don Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mendicaco, y dixole: Si tu (ó Sancho!) quisieses hacer por mi lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviases un poco lexos de aqui, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te diesses trescientos, ó quatrocientos azotes à buena cuenta de los tres mil y tantos, que te has de sacar por el desencanto de Dulcinéa, que es la mala, no pequeña, que aquella pobre señora está encantada por el descuydo, y negligencia. Muy mucho que decir en esso, dixo Sancho, dormiamos por ahora entrambos, y despues de esto dixo lo que será. Sepa vuestra merced, que esto de azotarse un hombre à sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga vuestra merced en cuenta mi señora Dulcinéa, que quando me se cate me verá hecho una criva de azotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendole Don Quixote, comió algo, y Sancho comió mucho, y echaronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna, pacer de abundosa yerva, de que aquel prado estaba lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos,

gos, Rocinante, y el Rucio. Despertaron algo tarde, boivieron à subir, y à seguir su camino, dandose priessa para llegar à una Venta, que al parecer, una legua de alli se descubria: digo que era Venta, porque Don Quixote la llamó assi, fuera del uso que tenia de llamar à todas las Ventas Castillos. Llegaron, pues, à ella, y preguntaron al huesped, si havia posada? Fueles respondido, que si, con toda la comodidad, y regalo, que se pudiera hallar en Zaragoza. Aparearonse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento, de quien el huesped le dió la llave. Llevó las bestias à la cavalleriza, echóles sus piensos, salió à vér lo que Don Quixote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba, dando particulares gracias al Cielo, que à su amo no le huviesse parecido Castilla aquella Venta. Llegóse la hora del cenar, recogieronse à su estancia, preguntó Sancho al huesped, que qué tenia para darles de cenar. A lo que el huesped respondió, que su boca sería medida, y assi que pidiesse lo que quisiesse, que de las paxaritas de el ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estaba proveída aquella Venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos querramos assen, tendrémos lo suficiente, porque el señor es delicado, y come poco, y yo no soy tragantón en demasia. Respondióle el huesped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenían

assolados. Pues mande el señor huesped, que Sancho, assar una polla, que sea tierna. Polla, mi padre, respondió el huesped, en verdad que embié ayer à la Ciudad à vender mas de cinquenta; pero fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere. De essa manera, dijo Sancho, no faltará ternera, ò cabrito. En esta, por ahora, respondió el huesped, no lo voy, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con esso, respondió Sancho, yo pondré que se venen à resumir todas estas faltas en las sobras, que debe de haver de tocino, y huevos. Por esto, respondió el huesped, que es gentil recorde el que mi huesped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por que tenga delicadezas, y dexase de pedir gallinas. Resolvamonos, cuerpo de mi, dixo Sancho, y dégame finalmente lo que tiene, y dexese de escurrimientos, señor huesped. Dixo el Ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo son unas uñas de baca, que parecen manos de ternera, dos manos de ternera, que parecen uñas de baca: están cocidas con sus garbanzos, cebonias, y tocino, y la hora de hora están diciennos, comeme, comeme. Por mias las marco desde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque pagami ninguna otra cosa pudiera esperar de mas

gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el Ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales, traen consigo Cocinero, Despensero, y Reposteria. Si por principales vades dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas, ni Botillerías: ai nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ò de nueces peros. Esta fué la platica que Sancho tuvo con el Ventero, sin querer Sancho passar adelante, en responderle, que ya le havia preguntado qué oficio, ò qué exercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora de cenar, recogióse en su estancia Don Quixote, traxo el huesped la olla assi como estaba, y sentóse à cenar muy de proposito. Parece ser, que en otro aposento que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quixote: Por vida de vuestra merced, señor Don Geronymo, que en tanto que trae la cena leamos otro Capitulo de la segunda Parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quixote, quando se puso en pié, y con ohido alerta escuchó lo que él trataban, y oyó, que el tal Don Geronymo referido, respondió: Para que quiere vuestra merced, señor Don Juan, que leamos esos discursos, si el que huviere leído la Primera Parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha,

es posible, que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo esso, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que à mí en este mas desplace es, que pinta à Don Quixote ya desenamorado de Dulcinéa del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y despecho, alzó la voz, y dixo: Quien quiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinéa del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy lexos de la verdad, porque la sin Dulcinéa del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quixote puede haber olvido; su firmeza es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad, y sin hacerse fuerza alguna. Quien es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quando dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales lo parecian, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vuestra presencia puede desmentir nuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte, y lucero de la Andante Cavalleria,

288 *Vida, y Hechos del ingenioso*
à despecho, y pesar de el que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazas, como lo ha hecho el Author de este Libro, que aqui os entrego; y poniendole un Libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quixote, y sin responder palabra comenzó à ojearle, y de allí à un poco se le volvió diciendo: En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este Author, dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el Prologo. La otra, que el lenguaje es Aragonés, porque tal vez escribe sin Artículos. Y la tercera, que mas le confirma ignorante; es, que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la Historia; porque aqui dice, que la muger de Sancho Panza escudero se llama Maria-Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer, que yerra en todas las demás de la Historia. A esto dixo Sancho: Donosa cosa de Historiador! Por cierto bien debo de estar en el cuento de nuestros sucessos, pues llama à Teresa Panza mi muger Maria-Gutierrez; torne à tomar el Libro señor, y mire si ando yo por ài; y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oído hablar mi amigo, dixo Don Geronymo, sin duda, deba de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quixote? Si soy, respondió Sancho, y me precocio de ello. Pues à fee, dixo el Cavallero, que

D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VIII 289
no os trata este Author con la limpieza, que en vuestra persona se muestra: os pinta comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy porro de el Sancho, que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexárame en mi rincón acordarse de mi, porque quien las sabe las sabe, y bien se está San Pedro en Roma. Los Cavalleros pidieron à Don Quixote se pasasse à su estancia à cenar con ellos, que bien sabian, que en aquella Venta no havia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos; quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio: sentòse en la cabecera de mesa, y con él el Ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos, y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan à Don Quixote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinéa del Toboso, si se havia casado, si estaba parida, ò preñada, ó si estando en su entereza se acordaba (guardando en honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos de el señor Don Quixote? A lo que respondió: Dulcinéa se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua; su hermosura en la de una soéz Labradora transformada; luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinéa, y lo que le havia

via sucedido en la Cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le havia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos Cavalleros recibieron de oír contar á Don Quixote los estraños sucessos de su Historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba; aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion, y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho quis al Ventero, se passó á la estancia de su amo; y en entrando dixo: Que me maten, señores, si el Author de este libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querria, que ya que me llama comilón como vuestras mercedes dicen, no me llamasse tambien borracho. Si llama á Don Geronymo, pero no me acuerdo de que manera, aunque sé, que son mal sonantes las razones, y ademàs mentirosas, segun yo he hecho de vér en la fisonomía del buen Sancho que está presente. Creanme vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote de essa Historia, deben de ser otros, que los que andan en aquella, que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo valiente, discreto, y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así

lo creo, dixo Don Juan; y si fuera possible, se havia de mandar, que ninguno fuera ossado á retratar de las cosas del gran Don Quixote, sino Cide Hamete su primer Author: bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuesse ossado á retratarle, sino Apeles. Retrateme el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguno, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien él no se puede vengar, ni no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras platicas se passó gran parte de la noche; y aunque Don Juan, quisiera, que Don Quixote leyera mas del libro, por vér lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo, que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio; y que no queria, si acaso llegasse á la noticia de su Author, que le havia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar que le havia leído, pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, qué donde llevaba determinado su viage? Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las Justas del Arnés que en aquella Ciudad suelen hacerse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva Historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se havia hallado

do en ella en una Sortija: falta de invencion, pobreza de letras, pobrissima de libréas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza; y assi sacaré à la plaza del mundo la mentira de esse Historiador moderno, y echarán de vér las gentes, como yo no soy el Don Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo Don Geronymo; y otras Justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Assi lo pienso hacer, dixo Don Quixote, y vuestras mercedes me dén licencia (pues ya es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y á mi tambien, dixo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à Don Juan, y à Don Geronymo admirados de vér la mezcla que havia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que descriuia su Author Aragonés. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique de otro aposento, se despidió de sus huespedes; pagó Sancho al Ventero magnificamente, y aconsejóle, que no alabasse mas la provision de su Venta, ó la tuviesse mas proveída.

CAPI-

CAPITULO LX.

De lo que sucedió à Don Quixote yendo à Barcelona.



ERa fresca la mañana, y daba muestras de serlo assimismo el dia en que Don Quixote salió de la Venta, informandose primero qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el daseo que tenia de sacar mentiroso à aquel nuevo Historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al

294 *Vida, y Hechos del ingenioso*
al cabo de los quales, yendo fuera de camino, ó le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele.) Aparearonse de sus bestias amo, y mozo, y acomodandose à los troncos de los arboles, Sancho, que havia merendado aquel dia se dexò entrar de rondòn por las puertas del sueño; pero Don Quixote, à quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos; antes iba, y venia con el pensamiento por mil generos de lugares: ya le parecia hallarse en la Cueva de Montesinos; ya ver brincar, y subir sobre su pollina à la convertida en Labradora Dulcinéa; ya que le sonaban en los ohidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que se havian de hacer, y tener en el desencanto de Dulcinéa: desesperabase de ver la floxedad, y caridad poca de Sancho su escudero, pues à lo que creia, solo cinco azotes se havia dado: numero desigual, y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibió tanta pesadumbre, y enojo, que hizo este discurso: Si nuda Gordiano cortò el Magno Alejandro, diciendo: Tanto monta cortar, como desatar, y no por esso dexò de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas, ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinéa, si yo azorasse à Sancho à pasar suyo: que si la

cón-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 295
condicion de este remedio està en que Sancho reciba los tres mil, y tantos azotes, que se me dà à mi que se los dê él, ó que se los dê otro, pues la substancia està en que él los reciba, lleguen por do llegaren: con esta imaginacion se llegó à Sancho, haviendo primero tomado las merendas de Rocinante, y acomodàndolas en modo que pudiesse azotarle con ellas comenzòle à quitar las cintas (que es opinion, que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los greguescos) pero apenas hubo llegado, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y dixo: Qué es esto? quien me toca, y desencanta? Yo soy, respondió Don Quixote, que vengo à suplir tus faltas, y à remediar mis trabajos; vengote à azotar, Sancho, y à descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinéa perece, tu vives en descuydo, yo muero desecando, y assi desatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes. E esso no, dixo Sancho, vuestra merced se esté quedo; sino por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos: los azotes à que yo me obligué, han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy à vuestra merced mi palabra de vapularme, y mosquearme quando en voluntad me viniere. No hay dexarlo à tu cortesia, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blan-

blando de carnes; y assi procuraba, y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo à su amo, se abrazó con él, à brazo partido, y echandole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba: pusole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las suyas de modo, que ni le dexaba rodear, ni alentar. Don Quixote le decia: Como traydor, con tu amo, y señor natural te desmandas? Con quien te da su pan te atreves? ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho, sino ayudome à mi, que soy mi señor: vuestra merced me prometa, que se estará quedo, y no tratará de azotarme por ahora, que yo le dexaré libre, y desembarazado, donde no, aqui morirás, traydor enemigo de Doña Sancha. Prometiósele Don Quixote, y juró por vida de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaría à su voluntad, y alvedrío el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos, y calzas: tembló de miedo, acudió à otro arbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando à Don Quixote, que le favoreciesse. Hizolo assi Don Quixote, y preguntandole, qué le havia sucedido, y de qué tenia miedo? Le respondió Sancho, que todos aque-

llos

los arboles estaban llenos de pies, y de piernas humanas. Tentólos Don Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser; y dióle à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos arboles están ahorcados, que por aqui los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy à entender, que debo de estar cerca de Barcelona: y assi era la verdad, como él lo havia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de Vandoleros. Ya en esto amanecia; y si los muertos los havian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta Vandoleros vivos, que de improviso los rodearon, diciendoles en lengua Cathalana, que estuviessen quedos, y se detuviessen hasta que llegasse su Capitán. Hallóse Don Quixote à pié, su cavallo sin freno, su lanza arrimada à un arbol, y finalmente sin defensiva alguna; y assi tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardandose para mejor sazon, y coyuntura. Acudieron los Vandoleros à espulgar al rucio, y à no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la malleta traia; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que havia sacado de su tierra:

y

y con todo esso aquella buena gente le escardá-
 ra, y le mirára hasta lo que entre el cuero, y
 la carne tuviera escondido, si no llegára en aque-
 lla sazón su Capitán, el qual mostró ser hasta
 de edad de treinta y quatro años, robusto, mas
 que de mediana proporción, de mirar grave,
 y color morenó: venia en un poderoso cavallo,
 vestida la acerada cota, y con quatro pistole-
 tes (que en aquella tierra se llaman pedreñales)
 à los dos lados; vió que sus escuderos (que assi
 llaman à los que andan en aquel exercicio)
 iban à despojar á Sancho Panza: mandóles, que
 no lo hiciessen, y fué luego obedecido; y assi
 se escapó la ventiera. Admiróle ver lanza arri-
 mada al arbol, escudo en el suelo, y á Don
 Quixote armado, y pensativo, con la mas tris-
 te, y melancolica figura, que podría formar
 la misma tristeza. Llegóse á él, diciendole: No
 esteis tan triste buen hombre, porque no ha-
 veis caído en las manos de algun cruel Ofirio,
 sino en las de Roque Guiñart, que tienen mas
 de compassivas que de rigurosas. No es mi-
 seria, respondió Don Quixote, haver caído
 en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no
 hay limites en la tierra, que la encierran, sino
 por haver sido tal mi descuydo, que me haya
 cogido tus Soldados sin el freno, estando yo
 obligado, segun el Orden de la Andante Ca-
 valleria que professo, á vivir continuo alerta
 siendo à todas horas centinela de mi mismo

por

porque te hago saber, (ó gran Roque) que si
 me halláran sobre mi cavallo con mi lanza, y
 con mi escudo, no les fuera muy facil rendir-
 me, porque yo soy Don Quixote de la Mancha,
 aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el
 Orbe. Luego Roque Guiñart conoció, que la
 enfermedad de Don Quixote tocaba mas en lo
 cura, que en valentia; y aunque algunas veces
 le havia ohido nombrar, nunca tuvo por ver-
 dad sus hechos, ni se pudo persuadir à que se-
 mejante humor reynasse en corazón de hombre,
 y holgóse en extremo de haverle encontrado,
 para tocar de cerca lo que de lexos de él havia
 oido; y assi le dixo: valeroso Cavallero, no
 os despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta
 en que os hallais, que podía ser, que en estos
 tropiezos vuestra torcida suerte se enderezasse,
 que el Cielo por estraños, y nunca vistos ro-
 deos (de los hombres no imaginados) suele le-
 vantar los caídos, y enriquecer los pobres. Ya le
 iba à dár las gracias Don Quixote, quando sin-
 tieron à sus espaldas un ruido como de tropél de
 cavallos, y no era sino uno solo, sobre el qual
 venia à toda furia un mancebo, al parecer hasta
 de veinte años, vestido de damasco verde, con
 passamanos de oro, greguescos, y saltambarca,
 con sombrero terciado á la valona, botas ence-
 radas, y justas, espuelas, daga, y espada do-
 radas, una escopeta pequeña en las manos, y
 las pistolas à los lados; al ruido bolvió Roque

li

la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á el, dixo: En tu busca venia yo vateroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé, que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Geronyma, hija de Simón Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que assimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando, y ya sabes, que este Torrellas tiene un hijo que Don Vicente Torrellas se llama, ó alomenos se llamaba no há dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoróme á harito de mi padre, por que no hay muger, por retirada que esté, y rancatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras passassemos adelante. Supe ayer que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva, que me turbó el sentido, y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el Lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vés; y apretando el passo á este cavallo, alcancé á Don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme á dár quejas, ni á ohir disculpas, le dispa-

esta escopeta, y por añadidura estas dos pisetas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas por donde, embuelta en su sangre, saliesse mi honra; allí lo dexo entre sus criados, que no osaron, ni pudieron ponerse en su defensa; vendio á buscarme para que me paces á Francia, donde tengo parientes con quien viva; y assimismo rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan á tomar en el desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardia, bizarría, buen talle, y sucesso de esta hermosa Claudia, la dixo: Ven señora, y vamos á vér si es muerto tu enemigo, que desque nos verémos lo que mas te importare. Don Quixote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia havia dicho, y lo que Roque Guisat respondió, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora, que lo como yo á mi cargo; denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo iré á buscar esse Cavallero, y muerto, ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nada dude esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues yo há muchas dias, que hizo casar á otro, que tambien negaba á otra doncella su palabra; y sin embargo no fuera porque los encantadores, que le periguen, le mudaron su verdadera figura en la de un Lacayo, esta fuera la hora, que ya la tal don-

cella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y mozo, no las entendió, y mandando à sus escuderos, que bolviesen à Sancho todo quanto le havian quitado del rucio, mandandoles assimismo, que se retirasen à la parte donde aquella noche havian estado alojados, luego se partió con Claudia à toda priessa à buscar à el herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontraron Claudia, y no hallaron en èl sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y dieronse à entender (como era la verdad) que debia de ser Don Vicente, à quien sus criados, ò muerto, ò vivo llevaban, ò para curarle, ò para enterrarle; dieronse priessa à alcanzarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogaba que le dexasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia, que mas adelante passasse. Arrojaronse de los cavallos Claudia, y Roque; llegaronse à èl, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en vér la de Don Vicente; y assi, entre enternecida, y rigurosa se llegó à èl, y assiendole de las manos, le dijo: Si tu me dieras estas conforme à nuestro concierto, nunca tu te vieras en este passo. Abrieron

los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, la dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tu has sido la que me has muerto: pena no merecida, ni desobida à mis deseos, con los quales ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego, no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondió Don Vicente, mà mala fortuna te debió de llevar essas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para assegurar parte de esta verdad, aprieta la mano, y recíteme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte de el agravio, que me has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele à ella el corazon, de manera, que sobre la sangre, y pecho de Don Vicente se quedó desmayada, y à èl le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia que hacerse: acudieron los criados à buscar agua, que echarles en los rostros, y traxeronla, con que se los bañaron. Bolvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo Don Vicente; porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, haviendose enterado, que ya su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los Cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregandolos al viento: afeó sus

rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel, e inconsiderada muger, (decia) con qué facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos, à que desesperado fin conducís à quien os dá acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado de el talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes éran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayabase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guiñart ordenó à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba alli cerca, para que le diessen sepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irse à un Monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensaba acabar la vida, de otro mejor Esposo, y mas eterno acompañada. Alabósele Roque su buen proposito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañia Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo se despidió de él llorando. Los criados de Don

Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolvió à sus suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronima; pero qué mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles, y rigurosas de los zelos! Halló Roque Guiñart à sus escuderos en la parte donde les havia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Rocinante, haciendoles una platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, assi para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rustica, y desvaratada, no les entraba bien la platica de Don Quixote. Llegado que fué Roque, preguntó à Sancho Panza, si le havian buuelto, y restituído las alhajas, y presos que los suyos del rucio le havian quitado? Sancho respondió que si, sino que le faltaban tres tocadores que valian tres Ciudades. Qué es lo que dices, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Assi es, dixo Don Quixote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho por haverme los dado quien me los dió. Mandóselos bolver al punto Roque Guiñart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer alli delante de todos los vestidos, joyas, dineros, y todo aquello, que desde la ultima reparticion havian robado; y haciendo brevemente el tantéo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo à dineros, lo repartió por toda su compañia, con tanta le-

306 *Vida, y Hechos del ingenioso*
galidad, y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Si no se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mismos ladrones. Oyó lo un escudero, y arbolando el moche de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza à Sancho, si Roque Guisart no le diera voces que se detuviessen. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviesse. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos, para vér la gente que por ellos venia, y dar aviso à su Mayor de lo que passaba; y este dixo: Señor, no lexos de aqui por el camino que vá à Barcelona, vine un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: Has echado de vér si son de los que nos buscan, ò de los que nosotros buscamos? No sino de los que nosotros buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traedmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hicieronlo assi, y quedando solos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron à vér lo que los escuderos traían; y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote:

Nue-

Nueva manera de vida le debe de parecer al Señor Don Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucessos, y todos peligrosos: y no me maravillo que assi le parezca, porque realmente le confieso, que no hay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobresaltado, que el nuestro; à mi me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sossegados corazones: yo de mi natural soy compassivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio, que se me hizo, assi dá con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, à despecho, y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama à otro, y un pecado à otro pecado, hanse eslabonado las venganzas, de manera, que no solo las mias pero las ajenas tomo à mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él à puerto seguro. Admirado quedó Don Quixote de oír hablar à Roque tan buenas, y concertadas razones; por que él se pensaba, que entre los de oficios semejantes de robar, matar, y saltar, no podia haver alguno que tuviesse buen discurso. Y respondióle: Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en que- rer tomar el enfermo las medicinas que el Médico le ordena; vuestra merced esta enfermo,

co-

conoce su dolencia, y el Cielo, ò Dios (por mejor decir) que es nuestro Medico, le aplicará medicinas, que le sanen, las quales suelen sanar poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse, que los simples; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen animo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si vuestra merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, venga conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero Andante, donde se pasan tantos trabajos, y desventuras, que tomandolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el Cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quixote, à quien (mudando platica) contó el traxico successo de Claudia Geronyma, de que le pesó en el extremo à Sancho, que no le havia parecido mala la belleza, desemboltura, y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos Peregrinos à pié, y un coche de mugeres, con hasta seis criados, que à pié, y à cavallo los acompañaban, con otros dos mozos de mulas, que los Cavalleros traían. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando, vencidos, y vencidos, gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse; el qual preguntó à los Cavalleros, qué quien eran, y donde iban, y

qué

qué dinero llevaban? uno de ellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española: tenemos nuestras Companias en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro Galeras, que dicen están en Barcelona, con orden de passar à Sicilia: llevamos hasta doscientos, ò trescientos escudos, con que à nuestro parecer, vamos ricos, y contentos, pues la estrechez ordinaria de los Soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque à los Peregrinos lo mismo que à los Capitanes. Fuele respondido, que iban à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien quien iban en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de à cavallo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaría de Napoles, con una hija pequeña, una doncella, y una dueña, son las que van en el coche; acompañamosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo dixo Roque Guinart, que ya tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta reales: mis Soldados deben de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe à cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron afigirse los Capitanes, entristeciése la señora Regenta, y no se hol-

holgaron nada los Peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Tuvo los assi un rato sus pensamientos; pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que ya se podia conocer à tiro de arcabúz; y bolviendose à los Capitanes, dijo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta, y luego pueden irse ir su camino libre, y desembarazadamente con un salvo conducto, que yo les daré, para que si toparen otras de algunas Esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à Soldado, ni à muger alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas, y muchas de las razones con que los Capitanes agradecieron à Roque su cortesía, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies, y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdon del agravio, que le havia forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la Regenta à un criado suyo que dicesse luego los ochenta escudos que le haviam repartido; y ya los Capitanes haviam desembolsado los sesenta. Iban los Peregrinos à dár toda

miseria, pero Roque dixo, que se estuviessen quietos: y bolviendose à los suyos, les dixo: De estos escudos dos tocan à cada uno, y sobrante, los diez se dén à estos Peregrinos; y los otros diez à este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura; y trayendole adelante de escribir de que siempre andaba proveido, Roque les dió por escrito un salvo conducto para los mayores de sus Esquadras; y despidiendose de ellos los dexó ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendo mas por honor, y estraño proceder, teniendo mas por honor, que por el de un Alejandro Magno, que por el de un ladrón conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Cathalana: Este nuestro Capitan, mas es para ser Frade, que para Vandolero: Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sealo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan pasado el desventurado, que dexasse de oírlo Roque, el qual, echando mano à la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciendole: de esta manera castigo yo à los deslenguados, y a los rebeldes. Pasmaronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le debian. Apartóse Roque à una parte, y escribió una carta à un su amigo à Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero Andante, de quien tantas cosas se decian; y que se hacia saber, que era el mas gracioso, y el mas

312 *Vida, y Hechos del ingenioso*
 entendido hombre de el mundo; y que de allí á
 quatro dias, que era el de San Juan Bautista,
 se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad,
 armado de todas sus armas, sobre Rocinante
 su cavallo, y á su escudero Sancho sobre un
 asno, y que diese noticia de esto á sus amigos
 los Niarros, para que con él se solozassen, que
 él quisiera que carecieran de este gusto los Ca-
 dellos sus contrarios; pero que esto era impos-
 sible, á causa que las locuras, y discreciones
 de Don Quixote, y los donayres de su escu-
 dero Sancho Panza, no podian dexar de dar
 gusto general á todo el mundo. Despachó estas
 cartas con uno de sus escuderos, que mudando
 el traje de Vandolero en el de un Labrador
 entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPITULO LXI.

*De lo que sucedió á Don Quixote en la entrada
 de Barcelona, con otras, que tienen mas de
 lo verdadero, que de lo
 discreto.*

TRes dias, y tres noches estuvo Don Quixote
 con Roque, y si estuviera trescientos
 años, no le faltara que mirar, y admirar en el
 modo de su vida; aqui amanecian, acullá co-
 mian; unas veces huían sin saber de quien, y
 otras esperaban sin saber á quien. Dormian en

pié,

D Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 313
 interrumpiendo el sueño, mudandose de
 lugar á otro. Todo era poner espías, escu-
 char centinelas, soplar las cuerdas de los arca-
 buces, aunque traían pocos, porque todos se
 servian de pedreñales. Roque passaba las noches
 apartado de los suyos, en partes, y lugares don-
 de ellos no pudiesen saber donde estaba; por-
 que los muchos vandos, que el Visorrey de
 Barcelona havia echado sobre su vida, le traian
 inquieto, y temeroso, no se ossaba fiar de nin-
 gueno, temiendo, que los mismos suyos, ó le
 havian de matar, ó entregar á la Justicia: vi-
 va por cierto miserable, y enfadosa. En fin,
 por ciertos desusados, por atajos, y sendas
 encubiertas partieron Roque, Don Quixote, y
 Sancho, con otros seis escuderos á Barcelona.
 Llegaron á su playa vispera de San Juan en la
 noche, y abrazando Roque á Don Quixote, y á
 Sancho, á quien dió los diez escudos prometi-
 dos, que hasta entonces no se los havia dado,
 los dexó, con mil ofrecimientos, que de la una
 y la otra parte se hicieron. Bolvióse Roque, y
 quedóse Don Quixote esperando el dia assi á ca-
 vallo como estaba; y no tardó mucho quando
 comenzó á descubrirse por los balcones de el
 Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando
 las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el ohi-
 do, aunque al mismo instante alegraron tam-
 bien el ohido al son de muchas chirimias, y
 tabalillos, ruido de cascabeles, trapa, tra-
 pa,

pa,

pa , aparta , aparta , de corredores , que al pa-
 recer de la Ciudad salian. Dió lugar la Aurora
 al Sol , que un rostro mayor, que el de una ro-
 dela por el mas baxo Orizonte , poco à poco
 se iba levantando. Tendieron Don Quixote,
 Sancho la vista por todas partes, vieron el mar
 hasta entonces de ellos no visto, parecióles es-
 paciosissimo, y largo, harto mas que las Lagu-
 nas de Ruidera , que en la Mancha havian vi-
 to. Vieron las Galeras, que estaban en la playa
 las quales abatiendo las Tiendas , se descubrie-
 ron llenas de flamulas , y gallardetes , que tre-
 molaban al viento, y besaban, y barrían el agua
 dentro sonaban Clarines , Trompetas , y Chiri-
 mias , que cerca , y lexos llenaban el ayre de
 suaves, y bellicosos acentos : comenzaron à mo-
 verse , y à hacer modo de escaramuza por la
 sossegadas aguas, correspondiendoles casi al mis-
 mo modo infinitos Cavalleros , que de la Ciu-
 dad sobre hermosos Cavallos , y con vistosas
 libréas salian. Los Soldados de las Galeras dis-
 paraban infinita Artilleria , à quien respondi-
 áron los que estaban en las Murallas , y fuertes de
 la Ciudad. La Artilleria gruesa, con espantoso
 estruendo rompía los vientos , à quien respon-
 dian los Cañones de cruxia de las Galeras. Era
 mar alegre, la tierra jocunda , el ayre claro,
 solo tal vez turbio del humo de la Artilleria,
 parece que iba infundiendo , y engendrando
 gusto subito en todas las gentes. No podia ima-

ginar

ginar Sancho Panza, cómo pudiessen tener tan-
 tos pies aquellos bultos, que por el mar se mo-
 van. En esto llegaron corriendo con grita, li-
 bra , y algazara los de las libréas , adonde Don
 Quixote de la Mancha suspenso, y atonito esta-
 ba; y uno de ellos , que era el avisado de Ro-
 que Guñart, dixo en alta voz à Don Quixote : Bien sea
 venido à nuestra Ciudad el espejo , el faról , la
 estrella , y el norte de toda la Cavalleria An-
 to. Viene , donde mas largamente se contiene. Bien
 sea venido , digo el valeroso Don Quixote de
 la Mancha; no el falso , no el ficticio , no el
 apocriфо , que en falsas Historias estos dias
 han mostrado, sino el verdadero , el legal,
 el fiel, que nos describió Cide Hamete Benen-
 sueli, flor de los Historiadores. No respondió
 Don Quixote palabra, ni los Cavalleros espe-
 saron à que les respondiesse, sino bolviendose, y
 bolviendose con los demás , que los seguian,
 comenzaron à hacer un rebuelto caracól al rede-
 dor de D. Quixote, el qual bolviendose à Sancho
 dixo : Estos bien nos han conocido; yo apostaré
 que han leído nuestra Historia, y aun la de el Ara-
 gonés, recién impresa. Bolvió otra vez el Cava-
 lero, que habló à D. Quixote, y dixole : Vues-
 tra merced, señor Don Quixote, se venga con
 nosotros, que todos somos sus servidores , y
 grandes amigos de Roque Guñart. A lo que Don
 Quixote respondió : Si cortesias engendran cor-
 tesias , la vuestra, señor Cavallero, es hija , e

pa-

pariente muy cercana de las de el gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad, que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Cavallero; y encerrandole todos en medio; al son de las Chirimias, y de los Atabales se encaminaron con él à la Ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos de ellos travessos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de aliagas, sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afrentado, acudió à quitar el plumage de la cola de su matelote, y Sancho el de su rucio. Quisieron, los que guiaban à Don Quixote, castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian: Bolvieron à subir Don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y música: llegaron à la casa de su guia, que era grande, y principal: en fin, como de Cavallero rico; donde le dexarémos por ahora, porque assi lo quiere Cide Hamete.

CA.

CAPITULO LXII.

De la aventura de la cabeza encantada; con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse.



Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quixote, Cavallero rico, y casareto, y amigo de holgarse à lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa à Don Quixote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacasse à plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pas-

Tom, IV.

X

su-

satiempos que valgan , si son con daño de ter-
 cero. Lo primero que hizo fué, hacer desarmar
 à Don Quixote, y sacarle á vistas con aquel su
 estrecho, y acamuzado vestido (como ya otras
 veces le hemos descrito, y pintado) á un bai-
 con, que salia á una calle de las mas prin-
 cipales de la Ciudad, á vista de las gentes,
 y de los muchachos, que como á Mona le mi-
 raban. Corrieron de nuevo delante de él los de
 las librías, como si para él solo (no para ale-
 grar aquel festivo día) se las huvieran puesto
 y Sancho estaba contentissimo, por parecerle
 que se havia hallado, sin saber como, ni como
 no, á otras bodas de Camacho, otra casa co-
 mó la de D. Diego de Miranda, y otro Castillo
 como el del Duque. Comieron aquel día con
 Don Antonio algunos de sus amigos, honran-
 do todos, y tratando á Don Quixote como
 Cavallero Andante; de lo qual, hueco, y pon-
 oso, no cabía en sí de contento. Los donay-
 res de Sancho fueron tantos, que de su boca
 andaban como colgados todos los criados de
 la casa, y todos quantos le oñian. Estando á
 la mesa, dixo Don Antonio á Sancho: Acá te
 nemos noticia, buen Sancho, que sois tan ami-
 go de manjar blanco, y de albondiguillas, que
 si os sobran, las guardais en el seno para el
 otro día. No señor, no es assi, respondió San-
 cho, engañado le han á vuestra merced, por-
 que tenga mas de limpio, que de goloso; y

mi señor Don Quixote, que está delante, sabe
 bien, que con un puño de bellotas, ù de nue-
 ces nos solemos passar entrambos ocho dias;
 verdad es, que si tal vez me sucede, que me
 den la baquilla, corro con la soguilla; quiero
 decir, que cómo lo que me dán, y uso de los
 tiempos como los hallo: y quien quiera que
 huviere dicho, que yo soy comedor aventaja-
 do, y no limpio, tengase por dicho, que no
 es cierta, y de otra manera dixera esto, si no
 mirára á las barbas honradas, que están á la
 casa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la
 parsimonia, y limpieza, con que Sancho co-
 me, se puede escribir, y gravar en laminas de
 bronce, para que quede en memoria eterna en
 los siglos venideros. Verdad es, que quando él
 tiene hambre, parece algo tragón, porque co-
 me apriessa, y masca á dos carrillos; pero la
 limpieza siempre la tiene en su punto: y en el
 tiempo, que fué Governador aprendió á comer
 lo melindroso, tanto, que comia con tene-
 dor las ubas, y aun los granos de la granada.
 Como, dixo Don Antonio, Governador ha si-
 do Sancho? Si, respondió Sancho, y de una
 isula llamada la Barataria, diez dias la gover-
 né á pedir de boca; en ellos perdí el sossiego,
 y aprendí à despreciar todos los Gobiernos del
 mundo: salí huyendo de ella, caí en una Cue-
 va, donde me tuve por muerto, de la qual salí
 yo por milagro. Contó Don Quixote por me-
 mi

nudo todo el suceso del Gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no havia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecer, de jaspe, que sobre un pié de lo mismo, se sostenia, sobre la qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, en los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Passeóse Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa; despues de lo qual, dixo: Ah señor Don Quixote, que estoy enterado, que no nos oye, ni escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuestra merced unas de las mas raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con confianza, que lo que á vuestra merced dixere, ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Assi lo juro, respondió Don Quixote, aun le echaré una losa encima para mas seguridad; pero quiero que sepa vuestra merced señor Don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene los oidos para ohir, no tiene lengua para hablar; assi que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el oido mio, y hacer cuenta, que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fee de essa prome-

sa, respondió Don Antonio, quiero poner á vuestra merced en admiracion con lo que viene, y oyere, y darne á mí algun alivio de la pena, que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de otros. Suspenso estaba Don Quixote, esperando en que havian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano Don Antonio, se le pasó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pié de jaspe, sobre que se sostenia; y luego dixo: esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por unos de los mayores encantadores, y hechiceros, que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de Nacion, y discipulo del famoso Escorillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza; que tiene propiedad, y virtud de responder á quantas cosas al oido le preguntáren: guardó rumbos, contó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente, la sacó con la perfeccion que vemos mañana, porque los Viernes está muda, hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver quan

poco tiempo havia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haverle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fueronse à la sala, donde los demás Cavalleros estaban. En este tiempo les havia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucessos, que à su amo havian acontecido. Aquella tarde sacaron à passear à Don Quixote, no armado sino de rua, vestido de valandrán de paño leonado, que pudiera sudar en aquel tiempo al mismo yelo: con sus criados, que entretuviessen à Don Quixote de modo, que no le dexassen salir de casa. Iba Don Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de passo llano, y muy aderezado; pusieronle el valandrán, y en las espaldas, sin que él lo viesse, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*. En comenzando el passeio, llevaba el rotulo de ojos de quantos venian à verle; y como leían *Esse es Don Quixote de la Mancha*, admiraban Don Quixote de vér, que quantos le miraban le nombraban, y conocian; y bolviendose Don Antonio, que iba à su lado, le dixo Grande es la prerrogativa, que encierra en la Andante Cavalleria, pues hace conocido famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra; sino mire vuestra merced, señores,

Don Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haverme visto, me conocen. Assi es, señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que assi como el fuego no puede estar escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por profession de las armas, resplandece, y cambrada sobre todas las otras. Acaeciò, pues, que quando Don Quixote con el aplauso que se hacia un muchacho, un Castellano, que leyó el rotulo de las espaldas, alzò la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: cómo, que hasta aqui has llegado sin haverte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican; sino, mirenlo por esos señores, que te acompañan. Bueltete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate de estas vaciedades, que te carcomen el seso, y te desnatan el entendimiento. Hermandad, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se halláre; y andad en hora mala, no os metais donde no os llaman. Par diez,

vuestra merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar este buen hombre, es dar coques contra el aguijón; pero con todo eso me dá gran lastima, que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mantecato, se le desague por la canal de su Andante Cavalleria: y la en hora mala, que vuestra merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viesse mas años que Matusalén, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero, y siguió adelante el passeio; pero fué tanta la priessa que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le huvo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volvieronse á casa, huvieron de Damas, porque la muger de Don Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa, y discreta, combidó á otras sus amigas á que viniessen á honrar á su huesped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, ornóse esplendidamente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas havia dos de gusto picaro, y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar, que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priessa en sacar á danzar á Don Quixote, que le molieron no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figura de Don Quixote, largo,

flaco,

flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desayudado, y sobre todo, no nada ligero: requedabanle como á hurto las damiselas; y él tambien como á hurto las desdafiaba; pero viendo apretar de requiebros, alzó la voz, y dixo: *Fugite partes adversæ*. Dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos: allá os venid, señoras con vuestros deseos, que la que es Reyna de los míos; la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente, que ningunos otros, que los suyos me avassallen, y rindan; y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molió, y quebrantado de tan baylandor exercicio. Hizo Don Antonio que le llevarassen en peso á su lecho, y el primero que salió de él fué Sancho, diciendo: Nora en tal señor nuestro amo, lo haveys baylado: pensáis, que todos los valientes son danzadores: y todos los Andantes Cavalleros baylarines? Digo, que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay, que se atreverá á matar á un Gigante, antes que hacer una cabriola, si huvierades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatéo como un Girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas, y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y salió con su amo en la cama, arropandole para que sudasse la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don

Qui-

Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que havian molido à Don Quixote en el bayle, que aquella noche se havian quedado con la muger de Don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza: contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia adonde se havia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aun si Don Antonio no se lo huviera descubierto primero à sus amigos, tambien ellos creyeron en la admiracion en que los demás creyeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oído, de la cabeza fué el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto, que de todos no fué entendida: Dime, cabeza por la virtud que en tí se encierra, qué pensamientos tengo yo ahora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta es la razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al rededor de la mesa no havia persona humana que responder pudiesse. Quantos estamos aqui? tornó à preguntar Don Antonio; y fuele respondido por el proprio tenor pasado: Estais tu, y tu

mu-

muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un Cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre: aqui si que fué el admirarse de nuevo; aqui si que fué alerizarse los cabellos, à todos de puro espanto; y apartandose Don Antonio de la cabeza, dixo: esto me basta para darme à entender, que no fué engañado del que te me vendió cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza responsable, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la muger de Don Antonio; y lo que la preguntó fué: Dime, cabeza, que haré yo para ser muy hermosa? Y fuele respondido: Sé muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegó luego la compañera, y dijo: Quería saber cabeza, si mi marido me quiere bien, ò no? Y respondieronla: Mira las obras que te hace, y echarlo has de vér. Apartase la casada, diciendo: Esta respuesta no tiene necesidad de pregunta: porque en efecto las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle: Quien soy yo? Y fuele respondido: Tu lo sabes. No te pregunto esso, respondió el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tu? Si

co-

conozco, respondió, que eres Don Pedro No-
riz. No quiero saber mas, pues esto basta para
entender (ò cabeza!) que lo sabes todo. Y
apartandose, llegó el otro amigo, y preguntó-
le: Dime, cabeza, que deseos tiene mi hijo el
Mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron,
que yo no juzgo de deseos, pero con todo esso
te sé decir, que los que tu hijo tiene son de
enterrarte. Esso es, dixo el Cavallero, lo que
veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no
pregunto mas. Llegóse la muger de Don Anto-
nio, y dixo: Yo no sé, cabeza, que pregun-
tarte, solo querria saber de tí, si gozaré mu-
chos años de buen marido? Y respondieronla:
Si gozarás, porque su salud, y su templanza en
el vivir prometen muchos años de vida, la qual
muchos suelen acortar por su destemplanza.
Llegóse luego Don Quixote, y dixo: Dime tu
el que respondes: Fué verdad, ò fué sueño lo
que yo cuento que me pasó en la Cueva de
Montesinos? Serán ciertos los azotes de Sancho
mi escudero? Tendrá efecto el desencanto de
Dulcinéa? A lo de la Cueva, respondieron,
hay mucho que decir; de todo tiene: los azo-
tes de Sancho irán despacio, el desencanto de
Dulcinéa llegará à debida execucion. No quie-
ro saber mas, dixo Don Quixote, que como yo
vea à Dulcinéa desencantada, haré cuenta que
vienen de golpe todas las venturas, que acer-
taré à desear. El ultimo preguntante fué San-
cho,

cho, y lo que preguntó fué: Por ventura, ca-
beza, tendré otro Gobierno: saldré de la estre-
chez de escudero: bolveré à ver mi muger, y
mis hijos? A lo que le respondieron: Governarás
en tu casa; y si buelves à ella, verás à tu
muger, y à tus hijos; y dexando de servir, dexarás
de ser escudero. Bueno par Dios, dixo
Sancho, esto yo me lo dixera, no dixera mas
el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote,
que quieres que te respondan? No basta,
que las respuestas que esta cabeza ha dado,
correspondan à lo que se le pregunta? Si basta,
respondió Sancho, pero quisiera yo, que se de-
clarara mas, y me dixera mas. Con esto se aca-
baron las preguntas, y respuestas; pero no se
acabó la admiracion en que todos quedaron,
excepto los dos amigos de Don Antonio, que
el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Be-
nengeli declarar luego, por no tener suspensio
al mundo, creyendo, que algun hechicero, y
extraordinario mysterio en la tal cabeza se
encerraba; y assi dice, que Don Antonio Mo-
reno, à imitacion de otra cabeza que vió en
Madrid, fabricado por un Estampero, hizo es-
te en su casa, para entretenerse, y suspen-
der à los ignorantes; y la fabrica era de esta suerte:
La tabla de la mesa era de palo, pintada, y
barnizada como jaspe; y el pié sobre que se
sostenia era de lo mismo, con quatro garras de
Aguila, que de él salian, para mayor firmeza
del

330 *Vida, y Hechos del ingenioso*
del peso. La cabeza, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas, ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pié de la tabla era assimismo hueco, que respondia à la garganta, y pechos de la cabeza; y todo esto venia à responder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se encaminaba un cañon de oja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponía el que havia de responder, pegada la boca con el mismo cañon; de modo, que à modo de serbatana iba la voz de arriba à baxo, y de abaxo arriba, en palabras articulares, y clarás; y de esta manera no era possible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo, y discreto, fué el respondiente: el qual estando avisado de su señor tio, de los que havian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta; à las demás respondió por congeturas, como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doce dias duró esta maravillosa maquina; pero que divulgandose por la Ciudad, que Don Antonio tenia en su

casa

D'Quixoté de la Mancha. P.II. Lib.VIII. 331
casa una cabeza encantada, que à quantos la preguntaban respondia, temiendo no llegasse à los ohidos de las despiertas Centinelas de nuevos Fé, haviendo declarado el caso à los señores Inquisidores, le mandaron, que la deshiciese, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse; pero en la opinion de Don Quixote, y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada, y por respuesta, mas à satisfaccion de Don Quixote, que de Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad, por complacer à Don Antonio, y por agasajar à Don Quixote, y dár lugar à que descubriesse sus andeces, ordenaron de correr Sortija de allí à seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana à Don Quixote de passear la Ciudad à la llana, y à pié, temiendo, que si iba à cavallo le havian de perseguir los muchachos; y assi él, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le dió, salieron à pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle alzó los ojos Don Quixote, y vió escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aqui se imprimen libros*, de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no havia visto Imprenta alguna, y deseaba saber como se hiciesse. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; finalmente, toda aquella maquina, que en las

ma-

Imprentas grandes se muestra. Llegabasse Don Quixote à un caxon, y preguntaba, qué era aquello que allí se hacia? Dabanle cuenta los oficiales, admirabase, y passaba adelante. Llegó entre otros à uno, y preguntóle, qué era lo que hacia? El oficial le respondió: Señor, este Cavallero que aqui está (y enseñóle à un hombre de muy buen talle, y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un Libro de Toscana en nuestra lengua Castellana, y estoyle componiendo para darle à la estampa. Qué titulo tiene el Libro? preguntó Don Quixote. Al que el Autor respondió: Señor, el Libro en Toscano se llama, *L' Bagatele*. Y que responde *L' Bagatele* en nuestro Castellano? preguntó Don Quixote. *L' Bagatele*, dixo el Autor, es como si en Castellano dixesemos los juguetes, y aunque este Libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en sí cosas muy buenas, y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sé algo tanto de Toscano, y me precio de cantar algunas Estancias del Ariosto; pero dígame vuestra merced señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en escritura alguna vez nombrar piñata? Si muchas veces, respondió el Autor. Y como traduce vuestra merced en Castellano? preguntó Don Quixote. Cómo le havia de traducir replicó el Autor, sino diciendo holla. Cuen-

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 333
 tal, dixo Don Quixote, y que adelante está vuestra merced en el Toscano Idioma: yo aposaré una buena puesta, que adonde diga en el Toscano piache, dice vuestra merced en la Castellana no me place; y adonde diga piu, dice vos, y el su, declara con arriba, y el guiu, con abaxo. Si declaro, por cierto, dixo el Autor, porque essas son sus propias correspondencias. Ossaré yo jurar, dixo Don Quixote, que yo es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos; qué de habilidades hay perdidas por aí, qué de ingenios arrinconados, qué de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reinas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el reverso que aunque se vén las figuras, son llenas de hilos, que las obscurecen, y no se vén con claridad, y téz de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera de esta cuenta van los famosos Traductores; el uno el Doctor Christoval de Figueroa en su *Pastor Fido*; y el

334 *Vida y Hechos del ingenioso*
otro Don Juan de Xauregui, en su *Aminta*, don-
de felizmente ponen en duda, qual es la tra-
duccion, ò qual el original. Pero digame vues-
tra merced, este Libro imprimese por su cuen-
ta, ò tiene ya vendido el Privilegio à algun Li-
brero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el
Author, y pienso ganar mil ducados, por lo
menos con esta primera impression, que ha de
ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar
à seis reales cada uno en daca las pajas. Bien
está vuestra merced en la cuenta, respondió
Don Quixote: bien parece que no sabe las en-
tradadas, y salidas de los Impressores, y las cor-
respondencias que hay de unos à otros; yo le
prometo, que quando se vea cargado de dos
mil cuerpos de Libros, vea tan molido su cuer-
po, que se espante, y mas si el libro es un poco
aviesso, y no nada picante. Pues qué, dixo el
Author, quiere vuestra merced, que se lo dé
un Librero, que me dé por el privilegio tra-
maravedis, y aun piensa, que me hace merced
en darmelos? Yo no imprimo mis libros para
alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy
conocido por mis Obras: provecho quiero, que
sin él no vale un quattrin la buena fama. Dí-
le dé à vuestra merced buena manderecha, res-
pondió Don Quixote, y passó adelante à otro
caxon, donde vió, que estaban corrigiendo un
pliego de un Libro, que se intitulaba: *Luz de*
Alma; y en viéndole dixo: Estos tales Libros

aun-

D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VIII. 335
aunque hay muchos de este genero, son los que
deben imprimir, porque son muchos los pe-
cadores que los usan, y son menester infinitas
coples para tantos desalumbrados. Passó adelan-
te, vió, que assimismo estaban corrigiendo
otro libro, y preguntó su titulo, le respon-
dieron, que se llamaba la *Segunda Parte del*
ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha,
compuesta por un tal vecino de Tordecillas.
Yo tengo noticia de este Libro, dixo Don
Quixote, y en verdad, y en mi conciencia, que
pensé que ya estaba quemado, y hecho polvos
por impertinente; pero su San Martin se le lle-
gará como à cada puerco, que las Historias
ingidas tanto tienen de buenas, y deleytables,
quanto se llegan à la verdad, ò la semejanza
de ella; y las verdaderas tanto son mejores,
quanto son más verdaderas; y diciendo esto,
con muestras de algun despecho se salió de la
imprenta, y aquel mismo dia ordenó Don An-
tonio de llevarle à vér las Galeras, que en la
cayá estaban, de que Sancho se regocijó mu-
cho, à causa, que en su vida las havia visto.
Vió Don Antonio al Quatralvo de las Gale-
ras, como aquella tarde havia de llevar à ver-
de à su huesped el famoso Don Quixote de la
Mancha, de quien ya el Quatralvo, y todos
los vecinos de la Ciudad tenían noticia; y lo
que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente
capitulo.

Y 2

CA-

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino à Sancho Panza con la visita de las Galeras ; y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

Grandes eran los discursos , que Don Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza , sin que ninguno de ellos diesen en el embuste , y todos paraban con la promesa , que él tuvo por cierto , de el desencanto de Dulcinéa ; allí iba , y venia , y se alegraba entre sí mismo , creyendo que havia de vér presto su cumplimiento ; y Sancho , aunque no recia el ser Governador , como queda todavía deseaba bolver á mandar , y à ser mandado : que esta mala aventura trae consigo un mando , aunque sea de burlas. En resolución aquella tarde Don Antonio Moreno , su padrino , y sus dos amigos , con Don Quixote , Sancho , fueron à las Galeras. El Quatralvo que estava avisado de su buena venida , por à los dos famosos Don Quixote , y Sancho apenas llegaron à la Marina , quando todas las Galeras abatieron tienda , y sonaron las chirimias , arrojaron luego el esquife al agua , bierto de ricos tapetes y de almohadas de ciopelo carmesí , y en viendo , que

pies en el Don Quixote , disparó la Capitana el cañon de cruzia , y tambien las otras Galeras hicieron lo mismo ; y al subir Don Quixote por la escala derecha , toda la Chusma le saludó como es usanza quando una persona principal entra en la Galera , diciendo : Hu , hu , hu , tres veces ; dióle la mano el General , que con este nombre llamaremos , que era un principal Capitan Valenciano ; abrazó à Don Quixote , diciendo : Este dia señalaré yo con piedra blanca , por ser uno de los mejores , que pienso llevar en mi vida , habiendo visto al señor Don Quixote de la Mancha , tiempo , y señal que nos muestra , que en él se encierra , y cifra todo el valor de la Andante Cavalleria. Con otras no menos cortesas razones le respondió Don Quixote , alegre sobre manera de verse tan à lo señor. Entraron todos en la popa , que estava muy bien aderezada , y sentados por los bandines ; passóse el Comitre en cruzia , y dió señal con el pito , que la Chusma hiciesse fuera ropa , que se hizo en un instante. Sancho , que vió tanta gente en cueros , quedó asombrado , y mas quando vió hacer tienda con tanta priessa , que à él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando ; pero esto todo fueron tortas , y pan pintado para lo que ahora está. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol , al espaldar de la mano derecha , el qual le avisado de lo que havia de hacer , asíó de San-

Sancho, y levantandole en los brazos, toda la Chusma puesta en pié, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fué dando, y bolteando sobre los brazos de la Chusma, de banco en banco, con tanta priessa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó, que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta borverle por la sinistrevanda à ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, jadeando, y trasudando, sin poder imaginar, qué fuesse lo que sucedido le havia. Don Quixote, que vió el buelo sin alas de Sancho, preguntó al General, que si eran ceremonias aquellas, que se usaban con los primeros que entraban en las Galeras; porque si acaso lo fuesen, él que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes exercicios; y que votaba à Dios, que si alguno llegaba à asirle para boltearle, que le havia de sacar el alma à puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pié, y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandissimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo. Pensó Sancho, que el Cielo se desencajaba de sus quicios, y venia à dar sobre su cabeza; y agoviandole lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quixote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió el color del rostro. La Chusma hizo subir la entena con la misma priessa, y ruido, que

ha-

avia amaynado; y todo esto callando, como no tuvieran voz, ni aliento: hizo señal el Comitre, que zarpassen el ferro: y saltando en multitud de la cruxia, con el corvacho, ò rebenque comenzó à mosquear las espaldas de la Chusma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho vió à una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los revandinos, dixo entre sí. Estas sí que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. Qué han hecho estos desdichados, que andan los azotan? y cómo este hombre solo, que anda por aquí silvando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Ahora yo digo, este es el Infierno, ó por lo menos el Purgatorio. Don Quixote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que passaba, le dixo: Ha, Sancho amigo, y con que brevedad, y quan à posar os podiades vos, si quisiessedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre dos señores, y acabar el desencanto de Dulcinéa, pues con la miseria, y penas de tan malos, no sintierades vos mucho la vuestra; y mas me podria ser, que el sabio Merlin tomasse en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os haviades de dar. Preguntar querria el General, qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinéa? quando dixo el Marinero: señal hace Monjuich de que hay Baxél de re-

mos

mos en la Costa, por la vanda de Poniente. Esto ohido, saltó el General en la cruxia, y dixo: Ea, hijos, no se nos vaya; algun Vergantín de Cosarios de Argél debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegaronse luego otras tres Galeras à la Capitana à saber lo que se les ordenaba. Mandó el General, que las saliesen à la Mar, y él con la otra iria tierra adentro, porque assi el Baxél no se les escaparia. Apretó la Chusma los remos, impeliendo las Galeras con tanta furia, que parecian que bolaban. Las que salieron à la mar, à obra de diez millas descubrieron un Baxél, que con la vista le marcaron por de hasta catorce, ò quince vancos, y assi era la verdad; el qual Baxél quando descubrió las Galeras se puso en caza con intencion, y esperanza de escaparse por su ligereza; pero abinole mal, porque la Capitana era de los mas ligeros Baxeles, que en la mar navegaban, y assi le fué entrando que claramente los de el Vergantín conocieron, que no podian escaparse; y assi el Arraéz quisiera que dexáran los remos, y se entregáran, por no irritar à enojo al Capitan, que nuestras Galeras regia; pero la suerte, que otra manera le guiaba, ordenò, que yá que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los de Baxél ohir las voces, que desde ella les decian que se rindiessen, dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos, que en el Vergan-

tin venian con otros doce, dispararon dos escopetas con que dieron muerte à dos Soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual, juró el General de no dexar con vida à todos quantos en el Baxél tomassen; llegando à embestir con toda furia, se le escapò por debaxo de la palamenta, passó la Galera adelante un buen trecho, los del Baxél se vieron perdidos, hicieron vela, en tanto que la Galera bolvia, y de nuevo à vela, y rebolvióse como se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como les dañó su atrevimiento: porque alcanzandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogió vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos Galeras, y todas quatro con la presa bolvieron à la Playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virrey de la Ciudad; mandó echar el esquife para traerle, y mandó amaynar la entena para ahorcar luego al Arraéz, y à los demás Turcos, que en el Baxél havia cogido, que serian hasta treinta y seis personas; todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntó el General, quien era el Arraéz del Vergantín? y fuele respondido por uno de los Cautivos en lengua Castellana: (que despues pareció ser renegado Español) este mancebo, señor, que aqui ves,

es nuestro Arraéz, y mostróle uno de los mas bellos, y gallardos mozos, que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: Dime, mal aconsejado perro, quien te movió á matarme mis Soldados, pues veías imposible el escaparte? Esse respeto se guarda á las Capitanas? No sabes tu, que no es valentia la temeridad? Las esperanzas dudosas hacen de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder querria el Arraéz, pero no pudo el General por entonces oír la respuesta, por acudir á recibir al Virrey, que ya entraba en la Galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas de el Pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondió el General qual la verá vuestra Excelencia ahorcada de esta entena. Como así? replicó el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, contra toda razon, y usanza de guarra, dos Soldados de los mejores, que en estas Galeras venian, y yo he jurado de ahorcar, á quantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el Arraéz del Bergantin, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos; y echado el cordél á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante una carta

de

de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte; y así le preguntó: Dime Arraéz, eres Turco de nacion, ó Moro, o Renegado? A lo que el mozo respondió en lengua assimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni Renegado. Pues qué eres? replicó el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, en tales passos, mas es cosa para admirarle, que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ó señores, la execucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilata vuestra ventura, en tanto que yo os cuenta mi vida. Quien fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oír las que el triste, y lastimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dicesse lo que quisiesse; pero que no esperasse alcanzar pardon, de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó á decir de esta manera: De aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, naçí, yo, de Moriscos Padres engendrada en la corriente de su desventura: Ni yo por dos tios míos llevada á Berberia, sin que me aprovechasse decir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catholicas: no me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta

ver-

verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion, para quedarme en la tierra donde havia nacido; y assi por fuerza, mas que por grado, me traxeron consigo: tuve una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano, ni mas, ni menos: mamé la Fé Catholica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas jamás, à mi parecer, di señales de ser Morisco. Al par, y al passo de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato, y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviesse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro Lugar otro suyo tiene: como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mi, como yo no muy ganada por él, sería largo contar, y mas en tiempo, que estoy temiendo que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordél, que me amenaza: y assi solo diré, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio: mezclóse con los Moriscos, que de otros Lugares salieron porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tios míos, que conmigo me traían; porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyó el primer Vando de nuestro destierro, se salió del Lugar, y se fue

buscar alguno en los Reyes estraños, que los acogiesse; dexó encerradas, y enterradas una parte, de quien yo sola tengo noticia muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandóme, que no tocasse al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso antes que el bolviesse nos desterraban. Hicelo assi, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados, passamos à Berberia, y el Lugar donde hicimos assiento fué en Argél, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué vendida. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dinero, y qué joyas traía? Dixele el Lugar, y que las joyas, y dineros quedaban en él enterradas, pero que con facilidad se podian cobrar, si yo misma bolviesse por ellos. Todo esto le dixé temerosa: que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, llegaron à decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos, que se podia imaginar: luego entendí, que lo decian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se desea atrás las mayores, que encarecer se pueden. Turbéme considerando el peligro, que Don Gregorio corría; porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas se tiene, y estima un mu-

chacho, ò mancebo hermoso, que una muger por bellissima que sea. Mandó luego el Rey, que se le traxessen allí delante para verle; preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian: entonces yo, casi como prevenido del Cielo le dixé, que si era; pero que hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexasse ir, para que de todo vestirse en su natural trage, para que de todo mostrasse su belleza, y con menos empujo pareciesse ante su presencia. Dixome, que fuesse en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener para yo bolviessse à España à sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre, vestile de Mora, y aquella misma tarde le trage à la presencia del Rey, el qual en viendole, quedó mirado, y hizo designio de guardarla, para hacer presencia de ella al Gran Señor; y por huir del peligro, que en el Serrallo de sus mugeres podia tener, y temer de si mismo, le mandó poner en casa de unas principales Moras, que la guardassen, y le sirviessen, adonde le llevaron luego: lo que los dos sentimos (que no puedo negar el que le quiero) se dexé à la consideracion de los que se apartan, si bien quieren. Dió luego traza el Rey de que yo bolviessse à España en este Vergantin, y que me acompañassen dos Turcos de Nacion, que fue-

ron

ron los que mataron vuestros Soldados: vino conmigo tambien este Renegado Español (señalando al que havia hablado primero) del qual sé yo bien, que es Christiano encubierto, que viene con mas deseo de quedarse en España, que de bolverse à Berberia, la demás lausma del Vergantin son Moros, y Turcos, que no sirven de mas, que vogar al remo: los Turcos codiciosos, é insolentes, sin guardar el orden que traímos, de que à mi, y à este Renegado en la primer parte de España, en habito de Christianos (de que venimos promedidos) nos echassen en tierra, primero quisiesen barrer esta Costa, y hacer alguna presa, si pudiessen; temiendo, que si primero nos echasen en tierra, por algun accidente que à los dos nos sucediessse, podriamos descubrir, que quedaba el Vergantin en la Mar; y si acaso huviessse Galeras por esta Costa, los tomassen: anoche descubrimos esta Playa, y sin tener noticia de las quatro Galeras, fuimos descubiertos, y ha sucedido lo que haveis visto. En resonacion, Don Gregorio queda en habito de muger, entre mugeres, con manifesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este, señor es el fin de esta lamentable Historia, tan verdadera, como es dicha: lo que os ruego es; que me dexeis decir como Christiana, pues (como ya he dicho)

cho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchas de los presentes estaban. El Virrey, tierno, y passivo, sin hablarla palabra se llegó à ella, la quitó con sus manos el cordél, que las mosas de la Mora ligaba. En tanto, pues, la Morisca Christiana su peregrina historia taba, tuvo clavados los ojos en ella un no peregrino, que entró en la Galera quando entró el Virrey, y apenas dió fin à su abrazo de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos, y suspiros, la dixo: O Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricoté, que bolvia à buscarte por no vivir sin ti, que eres mi alma! A cuyas bras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su passeio) y mirando al peregrino, con ser el mismo Ricoté, que topó el dia de su Gobierno, y confirmóse, que aquella su hija, la qual ya desatada abrazó à su padre mezclando sus lagrimas con las suyas, el dixo al General, y Virrey: Esta, señores, mi hija, mas desdichada en sus sucessos, en su nombre. Ana Felix se llama, con el brenombre de Ricoté, famosa, tanto por hermosura, como por mi riqueza; yo sali

pacria à buscar en Reynos estraños quien alvergasse, y recogiesse; y haviendole llamado en Alemania, bolvi en este habito de Peregrino, en compañía de otros Alemanes, à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas, que dexé escondidas: no hallé à mi hija, hallé el tesoro que conmigo traygo; y ahora por el estraño rodéo que haveis visto, he hallado el tosoro que mas me enriquece, que es à mi querida hija; si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mias, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas à la miserable Morisca, quando el se arrojó à sus pies, y usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho: Bien conozco à Ricoté, y que es verdad lo que dice, en quanto à ser Ana Felix su hija; que en essotras zarandajas ir, y venir, tener buena, ò mala intencion, me entrometo. Admirados del estraño caso de los presentes, el General dixo, una por una, vaestras lagrimas no me dexarán cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los dias de la vida, que os tiene determinado el cielo; y lleven la pena de su culpa los insolentes, y atrevidos que la cometieron; y mandó que los dos Soldados havian muerto; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcasse,

pues mas locura que valentia, havia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganzas à sangre helada. Procuraron luego dár traza de sacar à Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia: dieronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el Renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreció à bolver à Argél en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros Christianos, porque él sabia donde, como, y quando podia, y debia desembarcar, y assimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspár quedaba. Dudaron el General, y el Virrey el fiarse del Renegado, ni confiar de los Christianos, que havian de bogar el remo. Fióle Ana Felix, Ricote su padre dixo, que salia à dár el rescate de los Christianos, si acaso se perdiessen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el Virrey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo à la Morisca, y à su Padre, encargándole el Virrey, que los regalasse, y acariciasse todo quanto le fuesse possible, que de su parte ofrecia todo lo que en su casa huviesse para su regalo: tanta fué la benevolencia, y caridad, que la hermosura de.

Ana Felix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIV.

De la aventura que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le havian sucedido.



A muger de Don Antonio Moreno, cuenta la Historia que recibió grandissimo contento de vér à Ana Felix en su casa; recibíola con mucho agrado, assi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como à campana tañida,

venian à verla. Dixo Don Quixote à Don Antonio que el paracer que havian tomado en la libertad de Don Gregorio , no era bueno , porque tenia mas de peligroso , que de conveniente ; y que seria mejor que le pusiessen à en Berberia con sus armas , y cavallo , que él sacaria à pesar de toda la Morisca , como havia hecho Don Gayferos à su esposa Melisendra. Advierta vuestra merced , dixo Sancho , oyendo esto , que el señor Don Gayferos sacó à su esposa de tierra firme , y la llevó à Francia ; pero aqui , si acaso sacamos à Don Gregorio , no tenemos por donde traerle à España , pues está la mar en medio. Para todo ha remedio , sino es para la muerte , respondió Don Quixote , pues llegando el Barco à la Mar , nos podremos embarcar en él , aunque el mundo lo impida. Muy bien lo pinta , facilita vuestra merced , dixo Sancho ; pero dicho al hecho hay gran trecho ; y yo me atengo al Renegado , que me parece muy hombre de bien , y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo , que si el Renegado no saliesse del caso , se tomaría el expediente de que el gran Don Quixote passasse à Berberia. De allí à dos dias partió el Renegado en un ligero barco de seis remos , por vanda , armado de valentissima Chusma ; y de allí à otros dos se partieron las Galeras à Levante , habiendo pedido el General al Visorrey fuesse servido de avisarle

lo que sucediesse en la libertad de Don Gregorio , y en el caso de Ana Felix : quedó el Visorrey de hacerlo assi como se lo pedia. Y una mañana saliendo Don Quixote à passarse por Playa , armado de todas sus armas , porque como muchas veces decia , ellas eran sus arreos , su descanso el pelear , y no se hallaba sin un punto , vió venir àcia él un Cavallero , armado assimismo de punto en blanco , que en el escudo traía pintada una Luna resplandeciente ; el qual , llegando à trecho que podia ser oido , en altas voces , encaminando sus razones à Don Quixote , dixo : *Insigne Cavallero , y como se debe , alabado Don Quixote de la Mancha , yo soy el Cavallero de la blanca Luna , cuyas inauditas hazañas , quizá te harán traído à la memoria : vengo à contender contigo , y á probar la fuerza de tus brazos , para razon de hacerte conocer , y confessar , que sea quien fuere , es , sin comparacion , mas hermosa , que tu Dulcinéa de el Toboso ; la qual verdad , si tu la confessas de llano en llano , escusarás tu muerte , y el trabajo , que yo te de tomar en dartela ; y si tu peleares , y yo venciere , no quiero otra satisfaccion , sino que dexando las armas , y absteniendote de buscar aventuras , te recojas , y retires à tu Lugar por tiempo de un año , donde has de vivir en echar mano à la espada , en paz tranquila , y provechoso sossiego , porque assi conviene al*

aumento de tu hacienda, y à la salvacion de tu alma; y si tu me vencieres, quedará à tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas, y cavallo, y passará à la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te está mejor, y respondeme luego, porque hoy todo el dia tengo de termino para despachar este negocio. Don Quixote quedò suspenso, y un rato, assi de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la causa por qué le desafiaba; y con reposo, y ademán severo le respondió: Cavallero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado à mi noticia, yo osaré jurar, que jamás haveis visto à la ilustre Dulcinéa, que si visto la huvieredes, yo sé que procurarades no ponerlos en essa demanda, porque su vista os desengañara de que no ha havido, ni puede haver belleza, que con la suya compararse pueda; y assi, no diciéndolos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que haveis referido, aceto vuestro desafio, y luego, porque no se passe el dia, que traeis determinado; y solo excepto de las condiciones la de que se passe mi la fama de vuestras hazañas, porque no sé quales, ni qué tales sean; con las mias me contento, tales quales ellas son; tomad, pues, la parte del campo que quisieredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Havian descubierto de la

Ciu-

Ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y diólo al Virrey, que estaba hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorrey, creyendo sería alguna nueva aventura, fabricada por Don Antonio Moreno, ó por otro algun Cavallero de la Ciudad, salió luego à la Playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros, que le acompañaban, à tiempo, y quando que Don Quixote bolvia las riendas à Romania para tomar de el campo lo necessario. Viendo, pues, el Visorrey, que daban los dos señales de bolverse à encontrar, se puso enmedio, preguntandoles, que era la causa que les movia, à hacer tan de improviso batalla? El Cavallero de la blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dixo las mismas, que havia dicho à Don Quixote, con la aceptacion de las condiciones del desafio, hechas por entrambas partes. Llegòse el Visorrey à Don Antonio, y preguntòle passo: Si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ó si era alguna burla, que querian hacer à Don Quixote? Don Antonio le respondió, que ni sabia quien era, ni si era de burlas; ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey, en si le dexaria, ò no passar adelante en la batalla; pero no pudiendose persuadir à que fuesse sino burla, se apartò diciendo: Señores Cavalleros, si aqui no hay otro remedio sino confessar, o

mo-

356 *Vida, y Hechos del ingenioso*
morir, y el Señor Don Quixote está en sus trece, y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense. Agradeció el de la blanca Luna, con cortesas, y discretas razones, al Visorrey la licencia que se les daba, y Don Quixote hizo lo mismo; el qual, encomendandose al Cielo de todo corazón, y á su Dulcinéa, (como tenia de costumbre al comenzar de las Batallas que se le ofrecian) tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió, que su contrario hacia lo mismo; y sin tocar trompeta, ni otro instrumento belico, que les dicsse señal de arremeter, bolvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegó á Don Quixote á dos tercios adelantados de la carrera, y alli le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarlo con la lanza, que la levantó, al parecer de proposito, que dió con Rocinante, y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caída; fué luego sobre él, y poniendole la lanza sobre la visera, le dixo: Vencido sois, Cavallero; y aun muerto, si no confessais las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote, molido, y aturdido, sin alzarse de la visera, como si hablára dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma dixo: Dulcinéa del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defrauda

de

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 357
de esta verdad; apricta Cavallero, la lanza, quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esso no haré yo por cierto, dixo el de la blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinéa del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire á su Lugar un año, hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron assimismo, que Don Quixote respondió, que como no le pidiesse cosa, que fuesse en perjuicio de Dulcinéa, todo lo demás cumpliria, como Cavallero, puntual, y verdadero. Hecha esta confession, bolvió las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la capa, al Visorrey, á medio galope se entró en la Ciudad. Mandó el Visorrey á Don Antonio, que fuesse tras él, y que en todas maneras descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho todo triste, todo apesarado, no sabia que decirse, ni qué hacerse; parecia, que todo aquel suceso passaba en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento; veia á su señor rennido, y obligado á no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas

obs-

obscurificada, las esperanzas de sus nuevas promessas desechas, como se deshace el humo con el viento; temia si quedaria, ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura, si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorrey, le llevaron á la Ciudad; y el Visorrey se bolvió tambien á ella, con deseo de saber quien fuesse el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante havia dexado á Don Quixote.

CAPITULO LXV.

Donde se dá noticia quien era el Cavallero de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio; y de otros sucessos.

Siguio Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y signieronle tambien, y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un Meson dentro de la Ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recibirle, y á desarmarle: se encerró en una sala baxa, y con Don Antonio, que no se le cocía el pan hasta saber quien fuesse. Viendo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexaba, dixo: Bien sé, señor, á lo que venís, que es saber quien soy, y porque no hay para qué ne-

ga-

garoslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré sin faltar un punto á la verdad del caso: Sabed, señor, que á mi me llaman el Bachillér Sansón Carrasco, soy del mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandéz mueve á que le tengamos lastima quanto le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo, que está su salud en su reposo, y en que esté en su tierra, y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y assi havrá tres meses, que le salió al camino como Cavallero Andante, llamandome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedasse á discrecion de el vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido) era, que se bolviese á su Lugar, y que no saliesse de él en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mi, y me derribó del caballo, y assi no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me bolví vencido, corrido, y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle, y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las Ordenes de la Andante Cavalleria, sin duda alguna guardará la que le he dado, en

cum-

cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que passa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplicoos no me descubrais, ni le digais á Don Quixote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y buelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonissimo, como le dexen las sandeces de la Cavalleria. O señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio, que haveis hecho á todo el mundo en querer bolver á cuerdo al mas gracioso loco, que hay en él! No veis, señor, que no podrá llegar el provecho, que cause la cordura de Don Quixote, á lo que llega el gusto, que dá con sus desvarios? Pero yo imaginó, que toda la industria del señor Bachillero no ha de ser parte para bolver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuesse contra caridad, diria, que nunca sane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera de ellas puede bolver á alegrar á la misma melancolía: con todo esto callaré, y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco; el qual respondió, que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y haviendose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandasse, se despidió de él: y hecho liar sus armas sobre un

ma-

macho, luego al mismo punto sobre el cavallo con que entró en la batalla, se salió de la Ciudad aquel mismo dia, y se bolvió á su patria, sin sucederle cosa, que obligue á contarla en esta verdadera Historia. Conto Don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le havia contado, de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto, porque en el reconocimiento de Don Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos, que de sus locuras tuviessen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho, marido, triste, pensativo, y mal acondicionado, y viniendo con la imaginacion en el dichado suceso de su vencimiento. Consolábase Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vuestra merced la cabeza, y alegrese, si puede, y dé gracias al Cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe, que donde las dán las toman, y que no siempre hay tocios donde hay estacas, dé una higa al Medico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad; bolvamonos á nuestra casa, dexémonos de andar buscando aventuras por tierras, y Lugares, que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdicioso, aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo que dexé con el Gobierno los deseos de ser Governador, no dexé la gana de ser Conde, que jamás tendrá efecto, si vuestra merced

dexa

dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su oficio, y porrazos, no hay tomarlas tiento al Cavalleria; y assi vien en bolverse en humo; pues el que hoy cae, puede levantarse mis esperanzas. Callá Sancho, pues vé, que mañana, sino es que se quiera estar en la cama; mi resolucio, y retirada no ha de pasar de un año, que luego bolverè à mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane; y algun Condado que darte. Dios lo oiga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza, que ruín possessio. En esto estaba quando entrò Don Antonio, diciendo, con muestras de grandissimo contento: Albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el Renegado, que fué por él, está en la Playa que digo en la Playa? yá está en casa del Visorrey, y será aqui al momento. Alegròse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, que estoy por decir que me holgàra, que huviera sucedido todo al revès, porque me obligàra à passar en Berberia, donde, con la fuerza de un brazo, diera libertad, no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos hay en Berberia; pero qué digo, miserable, nõ soy yo el vencido? nõ soy yo el derribado? nõ soy yo el que no puedo tomar armas de un año? Pues qué prometo? de qué me alabo, si antes conviene usar de la rueca, que de la espada. Dexese de esso, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por hoy y mañana por mi; y en estas cosas de encuen-

Renegado la industria, y medio que tuvo para sacar à Don Gregorio; contó Don Gregorio peligos, y aprietos en que se havia visto las mugeres con quien havia quedado, no largo razonamiento, sino con breves palabras donde mostró, que su discrecion se adelantaba à sus años. Finalmente, Ricote pagò, y satisfizo liberalmente, assi al Renegado como à los que havian bogado el remo. Reincorporóse el Renegado con la Iglesia, y de nuevo bro podrido bolvió limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, que tendrian para que Ana Felix, y su padre dassen en España, pareciendoles no ser de conveniente alguno, que quedassen en ella: Don Antonio se ofreció venir à la Corte à negociarlo, donde havia de forzosamente à otros negocios, dando à entender, que en ella, por medio de el favor, y las dadivas, muchas cosas dificultosas se ban. No, dixo Ricote, que se hallò presente esta platica, hay que esperar en favores, ni dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien dió Magestad cargo de nuestra expulsion, no vale ruegos, ni promesas, no dadivas, no lastimas, porque aunque es verdad, que él mezcla la sericordia con la justicia, como él vé,

do el cuerpo de nuestra Nacion está contaminado, y podrido, usa con él antes de cauterio, que abrasa, que de unguento, que molifica; assi, con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con medios, que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros, à debida execucion, el peso de esta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes, y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Arroyos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga despues à brótar, y à echar frutos venenosos en España, yá limpia, yá desembarazada de sus temores en que nuestra muchedumbre la te-heroyca resolucion del gran Philipo Tercero, è inaudita prudencia en haverle encartado al tal Don Bernardino de Velasco. Una vez haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere ser-der, que en ella, por medio de el favor, y las dadivas, muchas cosas dificultosas se ban conmigo à consolar la pena, que sus padres deben tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ò en un Monasterio; y yo sé, que el señor Visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta que se negoció. El Visorrey consintió todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que passaba, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar à Doña Ana

Felix; pero teniendo intencion de ver à sus padres, y de dár traza de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió, que mas presto se pusiesse en camino. Huvo lagrimas, hubo suspiros, destuyos, y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco, que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quixote, y Sancho despues, como se ha dicho de Don Quixote desarmado, y de camino; Sancho à pié, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPITULO LXVI.

De lo que verá el que lo leyere, ò lo oiera el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona bolvió Don Quixote à mirar el sitio donde havia caído, y dijo: Aquí fué Troya: aquí mi desdicha, y mi cobardia se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas: aquí se obscurecieron mis hazañas aquí,

aquí, finalmente, cayó mi ventura, para jamás levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si quando era Governador estaba alegre, ahora que soy escudero de à pié, no estoy triste; porque he ohido decir, que esta que llaman por aí fortuna, es una muger borracha, anrojadiza, y sobre todo ciega, y assi no vé lo que hace, ni sabe à quien derriba, ni quien ensalza. Muy Filosofo estás, Sancho, respondió Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña; lo que te decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ò malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los Cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura: yo lo he sido de la mia, pero no con prudencia necesaria; y assi me han salido al gallardin mis presumpciones, pues debiera pensar, que al poderoso grandor del cavallo del Rey de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rocinante; atrevíme, en fin, hice lo que me dade, derribaronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra: quando era Cavallero Andante, prevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditaba mis hechos; ahora quan-

do soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mis promessas. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos à tener en nuestra tierra el año de noviciado, cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para bolver al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pié, que me mueva, è incita à hacer grandes jornadas. Dexemos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, harémos las jornadas como vuestra merced le pidiere, y midiere; que pensar que tengo de caminar à pié, y hacerlas grandes, en pensó en lo escusado. Bien has dicho Sancho, respondió Don Quixote, quelguense mis armas por trofeos, y al pié de ellas, ù al rededor de ellas gravaremos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito

*Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldán à prueba.*

Todo esso me parece de perlas, respondió Sancho; y sino fuera por la falta que para el camino nos havia de hacer Rocinante, tan bien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él, ni las armas, replicó Don Quixote, quiero que

ahor-

ahorquen; porque no se diga, que à buen servicio, mil galardón. Muy bien dice vuestra merced, respondió Sancho; porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar en la albarda: y pues de este suceso vuestra merced tiene la culpa, castiguese à si mismo, y no rebientan sus iras por las ya rotas, y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo, que caminen mas de lo justo. En estas razones, y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorbasse su camino: y al quinto dia, à la entrada de un Lugar, hallaron à la puerta de un Meson mucha gente que por ser Fiesta se estaba allí plazando. Quando llegaba à ellos Don Quixote, un Labrador alzó la voz, diciendo: Alguno de estos dos señores, que aqui vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra opuesta. Si diré, por cierto respondió Don Quixote, con toda rectitud, si es que alcanzo à entenderla. Es, pues, el caso, dijo el Labrador, señor bueno, que un vecino de este Lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafió à correr à otro su vecino, que no pesa mas que cinco; fué la condicion, que havian de correr una carrera de cien passos con pesos iguales; y haviendole preguntado al desafiador, cómo se havia de igualar el peso? dijo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas,

se

Quixote , adelantó el passo , y medio corriendo llegó à él ; y abrazandole por el muslo derecho , que no alcanzaba à mas , le dixo , con muestras de mucha alegría : O mi señor Don Quixote de la Mancha , y que gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque quando sepa , que vuestra merced buelve à Castilla , que todavia se está en él con mi señora la Duquesa. No os conozco , amigo , respondió Don Quixote , ni sé quien sois , si vos no me lo decís. Yo , señor Don Quixote , respondió Correo , soy Tosilos , el Lacayo del Duque señor , que nó quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodríguez. Valame Dios , dixo Don Quixote , es posible , que sois vos el que los encantadores , enemigos , transformaron en esse Lacayo que decís , por defraudarme de la honra de aquella batalla ? Calle , señor bueno , replicó el Cartero , que no huvo encanto alguno , ni mudanza de rostro ninguna ; tan Lacayo Tosilos entré en la estacada , como Tosilos Lacayo salí de ella ; yo pensé casarme sin pelear , por haverme acordado bien la moza ; pero sucedióme al revés de mi pensamiento , pues assi como vuestra merced se partió de nuestro Castillo , el Duque me hizo dár cien palos , por haver convido à las ordenanzas , que me tenia dado antes de entrar en la batalla , y todo ha parado en que la muchacha es ya Monja , y Doña R

driguez se ha buuelto à Castilla , y yo voy ahora à Barcelona à llevar un Pliego de Cartas al Virrey , que le embia mi amo. Si vuestra merced quiere un traguito , aunque caliente , puro , aqui llevo una calabaza llena de lo caro , con lo sé quantas ragitas de queso de tronchón , que servirá de llamativo , y despertador de la sed , si acaso está durmiendo. Quiero el combite , dixo Sancho , y eche el resto de la cortesía , y escansie el buen Tosilos à despecho , y pesar de quantos encantadores hay en las Indias. En fin , dixo Don Quixote , tu eres , Sancho , el mayor plotón del mundo , y el mayor ignorante de la tierra ; pues no te persuades , que este Correo es encantado , y este Tosilos contrahecho ; quedate con él , y hartate , que yo me iré adelante poco à poco , esperandote à que vengas. Rióse el Lacayo , y desembaynò su calabaza , debaralló sus rajás , y sacando un panecillo , él , y Sancho se sentaron sobre la yerva verde , y en buena paz , y compañía despavillaron , y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas , con tan buenos alientos , que lamieron el Pliego de las Cartas , solo porque oia à queso. Dixo Tosilos à Sancho : Sin duda este tu amo , Sancho amigo , debe de ser un loco. Cómo desbe , respondió Sancho , no debe nada à nadie , que todo lo paga , y mas quando la moneda es locura ; bien lo veo yo , y bien se lo digo à él , pero qué aprovecha , y mas ahora , que vá re-

374 *Vida, y Hechos del ingenioso*
matado, porque vá vencido de el Cavallero de
la blanca Luna. Rogóle Tosilos le contasse lo
que le havia sucedido; pero Sancho le respon-
dió, que era descortesía dexar, que su amo le
esperasse, que otro dia, si se encontrassen, ha-
vria lugar para ello; y levantandose despues
de haver sacado el sayo, y las migajas de
las barbas, antecogió al rucio, y diciendo, á
Dios, dexó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que
á la sombra de un arbol le estaba esperando.

CAPITULO LXVII.

*De la resolution que tomó Don Quixote de hacer
se Pastor, y seguir la vida del campo en
tanto que se passaba el año de su
promessa, con otros sucessos,
en verdad gustosos,
y buenos.*

SI muchos pensamientos fatigaban á Don Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaban despues de caído. A la sombra de un arbol estaba (como se ha dicho) y allí como moscas á la miel le acudian, y picaban pensamientos, unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que havia de hacer en forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la libertad, y condicion del Lacayo Tosilos. Es posible, que dixo Don Quixote, que todavia pienses, ó Sancho,

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 375
cho, que aquel sea verdadero Lacayo? Parece que se te ha ido de la mente haver visto á Dulcinea convertida, y transformada en Labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachillér Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen; pero dime ahora, preguntaste á esse Tosilos, qué dicen que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dexado yá en manos de el olvido los enamorados pensamientos, que en mi presencia la fatigaban? No eran respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diessen lugar á preguntar boverías. Cuerpo de mi, señor, está vuestra merced ahora en terminos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento; bien puede ser, que un Cavallero sea desamorado; pero puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido: quisome bien, al parecer Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldixome, vimpérome, quexóse á despecho en la vergüenza publicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones; yo no tuve esperanzas que me diera, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea; y los tesoros de los Cavalleros Andantes son como los de los

los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darte estos acuerdos, que de ella tengo, sin perjuicio; pero de los que tengo de Dulcinea, à quien tu agravias con la remission que tienes en azotarte, y en castigar estas carnes, que ven yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si vá à decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que vér con los desencantos de los encantados, que es como si dixesemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas; à lo menos yo osaré jurar, que en quantas Historias vuestra merced ha leído, que tratan de la Andante Cavalleria, no ha visto algun desencantado por azotes, pero por sí, ò por no, yo me los daré quando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los Cielos te dén gracia para que corras de ayudar à mi señora, que lo es tuyo, pues tu eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros, reconociendole Don Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado donde topamos à las bizarras Pastoras, y gallardos Pastores, que en él querían renovar, è imitar à la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo, como discreto, à cuyo

ini-

imitacion, si es que à tí te parece bien, querida, ò Sancho, que nos convirtiessemos en Pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido; yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas, que al pastoral exercicio son necessarias, y llamandome yo el Pastor Quixote, y tí el Pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos crystales de las fuentes, ò yá de los limpios arroyuelos, ò de los caudalosos rios: daránnos con abundantissima mano de su dulcissimo fruto las encinas, assiento los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, a pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el Amor conceptos, con que podremos hacernos eternos, y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas, que no la ha de haver aun bien visto el Bachillér Sansón Carrasco, y Maestre Nicolás el Barbero, quando la han de querer seguir, y hacerse Pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarse. Tu has dicho

bien,

378 *Vida, y Hechos del ingenioso*
bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse el
Bachillér Sansón Carrasco, si entra en el pasto-
ral gremio, (como entrará sin duda) el Pastor
Sansónino, ó ya el Pastor Carrascón: el Barbe-
ro Nicolas se podrá llamar Niculoso, como y
el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cura
no sé qué nombre le pongamos, sino es algún
derivativo de su nombre, llamandole el Pastor
Curiambro: las Pastoras, de quien hemos de
ser amantes, como entre peras podremos esco-
ger sus nombres; y pues el de mi señora que
dra así al de Pastora, como al de Princesa,
no hay para qué cansarme en buscar otro, que
mejor le venga: tú, Sancho, pondrás à la tu-
ya el que quisieres. No pienso, respondió San-
cho, ponerla otro, sino el de Teresona, que
la vendrá bien con su gordura, y con el pro-
prio que tiene, pues se llama Teresa; y mas
que celebrandola yo en mis versos, vengo
descubrir mis castos deseos, pues no ando
buscar pan de trarigo por las casas ajenas:
Cura no será bien que tenga Pastora, por dar
buen exemplo; y si quisiere el Bachiller tener-
la, su alma en su palma. Valame Dios, dixo
Don Quixote, y qué vida nos hemos de dar
Sancho amigo, qué de churumbelas han de
llegar à nuestros oídos, qué de Gaytas Zamo-
ranas, qué de Tamborines, y que de Sonajas
y qué de Rabelas; pues qué si de estas diferen-
cias de musica resuena la de los Albogues, allí
se

D. Quixote de la Mancha. P. III. Lib. VIII. 379
veran casi todos los instrumentos pastorales.
Qué son Albogues, preguntó Sancho, que
los he oído nombrar, ni los he visto en to-
da mi vida? Albogues son, respondió Don Qui-
xote, unas chapas à modo de candeleros de
zofar, que dando una con otra, por lo vacío
hueco, hace un son, si no muy agradable,
si harmonico, no descontenta, y viene bien
con la rusticidad de la Gayta, y de el Tambo-
rino; y este nombre Albogues en Morisco, co-
mo lo son todos aquellos, que en nuestra len-
guz Castellana comienzan en Al: conviene à
Alber, Almohaza, Almorzar, Alhombra, Al-
macil, Alucemo, Almacén, Alcancia, y otros
semejantes, que deben ser pocos mas, y solos
es tiene nuestra lengua, que son Moriscos los
quales acababan eni, y son Borsogui, Zaquiza-
y Maravedi: Alheli, y Alfaqui, tanto por
Al primero, como por el i, en que acaban,
son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho
por passo, por havermelo reducido à la memo-
ria la ocasion de haver nombrado Albogues; y
deanos de ayudar mucho à poner en perfeccion
este exercicio, el ser yo algun tanto poeta,
como tu sabes, y el serlo tambien en extremo
Bachillér Sansón Carrasco. Del Cura no digo
nada, pero yo apostaré, que debe de tener sus
cintas, y collares de Poeta: y que las tenga
tambien Maesse Nicolas, no dudo en ello, por-
que todos, ó los mas son Guitarristas, y Co-
ple-

380 *Vida, y Hechos del ingenioso*
pleros, yo me quejaré de ausencia, tu te alabarás de firme enamorado; el Pastor Carrascón desdeñado; y el Cura Curiambro, de lo que mas puede servirse; y assi andará la cosa, que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea: ó que polidas cucharas tengo hacer quando pastor me vea, qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas, y qué de zarandajas pastoriles, que puesto que no me granjeen fama de discreto, no dexarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija llevará la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y hay Pastores mas maliciosos, que simples, y no querría que fuesse por la lana, y bolviesses trasquilada; y tambien suele andar los amores, y los no buenos deseos por el campo, como por las Ciudades, y por las pastorales Chozas, como por los Reales Palacios; y quitada la causa, se quita el pecado; ojos que no vén, corazón que no quiebra; mas vale salto de mata, que ruego de hombre buenos. No mas refranes, Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dár à entender tu pensamiento, muchas veces te he aconsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas à mano en decirlos; pero pareceme, que es prodigar en desierto, y castigame mi madre, y y

trom-

trompogelas. Pareceme, respondió Sancho, que vuestra merced es como lo que dicen, dixo la sartén à la caldera, quitarte allà ojinegra: es como reprehendiendo, que no diga yo refranes, y encertales vuestra merced de dos en dos. Miraba, Sancho, respondió Don Quixote, yo traygo los refranes à proposito, y vienen, quando yo los digo, como anillo en el dedo; pero traes los tu tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias: y sino me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refrán, que no viene à proposito, antes es disparate, que sentencia; pero dexemonos de esto, pues ya viene la noche, retiremonos del camino Real algun trecho, donde passaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiraronse, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho, à quien se le representaban las estrechezas de la Andante Cavalleria, usadas en las selvas, y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los Caseríos, y Casas, assi de Don Diego de Miranida, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser possible ser siempre de día, ni siempre de noche, y assi passó aquella noche durmiendo, y su amo velando.

Tom. IV.

Bb

CA.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura, que aconteció
á Don Quixote.



ERa la noche algo obscura, puesto que
Luna estaba en el Cielo: pero no en parte
que pudiesse ser vista, que tal vez la señora
Diana se va á passar á los Antipodas, y dexa
los montes negros, y los valles oscuros. Cum-
pliò Don Quixote con la naturaleza, durmiendo
el primer sueño, sin dar lugar al segundo,
bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segun-
do,

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 383
do, porque le duraba el sueño desde la noche,
hasta la mañana, en que se mostraba su buena
complexion, y pocos cuydados; los de D. Qui-
xote le desvelaron de manera, que despertò á
Sancho, y le dixo: Maravillado estoy, Sancho,
de la libertad de tu condicion; yo imagino,
que eres hecho de marmol, ú duro bronce,
en quien no cabe movimiento, ni sentimiento
ninguno: yo velo quando tu duermes, yo lloro
quando tu cantas, yo me desmayo de ayuno
quando tu estás perererozo, y desalentado de pu-
ro harto: de buenos criados es con llevar las
penas de sus señores, y sentir sus sentimientos,
por el bien parecer siquiera; mira la serenidad
de esta noche, la soledad en que estamos, que
nos combida á entremeter alguna vigilia entre
nuestro sueño; levántate por tu vida, y desvia-
te algun trecho de aqui, y con buen animo, y
agradecido date trescientos, ó qua-
cientos azotes á buena cuenta de los del de-
dicante de Dulcinèa; y esto rogando te lo su-
plico, que no quiero venir contigo á los brazos,
como la otra vez, porque sé que los tienes por
ellos: despues que te hayas dado, passarémos
lo que resta de la noche, cantando yo mi au-
dacia, y tú, tu firmeza, dando desde ahora
principio al exercicio pastoral, que hemos de
hacer en nuestra Aldéa. Señor, respondió San-
cho, no soy yo Religioso, para que desde la
libertad de mi sueño me levante, y me discipli-
ne,

ne, ni menos me parece, que del extremo de dolor de los azotes se pueda passar al de la musica; vuestra merced me dexé dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida! ó escudero sin piedad! ó pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te he hecho, y pienso hacer! Por mi te has visto Gobernador, y por mi te ves con esperanzas próximas de ser Conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en passar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo esto, replicó Sancho, solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar, que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, y balanza, y peso que iguala al Pastor con el Rey, y al simple con el discreto: solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oído decir, y es, que se parece à la muerte, pues de un dormido, y un muerto hay muy poca diferencia. Nunca he oído hablar, Sancho, dixo Don Quixote tan elegantemente como ahora, por donde voy yo à conoçer ser verdad el refrán, que tu a-

gunas

mas veces sueles decir: No con quien naces, no con quien paces. Ha, pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien à vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que à mi, sino que debe de haver entre los míos, y los suyos esta diferencia, que los de vuestra merced vendrán à tiempo, y los míos deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban quando sintieron un sordo estruendo, y un aspero ruido, que por todos aquellos valles se estendia: levantóse en pié Don Quixote, y puso mano à la espada, y Sancho agazapó debaxo de el rucio, poniendose à los pies del lio de las armas, y la albarda de su juerga, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote: de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegandose cerca à los dos caminos (à lo menos el uno) que el otro ya sabe su valentia. Es, pues, el caso que llegaban unos hombres à vender en una Feria mas de seiscientos puercos, con los quales caminaban à aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oidos de Don Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia: llegó de tropél la estendida, y gruñidora pyra, y sin tener respeto à la autoridad de Don Quixote, à la de Sancho, passaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y

der-

terribando, no solo à Don Quixote, sino lle-
vando por añadidura à Rocinante; el tórpel,
grufir, y la presteza con que llegaron los ani-
males inmundos, puso en confusion y por el
suelo à la albarda, à las armas, al Rucio, à Ro-
cinante, à Sancho, y à Don Quixote: levantó
se Sancho como mejor pudo, y pidió à su amo
la espada, diciendole, que queria matar me-
dia docena de aquellos señores, y descomedir
dos puercos, que ya havia conocido, que le
eran. Don Quixote le dixo: dexolos estàr, ama-
go, que esta afrenta es pena de mi pecado; y
justo castigo de el Cielo es, que un Cavallero
Andante vencido le coman adivas, y le pique
avispas, y le hollen puercos. Tambien deve de
ser castigo del Cielo, respondiò Sancho, que
los escuderos de los Cavalleros vencidos los
puncen moscas, los coman piojos, y les embia
la hambre; si los escuderos fueros hijos de
los Cavalleros à quien servimos, ò parientes su-
yos muy cercanos, no fuera mucho que no
alcanzára la pena de sus culpas, hasta la quarta
generacion; pero qué tienen que ver los Panza-
con los Quixotes? Ahora bien, tornemonos
acomodar, y durinamos lo poco que queda
la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos.
Duerme tú Sancho, respondiò Don Quixote,
que naciste para dormir, que yo que nací pa-
vejar, en el tiempo que falta de aqui a
daré rienda à mis pensamientos, y los desfogaré

en un Madrigalera, que, sin que tu lo sepas,
anoche compuse en la memoria. A mi me pa-
rese, respondiò Sancho, que los pensamientos,
que dan lugar à hacer coplas, no deben de ser
muchos; vuestra merced coplee quanto quisie-
re, que yo dormiré quanto pudiere; y luego
comando en el suelo todo quanto quiso, se acur-
ricò, y durmiò à sueño suelto, sin que fianzas,
deudas, ni dolor alguno se lo estorvase.
Don Quixote arrimado à un tronco de una ha-
rera, ú de un alcornoque (que Cide Hamete
Benengeli no distingue el arbol que era) al son
de sus mismos suspiros cantò de esta suerte:

A Mor, quando yo pienso
En el mar, que me dás terrible, y fuerte,
Voy corriendo à la muerte,
Pensando assi acabar mi mal inmenso;
Mas en llegando al passo,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria siento,
Que la vida se esfuerza, y no le passo:
Assi el vivir me mata,
Que la muerte me torna à dár la vida:
O condicion no obida,
La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con mu-
chos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como
quel cuyo corazon tenian traspasado con el
do-

dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinéa. Llegóse en esto el día, dió el Sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó, y esperezóse, sacudiéndose, y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldixó la pyara, y aun mas adelante. Finalmente, bolvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron, que ácia ellos venían hasta diez hombres de á cavallo, y quatro ó cinco de á pié: sobresaltóse el corazón de Don Quixote, y azoróse el de Sancho, porque la gente, que se les llegaba traía lanzas, y adargas, y venia muy á punto de guerra. Bolvióse Don Quixote á Sancho, y dixole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promesa no me huviera atado los brazos; esta maquina, que sobre nosotros viene, la tuviera yo por totas, y pan pintado, pero podia ser fuesse otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á cavallo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á Don Quixote, y las pusieron á las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte: uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca, en señal de que callasse, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pié, antecogiéndole Sancho, y al rucio, guardando todos un hloso silencio, siguieron los passos del que iba á Don Quixote, el qual dos, ó tres veces

qui-

quiso preguntar adonde le llevaban, ó que querían? Pero apenas comenzaba á mover los labios quando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de á pié con un aguijón le punzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el passo, creció en los dos presos el miedo, y unas quando oyeron, que de quando en quando les decian: caminad, Trogolditas, callad, Barbaros, pagad, Antropofagos, no os quexeis, Scytas, ni abrais los ojos, Pólifemos matadogas, Leones carniceros, y otros semejantes á estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo, y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: Nosotros Tortelitas? nosotros Barbaque, ni estropajos? nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ojala parasse en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quixote embelezado; sin poder atinar con quantos cursos hacia, que serían aquellos nombres llamados de vituperios, que les ponian, de los quales sacaba en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche á un Castillo, que bien conocíó Don Quixote, que era el del Duque, donde

ha-

habia poco que havian estado. Valgame Dios! dixo assi como conoció la estancia, y que será esto? si, que en esta casa todo es cortesía, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del Castillo, y vieronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo como se verá en el siguiente Capitulo.

C A P I T U L O L X I X .

Del mas raro, y mas nuevo successo que en todo el discurso de esta grande Historia avino à Don Quixote.

Apearonse los de à cavallo, y junto con los de à pié, tomando en peso, y arrabatadamente à Sancho, y à Don Quixote, los entraron en el Palacio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones; y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à pesar de la noche (que se mostraba algo obscura) no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un tumulto como dos varas del suelo; cubierto todo con un grandissimo Dosél de terciopelo negro, al rededor del qual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata; encima del qual tumulto

mos-

mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa à la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entré ellos un ramo de amarilla, y vencedora palma: à un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personages, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban señales de ser algunos Reyes, ya verdaderos, ò yá fingidos: al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que traxeron los presos, sentaron à Don Quixote, y à Sancho, todo esto callando, y dándoles à entender con señales à los dos, que assimismo callassen; pero sin que se lo señaláran calláran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando los tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de Don Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huespedes, los cuales se sentaron en dos riquissimas sillas junto à los dos, que parecian Reyes. Quien no se havia de admirar con esto, añadiendose à ello haver conocido D. Quixote, que el cuerpo muerto, que estaba sobre el tumulto, era de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se

le-

392 *Vida, y Hechos del ingenioso*
 levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas: salió en esto de través un Ministro, y llegando à Sancho, le echò una ropa de bocaci negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitandole la caperuza, le puso en la cabeza una corozza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y dixole al oído, que no descociese los labios, porque le echarian una mordaza, ó le quitarian la vida. Mirabase Sancho de arriba abaxo, velase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites: quitóse la corozza, vióla pintada de diablos, bolvióse à poner, diciendo entre sí: Aun bien, que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábase tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexó de reírse de vér la figura de Sancho: comenzò en esto à salir, al paracer, debaxo de el tumulto un son sumisso, y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, assimismo se mostraba blando, y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al paracer cadaver, un hermoso mancebo vestido à lo romano, y que al son de una harpa, que el mismo tocaba, cantó con suavissima, y clara voz estas dos.

ES-

ESTANCIAS

EN tanto que en si buelve *Altisidora.*
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote.
Y en tanto que à sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta, y de anascote.
Cantaré su belleza, y su desgracia
Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.
Y aun no sé la figura, que me toca
Aqueste oficio solamente en vida.
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienso mover la voz à ti debida,
Libre mi alma de su estrecha roca.
Por el estigio lago conducida
Celebrandote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta sazón uno de los dos que parecian Reyes; no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte, y las gracias de la sin par *Altisidora* no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena, que para bolverla à la perdida luz ha de passar *Sancho Panza*, que está presente; y así, ó tu, *Radamanto*, que conmigo juzgas en las cabernas lobregas de *Leteo*, pues sabes todo

todo aquello, que en los inescrutables hados está determinado, acerca de bolver en si esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien, que en su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, Juez, y compañero de Radamanto, quando en levantandose en pié Radamanto, dixo: Ea, Ministros de esta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos, brazos, y losmos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompió el silencio, y dixo: Voto à tal, assi me dexo yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, qué tiene que vér manosearme el rostro, con la resurreccion de esta doncella? Regostóse la vieja à los bledos: encantan à Dulcinéa, y azotanme porque se desencante? Muerese Altisidora de manos de Dios, que Dios quiso darla, y hazla de resucitar, hacermé à mi veinte y quatro mamones, y acardenalar me los brazos con pellizcos? Essas burlas à un viejo, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto; ablandate, Tigre, humillate, Nembro sobervio, y sufre, y calla, pues no te piden imposibles, y no te matas en averiguar las dificultades de este negocio; mamonado has de ser

acri-

acri-
villado te has de vér, pellizcado has de gemir: Ea, digo Ministros, cumplid mi mandamiento, sino, por la fee de hombre de bien, que haveis de vér para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procession, unas tras otras, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como ahora se usa.) No las hubo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podrè yo dexarme manosear de todo el mundo; pero consentir, que me toquen dueñas, esso no me ateenme el rostro, como hicieron à mi amo en este mismo Castillo: traspassenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenacenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevarè con paciencia, ó servirè à estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentirè, si me llevasse el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quixote, diciendo à Sancho: Tén paciencia, hijo; y dá gusto à estos señores, y muchas gracias al Cielo, por haver puesto tal virtud en una persona, que con el martyrio de ella desencantados los encantados, y resuciten los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando él mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, dió rostro, y barba à la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos

cor-

cortesía, menos muda, señora dueña (dixo Sancho) que por Dios, que traeis las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que el no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y assi se levantó de la silla, al parecer mohino; y haciendo de una hacha encendida, que junto à el estaba, dió tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada, por haver estado tanto tiempo supina se bolvió de un lado; visto lo qual por los circustantes, casi todos à una voz dixerón: Viva es Altisidora, Altisidora viva. Mandó Radamanto à Sancho, que depusiesse la ira, pues ya se havia alcanzado el intento, que se procuraba. Assi como Don Quixote vió bullir à Altisidora, se fué à poner de rodillas delante de Sancho, diciendole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio que te des algunos de los azotes, que estás obligado à dár por el desencanto de Dulcinéa. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazón da la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece Argado sobre Argado, y miel sobre ojuelas; bueno sería, que tras pelizcos, mamones, y alfilerazos, viniessen ahora los

los azotes; no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atarmela al cuello, y dár conmigo en un pozo, de lo que à mi no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la baca de la boda. Dexenme, si no par Dios que lo arroje, y lo eche todo à trece, aunque no se venda. Ya en esto se havia levantado en el tumulto Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, à quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que clamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantaronse los Duques, y los Reyes Minos, Radamanto, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fueron à recibir à Altisidora, y à bajarla de el tumulto; la qual haciendo de la desmayada, se inclinó à los Duques, y à los Reyes; y mirando de través à Don Quixote, le dijo: Dios te lo perdone desamorado Cavallero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer, mas de mil años; y à tí, el mas compassivo escudero, que contiene el Obe, te agradezco la vida, que poseo; dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas blancas, que te mando, para que hagas otras seis para tí; y sino son todas sanas, à lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la corozca en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque, que se la quitasen, y le bolviessen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitassen la ropa de las llamas. Su-

plicó Sancho al Duque, que le dexasse la ropa, y mytra, que las queria llevar à su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto successo. La Duquesa respondió, que sí dexarian, que ya sabía él quan grande amiga suya era. Mandó el Duque que despejar el patio, y que todos se recogiesen à sus estancias, y que à Don Quixote, y Sancho los llevassen à las que ellos ya sabian

C A P I T U L O LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad de esta Historia.

Durmió Sancho aquella noche en una cañada, y en una choza sola, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, quando dixo: Que parece, Sancho, del successo de esta noche Grande, y poderosa es la fuerza del desdén

samorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desdén, con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena quando quisiera, y como quisiera, respondió Sancho, y dexarame à mi en casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdigné en mi vida; yo no sé, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza, que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Panza. Ahora sí, que vengo à conocer clara, y distintamente, que hay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé obrar; con todo esso, suplico à vuestra merced me dexé dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho, amigo, respondió Don Quixote, si es que te dán lugar los alfilerazos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, respondió Sancho, llegó à la frente de las mamonas, no por otra cosa, que por havermelas hecho dueñas, que confundidas sean; y tornó à suplicar à vuestra merced, que me dexé dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea assi, dixo Don Quixote, Dios te acompañe. Durmieronse los dos, y en este tiempo qui-

so escribir, y dar cuenta Cide Hamete, Author de esta grande Historia, qué les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida; y dice, que no haviendosele olvidado al Bachiller Sansón Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos fué vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caida borró, y deshizo todos sus designios, quitó bolver à provar la mano, esperando mejor su sucesso, que el passado: y assi, informandose de Page, que llevó la carta, y presente à Teresa Panza, muger de Sancho, adonde Don Quixote quedaba, buscó nuevas armas, y cavallero y puso en el escudo la blanca Luna, llevando lo todo sobre un macho, à quien guiaba un Labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuesse conocido de Sancho, de Don Quixote. Llegó, pues, al Castillo del Duque, que le informó el camino, y derrotado que Don Quixote llevaba, con intento de hallarse en las Justas de Zaragoza; dixole assi mismo las burlas que le havia hecho, con la traça del desencanto de Dulcinéa, que havia de ser à costa de las posaderas de Sancho; en fin, dióle cuenta de la burla que Sancho havia hecho à su amo, dandole à entender, que Dulcinéa estaba encantada, y transformada en Labrador, y como la Duquesa su muger havia dado à entender à Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada

Dulcinéa; de que no poco se rió, y admiró el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de Don Quixote. Pidióle el Duque que si le habiése, y le venciesse, ò no, se bolviesse por allí à darle cuenta del successo. Hizolo assi el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Bolvióse por el Castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero Andante, la palabra de retirarse un año en su Aldéa; en el qual tiempo o dia ser, dixo el Bachiller, que sanasse de su locura, que esta era la intencion que le havia movido à hacer aquellas transformaciones, por no ver cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido como Don Quixote, fuesse loco. Con esto se despidió del Duque, y se bolvió à su Lugar, esperando en él à Don Quixote, que tras de él venia. De aqui tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y habiendo tomar los caminos cerca, y lexos del Castillo, por todas las partes que imaginó, que podria bolver Don Quixote, con muchos criados suyos de à pie, y de à cavallo, para que por fuerza, ò de grado le traxessen al Castillo, si le hallassen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que havia

de hacer, assi como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el tumulo con todos los aparatos, que se han contado tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad á ellos havia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí, ser tan locos los burladores, como los burlados; y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los quales el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia, y la gana de levantar se: que las ociosas plumas, ni vencedor jamás dieron gusto á Don Quixote. Altisidora (en la opinion de Don Quixote burlado de muerte à vida) siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda, que en el tumulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada à un baculo de negro, y finissimo evano, entró en el aposento de Don Quixote, con cuya presencia turbado, y confuso se encogió, y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama muda la lengua, sin que acertasse à hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en un sillal junto à su cabecera; y despues de haver dado un gran suspiro, con voz tierna, y debilitada, le dixo: Quando las mugeres principales

las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dán licencia à la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos, que su corazon encierra, en estrecho termino se hallan yo, señor Don Quixote de la Mancha, soy una de estas, apretada, encendida, y enamorada; pero con todo esto sencilla, y honesta, tanto, que por serlo tanto, rebentó mi alma por mi silencio, y perdi la vida, dos dias há que la consideracion del rigor con que me has tratado (ò mas duro que martel à mis queexas, empedernido Cavallero!) me estado muerta, ò à lo menos juzgada por tal por los que me han visto; y si no fuera porque el amor, condoliendose de mi, depositó mi remedio en los martyrios de este buen escudero, allí me quedára en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi amo, que yo se lo agradeciera; pero digame, señora, assi el Cielo la acomode con otro mas amante que mi amo, qué es lo que vió en el otro mundo? que hay en el Inferno? por que quien muere desesperado, por fuerza ha de ir a aquel paradero. La verdad, que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no en ré en el Inferno, que si allí entrára, una por una no pudiera salir de él, aun si quisiera; la verdad es, que llegué à la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos à la pelota, todos en calzas, y en

jubón, con balonas guarnecidas con puntas de
 randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mis-
 mo, que les servian de puños, con quatro de
 dos de brazo de fuera, porque pareciesen las
 manos mas largas, en las quales tenian unas pa-
 las de fuego; y lo que mas me admiró fué, que
 les servian en lugar de pelotas, Libros, al pa-
 recer llenos de viento, y de borra: cosa mara-
 villosa, y nueva; pero esto no me admiró tanto
 como el vér, que siendo natural de los jugado-
 res el alegrarse los gananciosos, y entristecerse
 los que pierden, allí en aquel juego todos gru-
 ñian, todos regañaban, y todos se maldecian.
 Eso no es maravilla, respondió Sancho, por-
 que los diablos, jueguen, ò no jueguen, nun-
 ca pueden estar contentos, ganen, ò no ganen.
 Assi debe de ser, respondió Altisidora; mas ha-
 otra cosa, que tambien me admira (quiere de-
 cir, me admiró entònces) y fué, que al primer
 boteo no quedaba pelota en pié, ni de provecho
 para servir otra vez, y assi menudeaban Libros
 nuevos, y viejos, que eran una maravilla;
 uno de ellos, nuevo flamante, y bien enquadernado,
 le dieron un papirotazo, que le sacaron
 las tripas, y esparcieron las ojas con gran
 ror por el ayre. Dixo un diablo à otro: Mira
 qué libro es esse. Y el diablo le respondió: Es
 es la segunda parte de la Historia de Don Qui-
 xote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete
 mete, su primer Author, sino por un

nes,

nes, que él dice ser natural de Tordecillas. Qui-
 radmele de ahí, respondió el otro diablo, y me-
 dedle en los abismos del Infierno, no le vean
 mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro.
 Tan malo, replicó el primero, que si de pro-
 posito yo mismo me pusiera à hacerlo peor, no
 acertára. Prosiguieron su juego, peloteando
 otros Libros; y yo por haver oído nombrar à
 Don Quixote, à quien tanto amo, y quiero,
 procuré, que se me quedasse en la memoria esta
 vision. Vision debió de ser sin duda, dixo Don
 Quixote, porque no hay otro yó en el mundo,
 y ya essa Historia anda por acá de mano en ma-
 no, pero no pára en ninguna, porque todos le
 dan de el pié: yo no me he alterado en ohir, que
 anda como cuerpo fantastico por las tinieblas
 del abismo, ni por la claridad de la tierra, por-
 que no soy aquel de quien essa Historia trata:
 si ella fuera buena, fiel, y verdadera, tendrá
 siglos de vida; pero si fuera mala, de su parto
 à la sepultura no será muy largo el camino. Iba
 Altisidora à proseguir en quejarse de Don Qui-
 xote, quando la dixo Don Quixote: Muchas
 veces os he dicho, señora, que à mi me pesa de
 que hayais colocado en mi vuestros pensamien-
 tos, pues de los míos antes pueden ser agrade-
 cidos, que remediados; yo nací para ser de Dai-
 cinéa del Toboso, y los hados (si los hubiera)
 me dedicaron para ella; y pensar que otra algu-
 na herinosura ha de ocupar el lugar, que en mi
 alma

alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente, replicó Don Quijote, vuestra merced tie-
 desengaño es este para que os retireis en limi- de estremada voz; pero lo que cantó no me
 tes de vuestra honestidad, pues nadie se puede parece que fué muy á propósito; porque
 obligar á lo imposible. Oyendo lo qual Altisi- qué tienen que vér las Estancias de Garcilaso
 dora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: con la muerte de esta señora? No se maraville
 Vive el señor Don Vacallao, alitza de almirén, uestra merced de esso, respondió el musico,
 cuesco de datil, mas terco, y duro, que villa- que ya entre los intensos Poetas de nuestra edad
 no rogado, quando tiene la suya sobre el hito, usa, que cada uno escriba como quisiere, y
 que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los parte de quien quisiere, venga, ó no venga á
 ojos; pensais por ventura, don vencido, y don- pelo de su intento; y ya no hay necesidad que
 molido á palos, que yo me he muerto por vos. anten, ó escriban, que no se atribuya á licen-
 todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingi- da poetica. Responder quisiera Don Quixote,
 do, que no soy yo muger, que por semejantes ero estorvaronlo el Duque, y la Duquesa, que
 camellos havia de dexar, que me doliesse un ne- traron á verle, entre los quales passaron una
 gro de la uña, quanto mas morirme. Esso crea- erga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho
 yo muy bien, dixo Sancho, que esto de mo- antos donayres, y tantas malicias, que dexa-
 rirse los enamorados, es cosa de risa; bien lo- n de nuevo admirados á los Duques, assi con
 pueden ellos decir, pero hacer, crealo Judas. simplicidad, como con su agudeza. Don
 Estando en estas platicas entró el musico, can- quixote les suplicó le diessen licencia para
 tor, y Poeta, que havia cantado las dos ya- artirse aquel mismo dia, pues á los vencidos
 referidas Estancias, el qual haciendo una gran- avalleros como él, mas le convenia habitar
 reverencia á Don Quixote, dixo: Vuestra mer- na zahurda, que no Reales Palacios. Dieron-
 ced, señor Cavallero, me cuente, y tenga en- pla de muy buena gana, y la Duquesa le pre-
 el numero de sus mayores servidores, porque- ntó, si quedaba en su gracia Altisidora. El
 ha muchos dias, que le soy muy aficionado, spondió: Señora mia, sepa vuestra Señoría,
 assi por su fama, como por sus hazañas. Don- ue todo el mal de esta doncella nace de ocio-
 Quixote le respondió: Vuestra merced me diga- dad, cuyo remedio es la ocupacion honesta,
 quien es, porque mi cortesía responda á sus- continua: ella me ha dicho aqui, que se usan
 merecimiento. El mozo respondió, que el mu- zadas en el Infierno; y pues ella las debe de
 sico, y panegyrico de la noche antes. Por cier- ber hacer, no las dexé de la mano, que ocu-
 to, pada

alegre por otra : causaba su tristeza el vencimiento ; y la alegría , el considerar en la virtud de Sancho , como lo havia mostrado en la resurreccion de Altisidora , aunque con algun escrúpulo se persuadia à que la enamorada doncella fuesse muerta de veras. No iba Sancho nada alegre , porque le entristecia que Altisidora no le havia cumplido la palabra de darle las camisas ; y yendo , y viniendo esto , dixo à su amo : En verdad , señor , soy el mas desgraciado Medico , que se de hallar en el mundo , en el qual hay muchos , que con matar al enfermo que curan quieren ser pagados de su trabajo , que no otro sino firmar una cedulilla de algunas dicinas , que no las hace él , sino el Boticario y catalo cantusado ; y à mi , que la salud na me cuesta gotas de sangre , mamonas , alizcos , alfilerazos , y azotes , no me dan ardite ; pues yo le voto à tal , que si me à las manos otro algun enfermo , que antes le cure me han de untar las mias : que el de donde canta yanta , y no quiero creer , me haya dado el Cielo la virtud que para que yo la comunique con otros de bobillibobillis. Tu tienes razon , Sancho amigo , pondió Don Quixote , y halo hecho muy Altisidora en no haverte dado las prometidas camisas ; y puesto que tu virtud es *gratis* que no te ha costado estudio alguno , mas que

estudio es recibir martyrio en tu persona ; de mi te sé decir , que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinéa , yá te la huviéra dado tal como buena ; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga , y no querria , que impidiesse el premio à la medicina : con todo esso me parece , que no se perderá nada en probarlo ; mira , Sancho , el que quieres , y azotate luego , y pagate de contado , y de tu propia mano , pues tienes dineros míos : à cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos , y las orejas de un palmo , y dió consentimiento en su corazon à azotarse de buena gana ; y dixo à su amo : ahora bien , señor , yo quiero disponerme à dár gusto à vuestra merced en lo que desee , con provecho mio , que el amor de mis hijos , y de mi muger me hace que me muestre interessado : digame vuestra merced quanto me dará por cada azote que me diere ? Si yo huviéra de pagar , Sancho , respondió Don Quixote , conforme lo que merece la grandeza , caridad de este remedio , el tesoro de Venetia , y las minas del Potosí fueran poco para pagarte : toma tu el tieno à lo que llevas mio , pon el precio à cada azote. Ellos , respondió Sancho , son tres mil trescientos y tantos , de estos me he dado hasta cinco , quedan los demás ; entren entre los tantos estos cinco , y tengamos à los tres mil y trescientos , que à un quarto cada uno (que no llevaré menos si to-

do el mundo me lo mandasse) montan tres mil y trescientos quartillos, que son los tres mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cinquenta reales, y los trescientos hacen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hacer sesenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cinquenta, son todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos dos destalcaré yo de los que tengo de vuestra merced, y entraré en mi casa rico, y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas; y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable! respondió Don Quixote, quan obligados hemos de quedar Dulcinéa, yo à servirte todos los dias que el Cielo diere de vida, si ella buelve al sér perdido (que no es posible sino que buelva). su dicha havrá sido dicha, y mi vencimiento felicissimo triunfo! Y mira, Sancho, quando quieres comensar la disciplina, que por que abrevies te añado cien reales. Quando Sancho, esta noche sin falta procure vuestra merced, que la tengamos en el campo al lo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó noche esparada de Don Quixote con la ansia del mundo, pareciendole, que las ruedas del Carro de Apolo se havian quebrado, el dia se alargaba mas de lo acostumbrado; assi como acontece à los enamorados, que más ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente,

te, se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados del camino estaban, donde demorando vacías la silla, y albarda de Rocinante, y el rucio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual haciendo del cabestro, y de la jaquima del rucio un poderoso, y flexible azote, se retiró hasta veinte passos de su amo entre unas hayas. Don Quixote, que le vió ir con denuedo, y contento, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, dá lugar, que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te mate la vida antes de llegar al numero deseado; porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estaré desde aqui contando por este mi Rosario los azotes que te dieres: favorezca el Cielo conforme tu buena intencion mereces. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la substancia de este milagro. Desnude se luego de medio cuerpo arriba, y arrebandando el cordel, comenzó à darse, y comensó Don Quixote à contar los azotes. Hasta seis, y ocho se havria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy varato el precio de ella; y deteniendose un poco, dixo à su amo, que se llamaba engaño, porque merecia cada

cada azote de aquellos ser pagado à medio real, no à quartillo. Prosigue, Sancho amigo y no desmayes, le dixo Don Quixote, que doblo la parada del precio. De esse modo, xo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan tes; pero el socarrón dexó de darselos en las paldas, y daba en los arboles, con unos sus ros de quando en quando, que parecia que cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierra, na la de Don Quixote, temeroso de que no le acabasse la vida, y no consiguiesse su deseo, por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por vida, amigo, que se quede en este punto negocio, que me parece muy aspera esta medicina, y será bien dár tiempo al tiempo, que se ganó Zamora en una hora: mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, ten por ahora, que el asno (hablando à grossero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor respondió Sancho, no se ha decir por mi, à dineros pagados brazos brados; apartase vuestra merced otro poco, dexame dár otros mil azotes siquiera, dos levadas de estas havrèmos cumplido esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues hallas con tan buena disposicion, dixo Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, que me aparto. Bolvió Sancho à su tarea, contando de nuevo, y que ya havia quitado las cortezas à muchos arboles: tal era la riguridad con

azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: Aquí morirá Sansón, y quantos con él son. Acudió Don Quixote luego al son de la lastimada voz, del golpe del riguroso azote, y asiendo del corcido cabestro, que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tu la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, à tus hijos: espere Dulcinéa mejor coyuntura, que yo me contendré en los limites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio à gusto de todos. Pues vuestra merced, lo quiere assi, respondió Sancho, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no me serviría resfriarme, que los nuevos disciplinados corren este peligro. Hizolo assi Don Quixote, y quedandose en pelota, abrigó à Sancho, el qual se durmió hasta que le despertò el sol, y luego bolvieron à proseguir su camino, quien dieron fin por entonces en un Lugar, que tres leguas de alli estaba: apearonse en un Lugar, que por tal le reconoció Don Quixote, no por Castillo de cabahonda, torres, rastrillos, y puente levadiza, que despues que le enseñaron, con mas juicio en todas las cosas, como ahora se dirá: alojaronle en una sala baxa, à quien servian de guadamaci-

les unas sargas viejas pintadas, como se usan en las Aldeas: en una de ellas estaba pintado malissima mano el robo de Elena, quando otra estaba la Historia de Dido, y Enéas, sobre una alta torre, como que hacia de ser con una media sabana al fugitivo huesped que por el mar, sobre una Fragata, ó Bergantín se iba huyendo. Notó en las dos que Elena no iba de muy mala gana, por se reia à socapa, y à lo socorrón: pero mos Dido mostrava verter lagrimas del ño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Quixote, dixo: Estas dos señoras fueron chadas por no haver nacido en esta edad yo sobre todos desdichado en no haver en la suya: encontráranse en casa, que en el campo; pero fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matára à Paris, se verían tantas desgracias. Yo apostaré, dixo cho, que antes de mucho tiempo no ha de ver Bodegón, Venta, ni Mesón, ò Tienda Barbero, donde no ande pintada la Historia nuestras hazañas; pero querria yo, que tassen manos de otro mejor Pintor, que el ha pintado à estas. Tienes razon, Sancho Don Quixote, porque este Pintor es como baneja, un Pintor que estaba en Ubeda, quando le preguntaban, que pintaba? dia, lo que saliere; y si por ventura pintaba

Gallo, escrivia debaxo: *Este es Gallo*, porque pensassen, que era Zorra. De esta manera me parece à mi, Sancho, que debe de ser el Pintor, ò Escritor, que todo es uno, que sacó luz la Historia de este nuevo Don Quixote, que ha salido, que pintó, ò escribió lo que sacó, ò havrá sido como un Poeta, que andaba años passados en la Corte, llamado Martin, el qual respondia de repente à quanto le preguntaban; y preguntandole uno, qué queria decir *Deum de Deo*? Respondió: *De donde viene*. Pero dexando esto à parte, dime si piensas, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ò al Cielo? Pardiez, señor respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, lo mismo se me haria en casa, que en el campo; pero con todo yo querria, que fuesse entre arboles, que me acompañan, y me ayudan à llevar trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser, Sancho amigo, respondió Don Quixote, que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra Aldéa, que à lo mas tarde iremos allí despues de mañana. Sancho respondió, que hiciesse su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio de sangre caliente, y quando estaba picado el colino, porque en la tardanza suele estar muy pocas veces el peligro; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas valia un toma, que

dos te daré; y el paxaro en la mano, que buye de mi Historia, me parece, que de passo to-
tre bolando. No mas refranes, Sancho por uné allí este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien
solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que podrá ser, respondió Sancho; dexemosle apear,
te bueltas al *sicut erat*; habla á lo llano, á lo que despues se lo preguntaremos. El Cavallero
liso, y no á lo intrincado, como muchas veces apeó, y frontero del aposento de Don Qui-
te he dicho, y verás como te vale un pan pante, la huespeda le dió una sala baxa, enjae-
ciento. No sé que mala aventura es esta mitada con otras pintadas sargas, como las que
respondió Sancho, que no sé decir razon sinia la estancia de Don Quixote. Pusose el re-
refran, ni refran, que no parezca razon; pero venido Cavallero á lo de Verano; y sa-
yo me enmendaré, si pudiere; y con esto cesandose al portal del Meson, que era espacio
por entonces su platica.

CAPITULO LXXII.

*De como Don Quixote, y Sancho llegaron
á su Aldéa.*

TODO aquel dia esperando la noche, estu-
vieron en aquel Lugar, y Meson Don
Quixote, y Sancho; el uno, para acabar en
campana rasa la tanda de su disciplina; y
otro, para vér el fin de ella, en la qual consisti-
el de su deseo. Llegó en esto al Meson un
minante á cavallo, con tres, ó quatro criados:
uno de los quales dixo al que señor de ella
parecia: Aquí puede vuestra merced, señ-
Don Alvaro Tarfe, passar hoy la siesta: la
sada parece limpia, y fresca. Oyendo esto
Quixote, le dixo á Sancho: Mira, Sancho
quando yo ojeé aquel libro de la Segunda Parte

ria, fue grandissimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó à lo menos le movi à que viniessse à unas Justas à Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que le palmease el verdugo las espaldas, por ser demasiado atrevido. Y digame vuestra merced, señor Don Alvaro, parezco yo en algo à esse tal Don Quixote, que vuestra merced dice? No por cierto, respondió el huesped, en ninguna manera. Y esse Don Quixote, dixo el nuestro, traía consigo algun escudero llamado Sancho Panza? Si traía respondió Don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviesse. Eso creo yo muy bien, dixo à esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y esse Sancho, que vuestra merced dice, señor Gentil-hombre, debe de ser algun grandissimo belloco, frion, y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza, soy yo, que tengo muchas gracias que llovidas; y sino, haga vuestra merced la experiencia, y andase tras de mi por lo menos un año, y verà, que se me caen cada passo, y tales, y tantas, que sin saber las mas veces lo que me digo, hago quantos me escuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos, y huerfanos,

amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por unica señora à la sin par Dulcinéa del Toboso, es este señor, que está presente que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burleria, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro; porque mas gracias haveis dicho vos, amigo, en quatro razones que haveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le he oído hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda, que los encantadores, que persiguen à Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mi con Don Quixote el malo; pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar, que le dexo metido en la casa del Nuncio de Toledo, para que le curen, y ahora remanece aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo dixo Don Quixote, no sé si soy bueno; pero se decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haverme dicho, que esse Don Quixote fantastico se havia hallado en las Justas de essa Ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas de el mundo su mentira; y assi me passé de claro à Barcelona, archivo de la cortesía, alvergue de

los extranjeros, Hospital de los pobres, Patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza única; y aunque los sucesos, que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haverla visto. Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no esse desventurado, que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: à vuestra merced suplico, por lo que debe à ser Cavallero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcayde de este Lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quixote impresso en la Segunda Parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel, que vuestra merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiracion vér dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y buelvo à decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que vuestra merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Tostoso; y pluguiera al Cielo, que estuviera el desencantado de vuestra merced en darme otros

tres mil y tantos azotes como me doy per ella, que yo me los diera sin interés alguna. No entiendo esto de azotes, dixo Don Alvaro; y Sancho respondió, que era largo de contar; pero que el se lo contaria, si acaso iba un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro; entró acaso el Alcayde del Pueblo en el Meson con el Escrivano, ante el qual Alcayde pidió Don Quixote por una petición, de que á su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que allí estaba presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impresso en una Historia intitulada: Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordecillas. Finalmente, el Alcayde proveyó juridicamente, la declaracion se hizo con todas las fuerzas, que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrárala de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: muchas de cortesias, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañó à Don Al-

varo Tarfe del error en que estaba, el qual le dió à entender, que devia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegó la tarde, partieronse de aquel Lugar, y à obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba à la Aldéa de Don Quixote, y el otro, el que havia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quixote la desgracia de su vencimiento, el encanto, y el remedio de Dulcinéa, que todo puso en nueva admiracion á Don Alvaro, el qual abrazando á Don Quixote, y á Sancho, siguió su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche la passó entre otros arboles, por dar lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la passada noche à costa de las córtexas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche passada eran tres mil y veinte y nueve. Parece, que havia madrugado el Sol à vér el sacrificio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado havia sido tomarle su declaracion ante la Justicia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin

sucederles cosa digna de contarse, sino fué, que en ella acabó Sancho su taréa, de que quedó Don Quixote contento sobre modo; y esperaba el dia, por vér si en el camino topaba ya desencantada à Dulcinéa su señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinéa del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldéa, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dixo: Abre los ojos, deseada Patria, y mira que buelve á ti Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado, abre los brazos, y recibe tambien à tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de si mismo, que segun èl me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede; dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien Cavallero me iba. Dexate de essas sandeces (dixo Don Quixote) y vamos con pie derecho à entrar en nuestro Lugar, donde darémos vado à nuestras imaginaciones, y la traza, que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su Pueblo.

* * * * *

CAPÍ-

CAPITULO LXXIII

De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar en su Aldéa, con otros sucessos, que adornan, y acreditan esta grande Historia.



La entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quixote, que en las heras del Lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dixo al otro: No te causes Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo á Sancho

No

Don Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 427
 No adviertas, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho? No la has de ver en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, respondió Sancho, que haya dicho esso el muchacho? Qué? respondió Don Quixote? no ves tu, que aplicando aquella palabra à mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas à Dulcinéa? Queriale responder Sancho, quando se lo estorbó ver, que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos, y cazadores: la qual temerosa se vino à acoger, y à agazapar debaxo de los pies del rucio: cogióla Sancho à mano salva, y presentóla à Don Quixote, el qual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinéa no parece. Estraño es vuestra merced, dixo Sancho: presupongamos, que esta liebre es Dulcinéa del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en Labradora; ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra merced, que la tiene en sus brazos, y la regala, que mala señal es esta, ni qué mal agujero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à ver la liebre; y al uno de ellos preguntó Sancho, que por que refian? Y fuele respondido, por el que le havia dicho, no la verás mas en toda tu vida, que él havia tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la qual no pensaba

ba

ba bolversela en toda su vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y pusosela en las manos á Don Quixote, diciendo: E aqui, señores, rompidos, y desvaratados estos agujeros, que no tienen que vér mas con nuestros sucessos segun que yo imagino, aunque tonto, que como las nuves de antaño: y si no me acuerdo mal he ohido decir al Cura de nuestro Pueblo, que no es de personas Christianas, ni discretas, meter en estas niñerías, y aun vuestra merced me lo dixo los días passados, dandome à entender que eran tontos todos aquellos Christianos, que miraban en agujeros; y no es menester hacerme hincapié en esto, sino passemos adelante, entremos en nuestra Aldéa. Llegaron los Cazadores, pidieron su liebre, y dióselo Don Quixote; passaron adelante, y à la entrada del Pueblo toparon á un pradillo rezando al Cura, y al Bachillér Carrasco; y es à saber, que Sancho havia echado sobre el rucio, y sobre el lio de las armas, para que sirviesse de repostero, la tunica de bocaci, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el Castillo del Duque la noche que bolvió en sí Altisidora; acomodóle tambien la corona en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno con que se vió jamas un jumento en el mundo: fueron luego conocidos los dos del Cura; y el Bachillér, que se vino con ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don

Quixote, y abrazóles estrechamente; y los muchachos, que son linceos no escusados, divisaron la corozza del jumento, y acudieron à verle, y decian unos à otros: Venid muchachos, y vereis el asno de Sancho mas galán que Mingo, y la bestia de Don Quixote mas flaca hoy, que el primer día. Finalmente, rodeados de muchachos, y acompañados del Cura, y el Bachillér, entraron en el Pueblo, y se fueron à casa de Don Quixote, y hallaron à la puerta de ella al ama, y à la sobrina, à quien ya havian llegado las nuevas de su venida; ni mas, ni menos se las havian dado à Teresa Panza, muger de Sancho, la qual desgrefñada, y medio desgredada, trayendo de la mano à Sanchica su hija, acudió à vér à su marido; y viendole no tan bien deliñado, como ella se pensaba que havia de estar un Governador, le dixo: Cómo venís assi, marido mio, que me parece, que venís à pie, y despeado, y mas traeis semejanza de desgovernado, que de Governador? Calla Teresa, respondió Sancho, que muchas veces, donde hay estacas, no hay tocinos, y vamonos à nuestra casa, que allà ohrás maravillas; dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed los dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui, ò por alli, que como quiera que los hayais ganado, no havreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchi-

430 *Vida, y Hechos del ingenioso*
 ca à su padre, y preguntóle si traía algo, que
 le estaba esperando como el agua de Mayo; y
 asiendole de un lado del cinto, y su muger de
 la mano, tirando su hija al rucio, se fueron à
 su casa, dexando à Don Quixote en la suya en
 poder de su sobrina, y de su ama, y en com-
 pañia del Cura, y del Bachillèr. Don Quixote,
 sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo
 punto se apartò á solas con el Bachillèr, y el
 Cura, y en breves razones les contò su venci-
 miento, y la obligacion en que havia quedado
 de no salir de su Aldèa en un año, la qual pen-
 saba guardar al pie de la letra, sin traspasarla
 en un atamo, bien assi como Cavallero Andan-
 te, abligado por la puntualidad, y orden de la
 Andantè Cavalleria; y que tenia pensado de
 hacerse aquel año Pastor, y entretenerse en la
 soledad de los campos, donde à rienda suelta
 podia dàr vado à sus amorosos pensamientos,
 exercitandose en el pastoral, y virtuoso exerci-
 cio; y que les suplicaba, si no tenian mucho
 que hacer, y no estaban impedidos en negocios
 mas importantes, quisiessen ser sus compañeros,
 que el compraria ovejas y ganado suficiente
 que les diese nombre de Pastores: y que les
 hacia saber, que lo mas principal de aquel nego-
 cio estaba hecho, porque les tenia puestos
 los nombres, que les vendrian como de molde.
 Dixole el Cura, que los dixesse. Respondió Don
 Quixote, que él se havia de llamar el Pastor

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII. 431
 Quixotiz, y el Bachillèr, el Pastor Carrascón,
 y el Cura, el Pastor Curiambro, y Sancho
 Panza, el Pastor Pancino. Pasmaronse todos de
 ver la nueva locura de Don Quixote; pero por-
 que no se les fuesse otra vez del Pueblo à sus
 Cavallerias, esperando, que en aquel año po-
 dria ser curado, concedieron con su nueva in-
 tencion, y aprobaron por discreta su locura,
 ofreciendosele por compañeros en su exercicio;
 y mas, dixo Sanson Carrasco, que como ya to-
 do el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poeta,
 à cada passo compondré versos pastoriles, ó
 cortesanos, ó como mas me viniere à cuento,
 para que nos entretengamos por estos andurria-
 des, donde havemos de andar: y lo que mas
 me menester, señores mios, es, que cada uno
 escoja el nombre de la Pastora, que piensa ce-
 lebrar en sus versos, y que no dexemos arbol,
 ni roca duro que sea, donde no la rotule, y grave
 el nombre, como es uso, y costumbre de los
 enamorados Pastores. Esso está de molde, res-
 pondió Don Quixote, puesto que yo estoy libre
 de buscar nombre de Pastora fingida, pues está
 la sin par Dulcinèa del Toboso, gloria de
 estas riberas, adorno de estos prados, sustento
 de la hermosura, nata de los donayres; y final-
 mente; sugeto sobre quien puede assentar bien
 toda alabanza, por hyperbole que sea. Assi es
 la verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscare-
 mos por àl Pastoras mañeruelas, que si no nos

Qui-
 Ee 2
 qua-

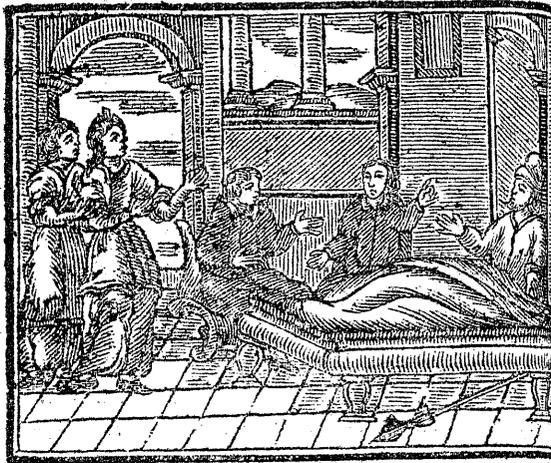
quadraren nos esquinen. A lo que añadió San-
son Carrasco: Y quando faltare, darémosles los
nombres de las estampadas, è impressas, de
quien está lleno el mundo, Filidas, Amarillas,
Dianas, Fleridas, Galatéas, y Belisardas, que
pues las venden en las Plazas, bien las pode-
mos comprar nosotros, y tenerlas por nuestra
Si mi-dama (ó por mejor decir mi Pastora) por
ventura se llamare Ana, lo celebraré debajo
del nombre de Anarda; y si Francisca, la llama-
ré yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que
todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que
de entrar en esta Cofadria, podrá celebrar à
muger Teresa Panza con nombre de Teresay
Rióse Don Quixote de la aplicacion del nom-
bre, y el Cura le alabó infinito su honesta,
honrada resolucion, y se ofreció de nuevo
hacerle compañia, todo el tiempo que le
casse de atender à sus forzosas obligaciones.
Con esto se despidieron de él, y le rogaron
aconsejaron tuviesse cuenta con su salud, y que
regalarse lo que fuesse bueno. Quiso la suerte
que su sobrina, y el ama oyeron la platica
los tres; y assi que se fueron, se entraron en
trambas con Don Quixote, y la sobrina le
xo: Qué es esto, señor tio? ahora que pen-
bamos nosotros, que vuestra merced bolvia
reducirse en su casa, y passar en ella una
quieta, y honrada, se quiere meter en nue-
laberintos, haciendose Pastorcillo, tu que

nes Pastorcico, tu que vás? pues en verdad
que està ya duro el alcacer para zamponas. A
lo que añadió el ama: Y podrá vuestra merced
passar en el campo las siestas del Verano, los
serenos de el Invierno, y los ahullidos de los
lobos? no por cierto, que este es exercicio, y
oficio de hombres robustos, curtidos, y cria-
dos para tal ministerio, casi desde las fajas, y
mantillas; aun mal por mal, mejor es ser Ca-
vallero Andante, que Pastor. Mire, señor, to-
me mi consejo, que no se le doy sobre estar
harta de pan, y vino, sino en ayunas, y sobre
cinquenta años que tengo de edad: estése en su
casa, atienda à su hacienda, confiesse à menu-
da, favorezca à los pobres, y sobre mi anima
si mal le fuere. Callad, hijas, las respondió
Don Quixote, que ya sé bien lo que me cum-
ple; llevadme al lecho, que me parece que no
estoy muy bueno, y tened por cierto, que
ahora sea Cavallero Andante, ó Pastor por an-
dar, no dexaré siempre de acudir á lo que hu-
vieredes menester, como lo veréis por la obra;
y las buenas hijas (que lo eran sin duda)
ama, y sobrina, le llevaron à la ca-
ma, donde le dieron de
comer, y regalaron lo
posible.

* * *) (* * *

CAPITULO LXXIV.

De como Don Quixote cayó malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.



Como las cosas humanas no sean eternamente, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la vida de Don Quixote no tuviesse privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su acabamiento, quando él menos lo pensaba, que ó ya fuesse de la melancolía, que le

saba

D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VIII 435
 saba el verse vencido, ó ya por la disposición del Cielo, que assi lo ordenaba, se le arraygó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fué visitado muchas veces del Cura, Bachillér, y Barbero sus amigos, sin quitarsele de la cabecera Sancho su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no vér cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinéa, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciendole el Bachillér, que se animasse, y levantasse, para comenzar su pastoral exercicio, para el qual tenia ya compuesta una Egloga, que mal año para quantas ganazo havia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcinó, y el otro Brutón, que se los havia vendido un Ganadero del Quintanár; pero no por eso dexaba Don Quixote sus tristezas, llamaron sus amigos al Medico, tomòle el pulso, y no le contentó mucho, y dixo, que por sí, ó por no, entendiessse à la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyòlo Don Quixote con animo sosegado; pero no lo oyeron assi su amigo, y su escudero, los quales comenzaron à llorar tan tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del Medico, que melancolias, y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quixote que le dexassen

solo, porque queria dormir un poco. Hicieronlo assi, y durmió de un tirón (como dicen) mas de seis horas, tanto, que pensaron el ama, y la sobrina, que se havia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina à las razones del tio, y parecieron mas concertadas, que él solia decir las, y lo menos en aquella enfermedad; y preguntóle, qué es lo que vuestra merced dice, señor, tenemos algo de nuevo? qué misericordias son estas, ó que pecados de los hombres? Las misericordias, respondió Don Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quien, como dixe, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio ya libre, y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de las Cavallerias: ya conozco sus disparates, y embelecos, no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexé tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que se ven en luz del alma: yo me siento, sobrina, à punto de muerte, querría hacerla de tal modo, que dicesse à entender, que havia sido mi vida buena, que dexasse renombre de loco, que pudiesse

to que lo he sido, no queria confirmar esta verdad en mi muerte, llamame, amiga, à mis buenos amigos, al Cura, al Bachiller Sansón Carrasco, y a Maesse Nicolás el Barbero, que quiero confessarme, y hacer mi Testamento; pero de este trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy Don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, à quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage; ya me son odiosas todas las historias profanas de la Andante Cavalleria; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haverlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Quando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda, que alguna nueva locura le havia tomado. Y Sansón le dixo: Ahora, señor Don Quixote, que tenemos nueva, que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con esso? y ahora que estamos tan à pique de ser Pastores, para passar cantando la vida como unos Principes, quiere vuestra merced hacerse Hermitaño? Calle por su vida, buelva en sí, y dexese de cuentos. Los de hasta aqui, replicó Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi pro-

provecho. Yo señores siento, que me voy muriendo à toda priessa, dexense burlas à parte, y trayganme un Confessor, que me confessa, y un Escriuano que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y assi suplico, que en tanto que el señor Cura me confessa, vayan por el Escriuano. Miraronse unos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda lo quisieren creer, y una de las señales por donde congeturaron se moria, fué el ha- ver buelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; porque à las yá dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan Christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer, que estaba cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachillér fué por el Escriuano, y de alli à poco bolvió con él, y con Sancho Panza; el qual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachillér en que estado estaba su señor, hallando à la ama, y à la sobrina llorosas) comenzó à hacer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabóse la confession, y salió el Cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno, bien podemos entrar para que haga su Testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujón à los ojos prefiados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero; de tal manera, que

las

los hizo reventar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, por que verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fué Alonso Quixano el Bueno à secas, y en tanto que fué Don Quixote de la Mancha, fué siempre de apassible condicion, y de agradable trato; y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró el Escriuano con los demás, y despues de haver hecho la cabeza del Testamento, y ordenado su alma Don Quixote, con todas aquellas circunstancias Christianas que se requieren, llegando à las mandas, dixo: Item, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (à quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que porque ha havido entre él, y mi ciertas cuentas, y dires, y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pide cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haverse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el Govierno de la Insula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece; y bolviéndose à Sancho le dixo: Perdoname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciendote caer en el error en que yo he caído, de que huvo, y hay

Cava-

Cavalleros Andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida, es dexarse morir sin más, ni más sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolía: mire no sea perezoso, sino levántese de esta cama, y vamos al campo, vestidos de Pastores (como tenemos concertado) quizás tras de alguna mata hallaremos la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que vér. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echame à mi la culpa, diciendo, que por haver yo cinchado mal à Rocinante, le derribaron, quanto más, que vuestra merced habrá visto en sus libros de Cavallerias ser cosa ordinaria derribarse unos Cavalleros à otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Assi es, dixo Sansón; y el buen Sancho Panza está muy en verdad de estos casos. Señores, dixo Don Quixote, vamos poco à poco, pues ya en los tiempos de entaño, no hay paxaros ogaño; yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quixote de la Mancha, y soy ahora (como he dicho) Alonso Quixano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme à la estimacion que de mi se tenia, y prosiga adelante el señor Escrivano. Item mandó toda mi hacienda, à puerta cerrada, à Anton-

Qui-

Quixano mi sobrina, que está presente, haviedo sacado primero de lo más bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo, del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dexo por mis Albacéas al señor Cura, y al señor Bachillér Sansón Carrasco, que están presentes. Item, es mi voluntad, que si Antonia Quixano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion, que no sabe qué cosa sean los libros de Cavallerias; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo esso mi sobrina quisiesse casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo qual pueden mis Albaceas destribuir en obras pías à su voluntad. Item, suplico à los dichos mis Albacéas, que si la buena suerte les traxere à conocer al Author, que dicen que compuso una Historia, que anda por aí, con el titulo de la Segunda Parte de las Hazañas de Don Quixote de la Mancha, de mi parte le piden, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que, sin yo pensarlo, le di, de haver escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrupulo de haverle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el Testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo à largo en la cama.

Al-

Alborotaronse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias que vivió despues de este donde hizo el Testamento, se desmayaba muy à menudo; andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho, que esto del heredar algo, borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexé el muerto. En fin llegó el ultimo de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haver abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallóse el Escrivano presente, y dixo: Que nunca havia leído en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero Andante huviesse muerto en su lecho tan sossegadamente, y tan Christiano como Don Quixote. El qual entre compassiones, y lagrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu (quiero decir, que se murió.) Viendo lo qual el Cura, pidió al Escrivano le diesse por Testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, havia passado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal Testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro Author, que Cide Hamete Benengeli le resucitasse falsamente, è hiciesse inacables Historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar, que todas

las

las Villas, y Lugares de la Mancha contendiesen entre si, por ahijarsele, y tenersele por suyo, como contendieron las siete Ciudades de Grecia por Homero. Dexanse de poner aqui los llantos de Sancho, sobrina, y ama de Don Quixote, y los nuevos Epitafios de su sepultura; aunque Sansón Carrasco le puso este:

Y Ace aqui el Hidalgo fuerte,
 Que à tanto estremo llegó
 De valiente, que se advierte,
 Que la muerte no triunfó
 De su vida con su muerte.
 Tuvo à todo el mundo en poca,
 Fué el Espantajo, y el coco
 Del mundo, en tal coyuntura,
 Que acreditó su ventura
 Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentissimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aqui quedarás colgada de esta espetera, y de este hilo de alhambre, ni sé si bien cortada, ò mal tajada, Peñola mia donde vivirás luengos siglos, si presumptuosos, y mandrines Historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que á tí lleguen, les puedes advertir, y decirlos, en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, folloncicos, de ninguno sea tocada, porque esta empresa, buena para mi estaba guardada.

Para mi sola nació D. Quixote, y yo para él:

43

él supo obrar, y yo escribir; solo los dos somos para en uno, à despecho, y pesar del Escritor fingido, y Tordesillesco, que se atrevió, ò se ha de atrever à escribir con pluma de Abestrutz grossera, y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Cavallero, porque no es carga de sus hombros, ni assumpto de su resfriado ingenio, à quien advertirás (si llegas à conocerle) que dexé reposar en la sepultura à los cansados, y ya podridos huesos de Don Quixote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, à Castilla la Vieja, haciendole salir de la fuessa, donde real, y verdaderamente yace tendido de largo à largo, impossibilitado de hacer tercera jornada, y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Cavalleros, bastan las dos que él hizo tan à gusto, y beneplácito de las gentes, à cuya noticia llegaron, assi en estos como en los estraños Reynos; y con esto cumplirás con tu christiana profession, aconsejando bien à quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho, y usé no de haver sido el primero, que gozó el fruto de sus Escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner el aborrecimiento de los hombres las fingidas, disparatadas Historias de los libros de Cavallarias, que por las de mi verdadero Don Quixote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.

EL PLAÑIDOR EX-PRESIDENTE
de la Academia de la Argamasilla,
en la muerte de Hercules
de la Mancha.

CANCION.

A *Quel Manchego Alcides,
Que Andantes exerció Cavallerias
Amparador de buerfanas Doncellas;
Aquel que en varias lides
Mal gastó noches tantas como dias.
Y tantas ganó glorias, como bellas
Refulgentes estrellas
Adornan el hermoso Firmamento,
Tá al cruel, yá al violento
Golpe de parca fiera,
Convertido se mira en calavera.
Mortal, repara atento
De quan poco sirvieron las hazañas,
Rendir Leones, rebanar Gigantes;
Mira en el Monumento
Aquel, que en aventuras tan estrañas
Fué nata, espuma, y flor de los Andantes;
Y observa, que el que antes
Audáz miraste, para nobles fines,
Desbaratar Follones, Malandrines,
A rigores del bado,
Por fin, en lo que todos ha parado.*

EL PORFIADO ERUDITISSIMO, SOCIO
de la Argamasillesca Academia previene à
Sancho lo que debe practicar en la
grave perdida de su Señor.

E N D E C H A S.

SAncho, pues duro golpe
De bado follón previno
Perdiesses en tu Amo
De aquel Reyno in spe todo el dominio.
Plañe, y llora à maromas,
Pues es poco bilo à bilo,
Para tamaña cuyta,
Golpe doscomunal, y alto conflicto.
Mesa las toscas barbas,
Y mustio, y amarrido,
Haz con cien bofetadas
Afrenta del pimiento à tus carrillos,
Magulla à cabezadas
Esse del sesso bospicio,
Esse de tus refranes
Inagotable, singular archivo.
Date en los possas tanto
Cruel azote impío,
Como era necessario,
Para desencantar aquel prodigio.
Egecutolo luego,
Pues assi bavrás cumplido
Por fin de tus andanzas,
Con tu lealdad, tu amor, y tontissimo.

EL

EL... SECRETARIO DE LA ACA-
demia dá el parabien à Teresa
Panza en la conversion de
su marido.

S O N E T O

YA se acabó, Teresa, la locura,
Que arrastró à Panza, tu querido esposo;
Ya gozarás el fruto cariñoso
Del Matrimonio, que bendixo el Cura.
El parabien te doy, pues te asegura,
Faltando Don Quixote, tu reposo,
Que Sancho solamente quer rá ansioso
En tu Gobierno el gusto, y la ventura,
Si buelves à parir, como hiciste antes,
Tus hijos, para buir tales empleos,
Digan con devocion todos los dias:
Librenos el Señor de Amos Andantes,
No nos dexé caer en devanéos,
Y no permita, Amen, Cavallerias.



TA

TABLA DE LOS CAPITULOS
de este quarto Tomo de la Historia
de Don Quixote de la
Mancha.

LIBRO SEPTIMO.

- C**AP. XXXIII. De la sabrosa planica, que la Duquesa, y sus Doncellas passaron con Sancho Panza digna de que se lea, y de que se note, pag. 71.
- Cap. XXXIV. De la noticia que se tuvo de como se havia de desencantar la sin par Dulcinéa de Toboso que es una de las aventuras mas famosas de este Libro, pag. 112.
- Cap. XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinéa con otros admirables sucessos, pag. 24.
- Cap. XXXVI. Donde se cuenta la estraña, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una Carta que Sancho Panza escribió à su muger Teresa Panza, pag. 38.
- Cap. XXXVII. Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida, pag. 48.
- Cap. XXXVIII. Donde se cuenta la que dió de mala andanza la Dueña Dolorida, pag. 48.
- Cap. XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su esten-

T A B L A.

- penda, y memorable Historia, pag. 57.
- Cap. XL. De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable Historia, pag. 62.
- Cap. XLI. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura, pag. 71.
- Cap. XLII. De los consejos que dió Don Quixote à Sancho Panza antes que fuesse à gobernar la Insula, con otras cosas considerables, pag. 86.
- Cap. XLIII. De los consejos segundos que dió Don Quixote à Sancho Panza, pag. 94.
- Cap. XLIV. Como Sancho Panza fué llevado al Gobierno; y de la estraña aventura, que en el Castillo sucedió à Don Quixote, pag. 103.
- Cap. XLV. De como el gran Sancho Panza tomó possession de su Insula, y del modo que comenzó à gobernar, pag. 118.
- Cap. XLVI. Del temeroso espanto cenceril, y gaturro, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora, pag. 129.
- Cap. XLVII. Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en el Gobierno, pag. 136.
- Cap. XLVIII. De lo que sucedió à Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna, pag. 150.
- Cap. XLIX. De lo que sucedió à Sancho Panza rondando su Insula, pag. 163.
- Cap. L. Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que azotaron à la Dueña, pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el

T A B L A.

- sucesso que tuvo el Page, que llevó la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza, pag. 180.
 Cap. LI. Del progresso del Gobierno de Sancho Panza con otros sucessos tales como buenos, pag. 193.
 Cap. LII. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, pag. 206.

LIBRO OCTAVO.

- Cap. LIII. Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Gobierno de Sancho Panza, pag. 217.
 Cap. LIV. De cosas tocantes á esta Historia, y no á otra alguna, pag. 226.
 Cap. LV. De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay mas que vér, pag. 238.
 Cap. LVI. De la descomunal, y nunca vista batalla que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Doña Rodriguez, pag. 249.
 Cap. LVII. De como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que sucedió con la discreta, y desembuelta Altisidora, Doncella de la Duquesa. pag. 257.
 Cap. LVIII. De como menudearon sobre Don Quixote aventuras, tantas, que no se daban vngar unas á otras, pag. 263.
 Cap. LIX. Donde se cuenta el extraordinario successo, que se puede tener por aventuras, que le sucedió á Don Quixote, pag. 281.
 Cap.

T A B L A.

- Cap. LX. De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona, pag. 293.
 Cap. LXI. De lo que le sucedió á Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras, que no tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto, pag. 312.
 Cap. LXII. De la aventura de la Cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse, pag. 317.
 Cap. LXIII. De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las Galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca, pag. 336.
 Cap. LXIV. De la aventura, que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entonces le bavian sucedido, pag. 351.
 Cap. LXV. Donde se dá noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucessos, pag. 358.
 Cap. LXVI. De lo que verá el que lo leyere, ó lo obirá el que lo escucháre leer, pag. 366.
 Cap. LXVII. De la resolución que tomó Don Quixote de hacerse Pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se passaba el año de su promessa, con otros sucessos, en verdad gustosos, y buenos, pag. 374.
 Cap. LXVIII. De la cerdosa aventura, que le aconteció á Don Quixote, pag. 382.
 Cap. LXIX. Del mas raro, y mas nuevo successo, que en todo el discurso de esta grande Historia avino á Don Quixote, pag. 390.
 Cap.

T A B L A.

Cap. LXX. *Que sigue el de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas, para claridad de esta Historia,* pag. 398.

Cap. LXXI. *De lo que á Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su Aldeá,* p. 409.

Cap. LXXII. *De como Don Quixote, y Sancho llegaron á su Aldeá,* pag. 418.

Cap. LXXIII. *De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar en su Aldeá, con otros sucessos, que adornan, y acreditan esta grande Historia,* pag. 426.

Cap. LXXIV. *De como Don Quixote cayó malo, del Testamento que hizo, y su muerte,* pag. 434.

FIN DEL TOMO QUARTO.

